

POESÍA DEL ANDAR

LEIDY MARITZA SALAS OBANDO

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
SAN JUAN DE PASTO
2009**

POESÍA DEL ANDAR

LEIDY MARITZA SALAS OBANDO

**Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al Título de
Licenciada en Filosofía y Letras**

GONZALO JIMENEZ MAHECHA
Asesor

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
SAN JUAN DE PASTO
2009

“Las ideas y conclusiones aportadas en el trabajo de grado son responsabilidad exclusiva del autor”

Artículo 1 de Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño”

Nota de Aceptación:

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, Octubre de 2009.

AGRADECIMIENTOS

Sentidos para aquellos que siempre me acompañan en este camino incesante por la vida.

Al esfuerzo de mis padres, que no ha desfallecido; a la bondad de mi querida hermana, al ánimo y la vehemencia que mi compañero infunde en mí y a la fuerza que inspira mi hija. Todos ellos son el estribo de mi existencia.

Siempre a la familia Rodríguez Erazo, por su calidez, su nobleza y por ser mi segundo hogar.

Eternamente a quienes hacen parte de mi historia, Hugo Castro, Cielo López, Ever Ascuntar, Constanza Rojas, Marcela Obando, Alexandra Rivera, Adriana Erazo, Andrés Mora. Poetas, locos y actores que tuve la suerte de encontrar.

Especiales a quien forja hombres y mujeres amantes de las letras, profesor Gonzalo Jiménez.

RESUMEN

El siguiente texto invita a los lectores a encontrarse con la poesía, de una manera disímil, en la que se muestra su vitalidad en la cotidianidad. Generar reflexión en torno a la enseñanza de la escritura, que no fundamenta en el estudiante el sentido de ser y de actuar, invitar a recapacitar sobre el valor que se ha perdido en la palabra y la verdad. Todo esto, mediante el análisis al acto poético que plantea Alejandro Jodorowsky, visto este como un elemento significativo dentro de la academia, capaz de ser útil para la pedagogía de la poesía y la filosofía. Mediante los siguientes ensayos se presentan alternativas que plantean un cambio en los procesos educativos, al ilustrar que, a través del acto poético, se representa la sensación, la libertad del decir, la actividad filosófica entre la poesía y la estética; además, se critican las convenciones sociales.

ABSTRACT

The following text invites the readers to meet with the poetry, in a way dissimilar, in which its vitality is shown in the day-to-dayness. To generate reflection around the teaching of the writing that doesn't base in the student the sense of being and of acting, to invite to reflect about the value that has gotten lost in the word and the truth. All this, by means of the analysis to the poetic act that Alejandro outlines Jodorowsky, seen this as a significant element inside the academy, able to be useful for the pedagogy of the poetry and the philosophy. By means of the following rehearsals they are presented alternative that outline a change in the educational processes, when illustrating that, through the poetic act, the sensation, the freedom is represented of saying, the philosophical activity between the poetry and the aesthetics; also, the social conventions are criticized.

CONTENIDO

	Pág.
1. ANTICONSEJOS PARA LA ESENCIA Y EL INTELECTO.....	21
2. COMUNICACIÓN ENTRE SOMBRAS	31
3. EL FUEGO DE LA HUMILDAD	34
4. LA PALABRA DEVELADA.....	50
5. EL CUERPO COMO METÁFORA	55
6. EL POETA VIVE	63
7. EL ACTO POÉTICO, OTRO ARTE DE LA VIDA	68
8. LA POESÍA COMO ESENCIA	74
9. ARTAUD Y JODROWSKY, ACTORES FULMINANTES	82
10. COLOFÓN.....	87
11. LA ÚLTIMA PLEGARIA	95

LISTA DE FOTOS

	Pág.
Foto 1. Huellas	10
Foto 2. Medida	20
Foto 3. Indiferencia	30
Foto 4. Umbrales.....	33
Foto 5. Silencio.....	49
Foto 6. Piel de de papel.....	54
Foto 7. Resurrección.....	62
Foto 8. Latido.....	67
Foto 9. La esencia en un instante	73
Foto 10. Inconsciente en potencia.....	81
Foto 11. Sinestesia	86
Foto 12. Fin.....	94

Foto 1. Huellas



*Palabras vagabundas y errantes,
que tropiezan y se sacuden,
embriagan y perecen.*

*“¡Leed al menos este libro,
para destruirlo,
a continuación,
con vuestra acción y hacerlo olvidar.*

Friedrich Nietzsche

PRELUDIO

La sed de encontrar al ser que se oculta por la lógica de multiplicar figuras semejantes es aún más fuerte que seguir la incertidumbre del camino, que algún día llegar a irrumpir en ese ser ajeno a sí mismo. Encontrar en sí mismo un lenguaje que permita hallar al fin ese ser que tenga la fuerza de inspirar lo fraternal, lo armónico y lo propio, depende de la urgencia con la que cada quien se atreva a expresar imágenes metafóricas que abonan la irrupción próxima a lo que no es propio del ser. Devenir en incontables imágenes que alcancen la guerra contra el individuo ajeno de sí mismo. Jodorowsky invita al riesgo del acto poético como ese lenguaje que traspasa la lógica de las sociedades que inculcan, mediante las instituciones, representaciones falsas, mentalidades ambiciosas de poder, restituir los estados de creación por consumo y dominación. Vale la pena acercarse al acto poético como un motor verbal y de imagen, que activa las imágenes, los sentimientos, las pasiones, en una conjunción poética, viva presentación de la carne y el ser. Claro está, no sin antes reencontrarse de manera inocente con los habitantes legítimos de cada uno, como son la esencia, los verdaderos deseos y pensamientos que, dentro de la actividad emocional y mental, se determinan en su mayoría, de manera familiar y casi imperceptible, lo que muestra que cada quien se ha acostumbrado a ser la representación de la imposición de ser.

El acontecimiento del acto poético se sumerge en la dirección de evocar, de causar y efectuar metáforas que provocan formas, primitivas quizá, de sentir, de percibir y expresar los latidos inconscientes que yacen en el interior de cada uno. Aquí, la poesía no es sólo un producto lírico que apunta a una visión intelectual y conceptual. Se advierte que las ambiciones, en el acto poético, solo buscan abrir una brecha que construya formas latentes de existir con armonía, al tener como armas la escritura y la filosofía, y cómo se las relaciona dentro de la calidad estética de actuar con verdad y con las consecuencias de asumir las palabras y los actos.

Así, el acto poético es también un recurso que tienta a los estudiantes hacia la necesidad de buscar formas que lleven a un reencuentro consigo mismos, en el que se evocan las formas imperecederas de ser, como a través de la enseñanza de la poesía, de la estimulación a escribir de manera vivencial. Reescribir la poesía con el cuerpo, con la existencia misma. Ahora bien, no es fácil comprenderlo hasta que no se arriesgue a resquebrajar las nociones de vergüenza, miedo y pudor. Sin embargo, el ansia de explorar la vida que cada quien vive, y preguntarse acerca de ella, es el origen de una experiencia basada en la metáfora que ayuda a posesionarse del propio ser.

La poesía, entonces, es un medio para reencontrarse desde otro sentido espacial y temporal, que rebasa el conocimiento oscuro de lo que se es, al igual que sobrepasa lo posible. Asumir la armonización de las palabras y los actos para acrecentar la experiencia de vivir con la inspiración de la poesía, sencillamente porque el poeta es lo que ansía ser. El acto poético captura la memoria y purifica del oscuro mundo interno y de la angustia del

espíritu, pero también esa risa plácida que causa percibir el mundo, o tal vez el espíritu vagabundo al que se le impide sonreír. El acto poético es una metamorfosis del caos interno hacia el irreductible acto de vivir.

La virtud poética permite devenir múltiples personajes, sin temor a perder el yo; sin embargo, solo quienes tienen la seguridad de ser sí mismos, pueden arriesgarse a ser lo que Cortázar llamaría camaleón, o, en Deleuze: devenir animal, mujer, hombre, niño. Para tal riesgo, el maestro, desde la poesía, enseña al estudiante a cultivar su esencia, su personalidad, entendida como ese suelo sobre el que pisan los anhelos, los deseos, sus pasiones y sensaciones, los pensamientos y las fuerzas que empujan a cada quien a reencontrarse consigo mismo; entonces, la personalidad es ese espíritu lleno de sí mismo que no permite condicionamientos por circunstancias o sellos externos a decisiones que alejen de sí. Ahora bien, pensar en cómo se ha desarrollado la poesía en el ámbito académico sugiere desconfianza y descreimiento frente al verdadero oficio del educador.

Ante la impotencia que causa el desarraigo de la poesía, en profesores y estudiantes, quienes se dedican a laborar en este ámbito, sin ningún quiebre en sus vidas, sólo el mero esfuerzo de convertir a sus estudiantes en archivos de información, de cánones literarios y una que otra fórmula para ser poetas, se hace urgente replantear y discutir estos antecedentes, que han perdurado durante el paso universitario. Así mismo, se ha asistido a los signos de podredumbre en la escritura de los otros, como en la propia, donde la palabra es solamente parte de un discurso que no tiene validez en el acto, porque escribir es sólo un intercambio de palabras en el paso mientras que, para Moreno Durán, todo pasará menos la palabra.

Escribir es un asunto de estar y no estar, siempre inconcluso, siempre en peligro y que rebasa toda materia; palabras que no tienen trascendencia en la voluntad de los escritores del ámbito académico; los escritores que habitan la academia no están dispuestos a desnudar la podredumbre que los invade, en el Alma Mater, convertida en una más de las instituciones educativas que ambicionan un prestigio en su rendimiento escolar, otra de las “fábricas de aprendizaje a todo gas” en la que los profesores afanosamente llevan a cabo los objetivos curriculares mediante la enseñanza cruda, de la que los estudiantes pueden comprender que están para ser un depósito atiborrado de conocimientos y limitado en cuanto a su capacidad de reflexión, de crítica y de posición frente a su realidad.

“La misión de las universidades no consistía en proporcionar formación vocacional a los futuros ostentadores de altos puestos en los negocios, la administración, la ciencia, sino en ayudar a los muchachos y muchachas a convertirse, en el más amplio sentido de la palabra, en ciudadanos cultos”¹. El lugar, en el que cada quien va forjando su vida a partir de los conocimientos, se olvida inmediatamente por la presión de producir alternativas que permitan subsistir y este subsistir implica, a su paso, el olvido de sí mismo: “...los jóvenes... sienten que la vida se les va de las manos. Fuerzas externas los empujan, sin

¹ RODRIGUEZ MONCADA, Ernesto. Educación, ética y democracia, de: Rodríguez Moncada Ernesto, en: <http://www.oei.es/valores2/rodríguez.htm>.

dejarles tiempo para respirar ni pensar, hacia objetivos que no son los suyos, propios... hacia una meta desconocida”².

Por lo anterior, es menester buscar alternativas que se antepongan a esta situación, con el fin de encontrar nuevas herramientas pedagógicas para la enseñanza de la poesía, con un sentido dinámico que ayude a comprender lo vital que es para la personalidad la escritura, la lectura, la filosofía, el teatro y muchas de las artes que alimentan la vida y el conocimiento; por esto se propone una visión en la que confluyan estos elementos, a partir de un análisis del capítulo “El acto poético” del libro *La danza de la realidad*, de Alejandro Jodorowsky, capítulo que vivifica el lenguaje de la poesía e invita a crear sentido a la actividad humana que, por lo general, es mecánica y, por ende, no se consagra como un “ergon”.

Proponer el acto poético como un recurso del docente para enseñar a sus estudiantes que la poesía va más allá de ser un texto escrito, les permite huir de esa “descomposición camuflada de cultura, civilización e historia”, puesto que el docente debe estar preparado para asumir su responsabilidad como educador, interviniendo en un proceso continuo, a través de la enseñanza, por fundamentar en los estudiantes el sentido de actuar y de ser. El horizonte del educador es aportar a la construcción del sujeto humano; provocar en el estudiante el desarrollo de su propia existencia, darle sentido a la vida que enfrenta como ser social.

Dejar que los estudiantes expresen su creatividad, sus movimientos orgánicos repentinos, es una puerta que siempre debe estar abierta; cuando no existe la represión de sus sensaciones, sentimientos y pensamientos, se invita al estudiante a lograr seguridad, pasión por lo que hace y amor propio; por lo tanto, no necesitará de la aceptación ni la decisión de los otros. El permitir al estudiante enfrentarse con sus emociones, desacralizar al profesor e invitar al ridículo, es el primer paso para concebir el acto poético como una forma de encaminar a los estudiantes hacia un sentido en el que la poesía es dinámica, experimental y cotidiana.

En el acto poético, al espíritu lo gobierna la búsqueda de decir verdad, de abrir las puertas de lo putrefacto escondido en el fondo del alma; así mismo, el acto poético es una herramienta para el docente, por medio de la cual enseña a sus estudiantes a solidificar la poesía en el acto, lo bello del acto poético y su utilidad frente a lo débil que se ha hecho la palabra en boca de la “ignorancia poética”; callados transitan en el Alma Mater con el conocimiento empolvado en la memoria.

Demócrito afirma que “muchos son los que actuando de la manera más despreciable hacen gala de los más bellos discursos”³. Basarse en esta premisa para enmarcar el capítulo “El acto poético”, del libro *La danza de la realidad* de Alejandro Jodorowsky, es preciso

² Ibid.,

³ KIRK, Geoffrey. *Filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos, 1969. p. 68.

puesto que el acto poético, que él propone, es una forma estética del lenguaje, teniendo en cuenta que ésta consiste en que cada persona debe ser consecuente con la palabra; intento de Diógenes el cínico, quien admite como única ley la armonización de las palabras y los actos. En esta medida, el acto poético es reflejo de la palabra; en consecuencia, el discurso se convierte en una imagen de contenido profundo, que se transmite corporalmente y que tiene como objetivo afectar la vida del otro y la vida misma.

Alejandro Jodorowsky plantea el acto poético como un ir más allá del concepto de poesía; para él, los conceptos tienen por contenidos definiciones absolutas, de las cuales difiere al justificar que los conceptos que la razón emplea pueden variar de acuerdo al tiempo, al espacio, al sujeto; por tanto, “era necesario salir de la literatura para participar en los actos de la vida cotidiana haciendo de la poesía un acto que traspase el concepto a través del acto corporal”⁴.

En efecto, el acto poético invita a reflexionar sobre el valor que se ha perdido en la palabra y la verdad; justamente, en este punto, el maestro tiene la responsabilidad, para con sus estudiantes, de volver a reencontrarlos con la palabra, con la verdad, con la fuerza de enfrentarse al riesgo de decir verdades, en esta sociedad corroída por la hipocresía, en la que cada quien es un anónimo con su historia y su nombre, con lo que realmente siente y es.

Al maestro le corresponde cambiar ese estado aletargado, servil y de indefensión del estudiante, con el afianzamiento de este tipo de propuestas que hacen una fisura en los modelos educativos establecidos rígidos, que no aportan a la construcción del estudiante como persona. En esta medida, valerse del acto poético ofrece desligar al maestro de las normas y metodologías lineales a las que se encuentra sometido y permite al estudiante explorar la poesía en otras formas que sí afectan su vida, que lo llevan a explorar en sí mismo y, por consiguiente, vincular la poesía con su existencia, liberarlo de la esclavitud de aprender y de ser objeto de producción en las empresas educativas.

Es valioso que el maestro rompa con ese status que su labor le impone; el sistema educativo y sus normas limitan crear relaciones afectivas en la clase; el maestro solo es una máquina que repite conocimientos. Es necesario se desligue de esas ataduras que no lo dejan crecer en su tarea como docente: consejo sencillo: “aprenda a compartir el ridículo, desacralícese ante él, no se mitifique”⁵, y qué más que actos como el teatro y aquellos actos intempestivos para compartir las emociones repentinas, que dejan al descubierto aquellos sentimientos que con recelo se guardan; el enfrentar la burla y la vergüenza es una terapia que supera el miedo a develar lo que se es.

⁴ JDOROWSKY, Alejandro. La danza de la realidad. Barcelona: Siruela, 2005, p. 115.

⁵ ZULETA, León. Dé cómo educar al niño sin asesinarlo, en: Magazín “El espectador”. No. 485; Bogotá (sep, 1992): p. 4.

El teatro es una alternativa a la enseñanza de la poesía; Artaud propone un teatro que agite las masas, aquellas que habitan las calles entumecidas, las impregna de poesía a través de los actos, porque, según Artaud, el teatro debe dar aquello que se encuentra en el amor, en el crimen, en la guerra o en la locura.

Si Jodorowsky, a través del acto poético, trasciende del concepto a la imagen, reside bajo el pensamiento artaudiano, ya que el teatro debe trastornar los preconceptos a través de la imagen, de tal manera que actúe como una terapia espiritual; así mismo, Jodorowsky trabaja la psicomagia como función catártica: expresar en los hechos lo que las palabras no alcanzan, lo que el mundo interno de cada uno guarda con desconfianza, a través de la imaginación, la poesía, el teatro, la escritura, en los que comulgan el espíritu y el cuerpo, reafirma su relación con la sociedad y cómo ésta lo afecta; esto es, la presentación viva e inmediata de la existencia.

Así, pues, estas alternativas poco usuales le permiten al maestro evaluar su actividad educativa, lo obligan a replantear la finalidad de enseñar literatura y filosofía y reorientar su actividad pedagógica hacia una academia que contribuya a formar seres humanos sensibles, capaces de defender su posición y criticar su sociedad.

Cortázar, por su parte, también es cómplice, tanto de Artaud como de Alejandro Jodorowsky, ya que, a través de su escritura, invita al lector a crear imágenes que van articulándose en el ingenio y en la sensibilidad del lector: una escena con cada palabra. Es el caso de *Rayuela*, obra en la que el lenguaje textual es un juego que se arma y se desarma en cada paso que da el lector; propone una escritura que rompe con el canon literario y crea otras formas que no dejan de ser poéticas ni admirables, aunque son simples; ni mucho menos incoherentes e incomprensibles; al contrario, la escritura de Cortázar es una imagen tras otra, que se pinta en la imaginación del lector, como diría él mismo, “poniéndolo en contacto con un mundo personal, con una vivencia y una meditación personal”⁶.

Lo que a Cortázar le interesa, respecto al lector, es enajenarlo, afectarlo, y eso mismo Artaud y Jodorowsky, pues provocan a través del acto poético y teatral. Para estos tres escritores, es necesario crearle problemas al lector, generarle interrogantes, desarmarle sus escenarios de quietud, lo que implica ser cruel y agresivo, y los tres lo logran: Cortázar, con la sutileza que su escritura posee; esas palabras, dulces dagas, que recrean escenas, en las que el lector habita, que le permiten liberar su pensamiento y el deseo de llegar hasta los últimos límites; Artaud, mediante la imagen del teatro cruel, que llega con violencia, cuando una presentación es una mordedura para el alma que yacía dormida en su mundo cerrado y sordo, casi inmóvil a pesar de seguir el ritmo que las cotidianas relaciones sociales le imponen; y Alejandro Jodorowsky, mediante la imagen del acto poético que enfrenta al espectador, invade su silencio, le perturba los sentidos.

⁶ CORTÁZAR, Julio. *Rayuela*. Madrid: Alfaguara, 1984, p. 198.

Estos viajeros por la poesía causan un “imborrable efecto”. Los estudiantes deben estar preparados para defenderse del desengaño que la sociedad día a día ofrece por medio de las “iglesias del fanatismo, por los cuarteles de la tiranía, por las familias de la competencia patriarcal y doméstica, por las policías de la obediencia y por las fábricas de zombis de ahorro y consumismo”⁷. De modo que el acto poético rompe con las estructuras sociales a través de la crítica que se genera; así mismo, es posible una analogía con el teatro artaudiano, que intenta desintegrar las formas sociales, ya que para Artaud el estado social es inicuo y, por tanto, se debe aniquilar.

Ante las anteriores posturas, cabe destacar a Diógenes el cínico, quien atacó las convenciones sociales y las leyes, a las que da una connotación inútil; para Garavito, “el cinismo es un bello ejemplo de armonización de las palabras y los actos”⁸; a esto se le llamará estética, esa capacidad de asumir las consecuencias de los actos o sus prácticas, que se revelan al afectar la cotidianidad de la vida del otro.

La preocupación del maestro es elegir elementos como la escritura, la filosofía y las artes que al estudiante, durante su proceso académico, lo lleven hacia la búsqueda de su personalidad, cualidades, gustos, que él será libre de elegir, de acuerdo a sus intereses; velar porque, a partir de la enseñanza de la literatura, de la filosofía y de las artes, fundamente principios que alcancen a nutrir su vida de experiencias que lo solidifiquen como ser ético, con una dignidad que se muestra en su actuar, en su palabra, en la conciencia de ser libre cuando se enfrenta a asumir verdades. De estos valores depende que haya seres capaces de afectar y ser afectados, y a la vez que pueden transformar su sociedad.

Es necesario dar un vuelco a la visión de la enseñanza, buscar escenarios en los que su horizonte sea afectar las situaciones reales del estudiante y de su vida. Empujar a los estudiantes a encontrar la libertad y la valentía de ser lo que piensan, sienten y dicen. El maestro puede atreverse a buscar nuevos senderos que lancen al estudiante a cambiar esa visión común y alienadora que ha acatado del mundo, del sistema en el que se mueve; para tal ejercicio es necesario romper con su miedo a desocultar verdades que la sociedad esconde.

Para Garavito, decir verdad es buscar conmover a otros, a la vez que implica riesgos que conllevan el fin de la vida de quien dice verdad; bajo estos principios germina un carácter parrhesiasta. De principios como la verdad se debe alimentar el espíritu de los estudiantes que, en la verdad, articulen los actos con las palabras, y de tal armonía emerja. La libertad de la palabra y la práctica de decir verdad que según Sócrates, lleva a una bella existencia.

De acuerdo con lo anterior, tanto Alejandro Jodorowsky como Artaud incorporan la estética que estudia Garavito, puesto que en el teatro y en el acto poético comulgan los

⁷ MONCADA. Art. cit.

⁸ GARAVITO, Edgar. De la parrhesia, o el decir- verdad, en: Unaula revista de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Medellín (sep, 1986): p. 7.

actos y las palabras, al concebir un hecho que sea capaz de afectar las situaciones cotidianas de un sujeto. Vivir de acuerdo con esta calidad estética implica asumir las consecuencias que acarrear aquellos que transmiten verdades mediante los actos, que irrumpen en los escenarios convencionales de la sociedad, del teatro, de los discursos, de las gentes olvidadas de sí mismas, que posibilitan espacios de escucha para multitudes de espectadores espontáneos, que surgen en el momento de invadir un sitio público con un acto poético o teatral. Un acto intempestivo en el que surgen gestos, signos, palabras, sentimientos, frutos del encuentro entre espectadores y participantes. Así, pues, tanto en el acto poético como en el teatral, las imágenes hablan a partir de la emoción que nace de quien realiza el acto, sin temores a la exploración inmediata de su sensibilidad, a fin de que actúe como una terapia espiritual.

Estas experiencias ceden una participación activa, tanto a profesores como estudiantes, ya que propician espacios para que cada uno transmita sus verdades, sentimientos, pensamientos encaminados a reconocer la necesidad de expresión, de conversión y afección de las situaciones cotidianas, para compartir sus emociones a través de la creatividad y el juego teatral, y aceptar la diferencia con el otro. Así mismo, el acto poético es purificador para quien lo emite y demoledor para quien lo percibe.

Aquellos con la responsabilidad y la preocupación de formar estudiantes que se opongan al ritmo febril de la sociedad deshumanizada, en la que el conocimiento también es un producto que se consume sin ningún afecto, sin ninguna degustación y enamoramiento, deben actuar para cambiar la visión vanidosa y pobre que somete al conocimiento. Los educadores modernos no han asumido una posición sobre el verdadero sentido que debe tener instruir al estudiante, aun más en las áreas humanas, como la de Filosofía y letras.

En la antigüedad, la enseñanza consistía en instruir para la vida y por la vida. Para ser consecuente con estos planteamientos, una herramienta que fortalece la enseñanza de la filosofía, de las artes y la poesía es el acto poético, puesto que invita a introducir fuerzas que hacen de la poesía un acto orgánico, en el que la salida cuesta la razón, puesto que despegar de esa cuna de limitaciones, que la familia y la academia imponen, arriesga los preconceptos establecidos por las normas académicas y familiares, en las cuales se prohíbe la ridiculidad y la expresión de las experiencias internas.

La fuerza de la academia orientada a parir futuros productores y figuras del mercado es más poderosa que la fuerza de invitar a los estudiantes a vivir sus experiencias, que les ayuden a dirigir su camino, el que puedan elegir por su temple forjado desde el conocimiento; pero, al contrario, con sus decisiones, ellos son lo que la sociedad les impone. Dice Ernesto Rodríguez Moncada, en su ensayo "Educación ética y democracia": "Algunos pretenden llenar el vacío permitiendo que los alumnos realicen prácticas empresariales, otros, llevando a las instituciones educativas a empresarios prominentes..."⁹.

⁹ MONCADA. Art. cit.

Estas presiones, más otras que se generan en el afán de conseguir buenas notas, obligan al estudiante a escoger un camino que supone disciplina y rectitud, aunque, dice John Holt, en su libro *El fracaso de la escuela*, que encontrar respuestas correctas y evitar los errores sólo conduce al estudiante a sofocar sus capacidades intelectuales. En consecuencia, el estudiante es simplemente una máquina repitente de ideas que, en su mayoría, son incomprensibles; sin embargo, la mejor máquina es la que más repite.

La enseñanza del acto poético y su práctica dan certezas de existencia humana, ayudan a forjar personas que valoran la palabra, se apropian del sentido de decir verdad y la responsabilidad de ser críticos y reflexivos. Esa es la ética del docente: desenjaular la esencia en el estudiante.

Foto 2. Medida



1. ANTICONSEJOS PARA LA ESENCIA Y EL INTELECTO

Sentada en el umbral del riesgo, espero afanosamente que una sola palabra me frene para entrar en un mar turbio de sensaciones mudas, pensamientos ciegos, deseos reprimidos por aquello que aún no se puede nombrar, mientras el tumulto de mi carne tiembla por aquello que nunca llega, porque no tiene nombre y siempre está perdido. Ese secreto del amor humano que no se comprende, pero es bello. Eso que con recelo se guarda como la intimidad del sexo y que hace parte de la sustancia del mundo de los seres humanos, del sentir y del vivir. Ese afán por derramarse en una lenta muerte que hace reír y que sólo dura un instante. Se siente, se vive, se mastica, se bebe en pequeños sorbos de atardecer que se va desvaneciendo deliciosamente en matices casi perfectos para convertirse en recuerdos, en destellos de la sensación que está tan cerca que no se ve: la palabra.

El ser humano enajenado de sí mismo se mira en el espejo y es otro, una imagen que no está, se mira desde lejos como si fuera un pasajero sin rumbo. ¿Dónde está lo que es la vida? Acaso es esa contemplación lejana de lo que se hace o no se hace, esa visión inútil que siempre se plantea del hecho de vivir.

Huir, huir de lo que no impulsa y que hace olvidar el vuelo de lo que realmente se quisiera hacer por obediencia a instintos arraigados en el alma, amordazados en la razón, en el miedo, en la vergüenza, en lo que no se es. Contradicciones entre lo que se es, lo perceptible y el mundo.

Se quiere una sangre hirviente, unos músculos de infante sin cansancio, una cabeza como un mundo que contenga muchas puertas y expandirse en uno de esos universos secretos que se quisiera explorar plácidamente por la ventana de unos ojos hacia adentro. Identificar cada palabra que se vomita y que violentamente se desencadena en otros cuerpos, solamente para multiplicar sensaciones, acabar en un suspiro y comenzar con un grito aún más fuerte que el del mismo parto de la vida. Mañana vivir intensamente, pensar en el mañana como si fuese el próximo minuto, que es ya. Tal vez estas palabras, que se van como una pequeña muerte, logren sobrevivir al olvido. La única forma de que suceda eso es pensar que la palabra va unida con la vida misma. Es esta “ansiedad profunda de vivir”.

Una vida vivida se quiere, no una obligada a caminar hacia el fin; pasar la certeza de ese destino vacío, inútil, que no dice nada a pesar de que lo dice todo, porque sólo dice aquello que al decir se deshace: “indecible vacío interior en que el hombre se ha sumergido”¹. El ser humano no sabe, vive en la agonía cómoda de su destino y no dice nada, se va marchitando junto con los que van a morir con ese vacío interior y se conforma; cuando

¹ GARZON, Germán. Artaud o la ansiedad profunda de vivir, en: Magazín “El Espectador”. No 443; Bogota (Abril, 1994): p. 17.

entiende que su destino impuesto por la familia, la escuela, la iglesia, la militancia es una “máscara grotesca”, una deformación de lo que es la vida, trata de huir, corre con un poco de prisa, pero el tiempo es mucho más veloz y se le fue. El tiempo se le fue. Ahí se suscita el afán por luchar contra esa opacidad del destino. Quiere desaguar sus palabras, nacer con sus instintos, arrojar lo que un día no dijo, pero es tarde, no le es posible ya.

Urge abortar ese yo posesionado de cada nombre; cada instante es una oportunidad para expresarse en imágenes más vivas que las de la rutina declarada; expresar la vida misma cautivada por un ser inestable y fugitivo. Ese quizá sea el más cierto de los seres. Entrar en la multitud cargado de trampas para enfrentar a la norma, con actos de tal fuerza que, sobre los cuerpos estupefactos, marchitos, prendan esa llama interna que siempre apaga el verdugo del precepto. Rechazar la lógica y la razón, dice Artaud².

Que el delirio embriague. Liberarse de la estaca del olvido. Que la norma social se rompa como un viejo periódico en las manos de un niño. Que invada el silencio para hablar sólo cuando sea necesario, sólo cuando sea verdad, sólo cuando haya necesidad. Que cada palabra sea un testamento de vida.

El cuerpo en ritmo. Armonía entre palabras y sentires. Encarnar las emociones. La carne es el lenguaje de lo oculto, de aquello que no se dice: la incertidumbre existencial. El drama de cada quien sumergido en el delirio de las pobres historias humanas. Pretexto perfecto para parir poesía. El menos poeta, el desgarbado, ridículo e ignorantemente patético, hace de su vida un acto en el que la poesía es vivir, cura el alma por medio de los sentidos; entonces, ya la vida no es un drama, es poesía. Su vida ahora es pintoresca porque vive lo que no puede escribir; sabe que se pisa el mundo de los hechos y que se los dibuja con la emoción.

Cada transeúnte es un espectador de otro transeúnte; uno con viento en popa, otro con su infortunio, pero, igual, espectadores entre sí. Cada quien, en sus actos, expresa lo que las palabras no alcanzan, imágenes inesperadas e irrepetibles que violentamente obligan al otro a formar parte de su escena; sin darse cuenta lo cautiva y le cuenta su historia, la del instante que vive, lo que desea, ese nervio incrustado en la vértebra y en la media sonrisa. Ahí, el lazo humano recoge. Empero cada gesto revela una época, un acontecimiento frívolo o uno verdadero, lo que el otro provoca; en fin, se deja en el otro un eco profundo cada vez que se actúa. Pero Nietzsche aconseja que sólo “quien escala la más elevada montaña se ríe de todas las tragedias de la escena o de la vida real”³. Poder reír de sí mismo, conocer el ridículo, aventurar en el humor negro de trastornar los preconceptos y efectuar una terapia espiritual que cercene ese ser que no se es. El teatro es la guadaña que mata a ese yo aparente que presenta la verdad interna, aquello que toca lo real, atraviesa una daga desde los pies, pasa por el sexo y llega hasta el cerebro. Una agonía más que se convierte en poesía; materializa la palabra, la hace una con la existencia y tiene forma de

² ARTAUD, Antonin. Carta a la vidente. Barcelona: Tusquets editores, 1983, p. 50.

³ NIETZSCHE, Friedrich. Así habló Zaratustra. Barcelona: Círculo de lectores, 1970, p. 36.

bosque, risa, infierno, luz. Hace de la emoción orgánica una fiesta callejera, ya que para Artaud “el único fin... era hacer que el hombre deje su situación de simple feligrés de lo cotidiano”⁴. Que el impulso de las sensaciones gobierne y permita la ira, el amor, la risa, la crueldad, en un acto donde comulgan las palabras, los gestos y la sensación. El lenguaje de la palabra encerrada se rompe al pintar una escena.

La escena de un mundo interior en los ojos de aquellos que yacen dormidos en su lecho vegetativo. Entonces, la compostura está debajo de los zapatos y el deseo de aniquilar la quietud es la cumbre del amor humano. La belleza del discurso de la imagen es la sombra de una acción latente y un alma se aviva; es un diccionario abierto al mundo, que se transforma en poesía; una presentación viva de la existencia por medio del acto corporal. Así, un rostro agrio, una fingida sonrisa, hacen parte de un personaje que actúa siempre. Irremediablemente. ¡La vida es, entonces, un teatro de todos los días! Cada escena un acto henchido de poesía, pues el drama es poesía en movimiento. Los actos cargados de poesía son una hazaña que expresa sabiduría latente, alimentada de intuición, de preguntas respecto a la interioridad y el entorno. Se respira, se piensa y en medio del subsistir está un yo con la euforia de gritar, cantar, correr, reír, ser uno y purificarse al destapar la botella de silencios y mentiras que se inventa para ser. Perder el miedo a causar desagradados y desprecio; al contrario de lo que Molière diría, es una píldora que se puede tragar sin hacer muecas, cuando “gritar hace visible lo invisible”, gritar contra la muerte; la fuerza sensible del grito, la fuerza insensible de lo que hace gritar. Desborda la sensación, como una fuerza que se desprende del inconmensurable pecho, que desearía nunca acabe o que dure un minuto para acabarlo todo, deshacerlo todo y renacer nuevamente en un suspiro de placer

Que más que el licor del arte para despertar y sentir: “...el artista... rasga el propio firmamento, para dar entrada a un poco del caos libre y ventoso...”⁵, señala Lawrence. Trazar en el cerebro una destrucción para dejar salir un destello repentino de ese caos infernal que se oculta, que hierve entre lo cotidiano como un volcán sin fuga. Eso no es lo corriente, es lo vital que se ahoga todos los días. Buscar lo vital es el arte de la filosofía y la poesía, para hallar lo que no se suele ver ya. La sensibilidad testimonia el encuentro del arte, el conocimiento y la poesía. Los revela en la fuerza para salir del fango de la conformidad, de la pesadez por lo que no se es. Fuerza para retener las ideas sin dejarlas extraviar por el miedo al látigo de la sociedad, pues “no hay cosa que resulte más angustiante, que un pensamiento que se escape de sí mismo”⁶, refiere Deleuze.

Por lo anterior, siempre buscar la imposibilidad, lo que no deje dormir, lo que dé hambre, aquello que no quite la sed y el afán mesurado de llegar a lo que no tiene nombre, pero que se desea con tal frenesí que serán necesarios muchos partos para llegar a las profundas cuevas del sentido humano, ya casi olvidado. Morir con la máscara que siempre se tuvo

⁴ INNES, Cristopher. El teatro sagrado. México: Fondo de cultura económica, 1995, p. 73.

⁵ DELEUZE, Guilles. Del caos al cerebro, de: Deleuze en castellano, en: <http://www.azularte101@hotmail.com> (acceso: julio 8 de 2009).

⁶ *Ibíd.*

para la sociedad, llena de preceptos, venganzas, vergüenzas y miedos. Entonces, se permite con libertad ser uno, con su caos, palabra y verdad. El caos entendido como lo que se quisiera en realidad hacer y ser. Caos porque, ante el otro mostrarse sin máscaras, es irreparable e inescrupuloso cuando en la sociedad sólo habitan fantasmas llenos de farsa y olvido. Sólo así se puede trascender en los otros; esa perdida sensibilidad de los otros se agrade en su perfecta levitación, quebrar ese círculo de miseria humana por medio del desafío, la lucha, la acción, el trabajo que inculcan la filosofía, el arte y la poesía: “la libertad conduce a la muerte... hace de la muerte mi libre muerte”⁷; si se dominan ideas, emociones y sensaciones, se es libre de matar al que no es, para lo que es preciso viajar por un mundo personal y caer en la reflexión acerca de los propios actos, las palabras, lo que se piensa y se estima.

A través del acto poético se posibilita la enajenación de ese algo impuesto, a la vez que se afecta a los espectadores de la escena de vivir. Se crean problemas al otro, se generan dudas. Desarmar sus escenarios de quietud, lo que implica ser cruel y agresivo. Llegar hasta los últimos límites en los que el pensamiento se libera. La capacidad de expresarse con lo que se piensa, se siente y se es, es remota, pero se debe buscar esa imposibilidad. Vivir intensamente puesto que no hay una piel para otra vida; es decir, lo que para Deleuze sería darle a la vida un poder de reír extremadamente directo. No existe otro modo de descubrir de qué se constituye, experimentar esa materialidad de la que alguien se compone y trascender a la pura presencia de lo que está hecho; de lo contrario, solo se es “migaja de materia inerte”, incapaz de revelar su espíritu. La tarea interminable de ser humano es también dejar huella; por algo Michaux testimonia que “quien deja una huella deja una llaga”⁸. Empero, la única huella que se tiene es “la huella de la obediencia mentirosa que nace del miedo”⁹, exclama un estudiante a su maestra senil. Así se ha aprendido que todo ya es inútil y que se está siempre satisfecho; aprender de otros aún más satisfechos, que se niegan a frecuentar la imaginación, la curiosidad, el pensamiento propio. El ser humano satisfecho de hoy es el maestro que a medias ha saboreado el opulento plato de la certeza, para que en él no exista pregunta. Influyen cerebros para la militancia de lo inútil, del miedo, del sinsentir y del sinsentido, capaz de castrar el placer de aprender y el deseo de preguntar. Todo está dado, dicho y hecho. No hay nada que preguntar, al que pregunta lo someten al crimen de silenciarlo, al tacharlo como torpe. Se encamina, pues, por el sendero oscuro, tedioso y árido del orden adulto; allí es imposible la risa, el ridículo, la sensibilidad, el afecto, la imaginación... sólo se permiten la obediencia y la obligación como únicas medidas para ser hombres de “bien”.

Hay quienes enaltecen la ignorancia y las posturas borreguiles; de ahí que los estudiantes se sientan estimulados a seguir el tránsito normal de la carencia y la conformidad. El maestro

⁷ BLANCHOT, Maurice. El afuera la noche, de: El paso (no) más allá, en: <http://www.scribd.com/.../Blanchot-Maurice>. El `paso más allá (acceso: agosto 11 de 2009)

⁸ ROCA, Juan Manuel. La letra alucinada, en: Magazín “El espectador”. No 490; Bogotá (sep, 1992): p.5.

⁹ ALVAREZ, Iván Darío. Carta a una maestra senil, en: Magazín “El espectador”. No 415; Bogotá (abril, 1991): p. 6.

ignora que el placer de su trabajo está en invitar a la reflexión, al afecto, a la sensibilidad, a la verdad, al pensamiento. No aplaudir las pedagogías de poca imaginación, que cultivan la ignorancia y las máquinas repetitivas de conocimientos muertos. Debe abrir las puertas a la libertad, lanzar al estudiante al riesgo, a la aventura; que comparta y que su preocupación sea el bienestar del otro, tareas mucho más difíciles que la gramática y las fórmulas para ser poetas. Cada estudiante es una semilla que debe seguir latiendo con fuerza bajo todo escombros producido por las instituciones capitalistas, religiosas, y militares. Educar es el arte de enseñar los caminos para la vida. No por esto el maestro será redentor que salve de la insensatez a los hombres. “La triste causa de que, a pesar de todo, no consiga manifestarse por ningún lado una honradez completa es la pobreza espiritual de los profesores de nuestra época: precisamente en ese campo faltan los talentos realmente inventivos, faltan los hombres verdaderamente prácticos, o sea, los que tienen ideas buenas y nuevas, y saben que la auténtica genialidad y la auténtica praxis deben encontrarse necesariamente en el mismo individuo”¹⁰. Nietzsche invita a volver al nido de uno mismo, allí donde se encuentra el calor de un conocimiento acorde con la práctica de vivir. De pronto, un maestro que abra la página nunca leída del libro que cada uno es. La genialidad del maestro que entrega pequeñas armas, para enseñarle al estudiante a defenderse de la incertidumbre latente en este tránsito por el maquillado rumbo que le espera. Qué más arma que el conocimiento; no sirve para ser el mejor, tampoco para satisfacer la ambición del poder o para acceder al servilismo y credo de la obediencia; y para tener mentalidad policíaca, sí que menos.

“No le enseñe a ser mezquino en la subsistencia sino a ser hábil en la supervivencia”¹¹, propone León Zuleta ¿Qué se necesita para ser hábil en la supervivencia? Déjele preguntar, permita que se burle de usted y de él, admita el ridículo y olvide esa máscara de la sobriedad, tome unos tragos de juego que lo embriaguen de niñez, deje ver lo que usted no sabe, ya que los perfectos son tan agrios como la máscara más sonriente. Cánteles una canción de cuna, arrúllelos con la palabra, abrácelos con una mirada de nostalgia infantil, en caso de que ya no se sienta niño. Dígale que ser burócrata no es un sueño, es una baba continua que muestra el hambre de lo inútil. Enséñele que estar aquí significa jugar a la poesía, al conocimiento, a la desobediencia mientras vive y busca el pan de cada día; que para ser militar no necesita cerebro; que la guerra no es negocio y que el hambre es fruto del fanatismo de los hombres; que la civilización es el cangrejo humano, que el sueño americano es comer sintéticos y pisar pasto de mentiras; que no permita la sumisión ni la mentira; que en él reine la irreverencia; que en su boca abierta entre la mosca de la verdad y si entra la de la mentira, que sea para defenderse del credo de la dominación.

Palabra que aboga por fomentar la vigilancia vestida de anteojos oscuros, que pone el ojo sobre los que aún no tienen instintos y aplica la bala del chantaje. Así se mata la promesa

¹⁰ NIETZSHE, Friedrich. Sobre el porvenir de las escuelas, de: Nietzsche en castellano, en: <http://www.Nietzscheana.com> (acceso: enero 29 de 2009).

¹¹ ZULETA, León. De cómo educar al niño sin asesinarlo, en: *Magazín dominical “El espectador”*. No. Bogotá (sep. 1992): p. 4.

del derecho a hablar porque es la amenaza de la diferencia y la defensa, diferencia prohibida cuando se instruye para la repetición. Aquel que trascienda los muros de la arbitrariedad, de las justificaciones teológicas, de la tiranía y de la ignorancia corre el riesgo de ser nocivo para la comunidad, puesto que intenta escabullirse del ojo que lo vigila. De un ojo que no alcanza sino un panorama consagrado a un cállate y sé una sombra: “Conviene que el castigo sea espectacular para que los demás tengan miedo”¹², es una estrategia de la justicia, comenta Foucault. Ley aceptada universalmente por los “masoquistas indefensos”.

Los muros edificados de papel y letras son abortos espontáneos que, quizá, no sean más que grietas por las cuales se filtra lo que nunca se ha pensado decir. Palabras rotas, parchadas por la memoria, sepultadas en imágenes, capaces de recobrar la fuerza de la poesía. Hay un hoyo en el vientre causado por el hambre de encontrarse, un pequeño dolor que también experimenta el pensamiento. Un “combate entre el pensamiento como carencia y la imposibilidad de soportar una carencia”¹³, entre la imposibilidad de lo que se es y ese medio reflejo de lo que se quiere ser, de develar lo oculto y unificar la vida con el pensamiento.

Permanecer inviolable o, al menos, a salvo cuando se saborea la pasión de la vida, el riesgo del pensar y de actuar con una conciencia que no conoce límites de lo determinante; seguir la convulsión que en cada cuerpo provocan las incertidumbres del día, el hambre de no saber, lo miserable de la palabra y el pensamiento. “En nuestro caso, la filosofía debe partir, no ya de la maravilla, sino del horror. A quien no esté en condiciones de provocar horror hay que rogarle que deje en paz las cuestiones pedagógicas”¹⁴. La preocupación como maestro es causar sobresaltos en el estudiante a partir de los conocimientos; en este caso, la filosofía y la literatura, conceptos imperecederos de aprehender para cruzar el puente de vivir. En el afán de evitar seres perdidos en la inopia de la academia, se trata de agredir de alguna forma; que se entienda, no agresión física, sino la crueldad para agredir esa realidad silenciada y esas vergüenzas que someten. Ser cruel puede ser romper la barrera del miedo a decir, ser cruel puede ser mostrar que aún hay cosas más horrosas por enfrentar, para lo que se debe estar preparado, porque es posible que al evidenciar el horror se despabilen los corazones y busquen salidas, no precisamente para huir, sino para hallar las armas, para enfrentarlo y reflexionar ante lo que a cada quien le causa espanto, porque probablemente lo que teme es descubrirse en sí mismo.

En consecuencia, el horror es una terapia exquisita para encontrar la salida de uno mismo, tarea, según Nietzsche, del maestro. Lo que para Cortázar sería la traumatoterapia, en palabras menos rudas y agraciadas. Maestros, a causar horror, no con las notas, sino con la

¹² FOUCAULT, Michael. El ojo del poder, de: el ojo del poder Michel Foucault, en <http://www.philosophia/escuela de filosofia universidad Arsis> (acceso: junio 5 de 2009).

¹³ DERRIDA, Jaques. La cruel razón poética, de: Jaques Derrida, en: <http://www.derridala-palabra-solapada.com>(acceso: mayo 5 de 2009)

¹⁴ NIETZSHE. Art. cit.

filosofía. ¿En qué pensaría Nietzsche cuando hablaba de horror? Si se ponen palabras en su boca, se pensaría en el horror de enfrentarse a esas verdades que dejan al descubierto el ser; quizá pensar que la jovialidad se acaba, el saber que se es inexistente para quien se ama, o pensar que esta sociedad carente pertenece a ese mundo que se lleva dentro... en fin, el saber que, como maestro, no puede causar horror, a pesar de que aterroriza con las notas.

Desfigurar el rostro y dejar entrever la explosión orgánica que revela una imagen tras otra, liberar la enfermedad, el silencio clavado en el pecho; los “signos de podredumbre” desfilan como maniqués en descomposición. Todo lo que se es, una multiplicidad descocida que intenta ahogar el fuego del alma en incendios de sensaciones extraviadas.

Se es carne que vibra con el reflejo del otro, a la vez que “la figura del otro es la figura de la amenaza”¹⁵, como lo plantea Lyotard. Enfrentarse al otro con su drama, y mostrarle que él también hace parte de ese drama, evidencia la violencia que se siente a través de imágenes y palabras, que estropean al gritar que cada uno es la “comunidad del otro”. El choque violento de saber que muchas diferencias irreconciliables habitan cada persona es tormentoso. La permanencia está justamente en evocar lo innombrable que se posee en silencio, que habita un laberinto de formas irritadas, de imágenes que revelan al otro que funde y separa.

El “espíritu que es fuego” es el lecho de las sensaciones que danzan como serpientes al son de la carne. Entonces, las palabras copulan con el ser. La imaginación abre las puertas de la percepción. El sentir es el hoyo en el que se socava todas las noches el rastro de lo que apenas se es. Un cuerpo a cuerpo material y desencarnado donde no subsiste, señalaría Proust, una sola migaja de materia inerte y refractaria al espíritu. Cada átomo que compone a cada quien: una ventana que deja ver la risa y el temblor con los que se está diseñado. Todo se mueve, todo danza en el caos de la sensación. El cuerpo se escapa en imágenes fulminantes, que solo los actos dejan ver para expresar que uno es materia cargada de vida. Esos actos, esas imágenes, esas sensaciones se descubren a través del arte. La escritura y el teatro son una “forma de desembarazar los cuerpos de la inercia”¹⁶, en el pensamiento deleuziano. Así, las puertas que llevan a encontrar lo increíble y decir lo imposible se manifiestan a través del arte; éste es la llave para descubrirse de otro modo, para desnudar la sombra de lo que se es. Un animal en celo en busca de la fiera que esconde tras sus ojos.

El acto poético, entonces, “hace visible fuerzas que no lo son”¹⁷, en palabras de Deleuze. Las sensaciones que viven a través de los actos como fuerzas que se agarran de los recuerdos, de la sensación que el otro causa sobre uno, del miedo a desaparecer, del terror a no ser la comunidad del otro, del abismal silencio, de la cotidianidad, del ruido que no dice

¹⁵ LYOTARD, J. F. El derecho del otro, en: Revista Universidad Nacional. Bogotá (marzo, 1994): p. 2.

¹⁶ *Ibid.*, p. 60.

¹⁷ *Ibid.*, p. 63.

nada... en fin, “potencias diabólicas del porvenir que llaman a la puerta”¹⁸, escribe Kafka. Potencias que invitan a escupir desde el dolor hasta la escasa carcajada. De ahí que surja la creación, la entrada del pensamiento, de los armónicos que resuenan. Luego de un grito largo que sosiega al alma, hay hambre de lo vital; la carencia está presente para recordar la pregunta, así como el asombro la curiosidad.

La iluminación de cada instante que se siente provoca nuevas visiones: “...las ideas vitales, las que hay que crear”¹⁹, grita Michaux, mientras vive desde sus letras. El cuerpo es el puente por el cual el alma se deja ver en su esplendor, con la armonía de su variedad, con la fuerza constante, con la excitación de la vida. El cuerpo se contrae, se precipita, se compone en infinitos planos atravesados por la filosofía, el teatro, la escritura. Baudelaire deja un sabor amargo al afirmar que son pocos las personas que tienen la capacidad de expresarse, pero lo vital está ahí justamente, en ese sabor de la imposibilidad. Acercarse a la imposibilidad para alcanzar un nimio rumbo. Tal vez el morir. Empero, una muerte que origine la libertad de fallecer con lo que mata y con lo que se nace muerto. De esta manera, se instaura la emergencia de fugarse en la expresión de imágenes, palabras, actos fugitivos e intensos, es decir actos poéticos. La poesía es la capacidad de intensificar los sentidos, los abismos del habla y desnudar las propiedades del lenguaje, para experimentar lo que antes no existía. Se abre la boca de la rebeldía, que se niega a ocultarse y trasciende de la sombra, de la ausencia para ser metáfora en la imagen. Ante esta ocurrencia, el acto poético es “la materialización de la poesía”; impulsa la palabra olvidada, en los archivos de los libros (lastimosamente), en las historias que se cuentan sin florecer.

Una palabra separada de la vida nunca contará su razón de ser, la vida que se ejerce simplemente a través de discursos frívolos, manifestaciones cerradas de lo cotidiano, ajenas a sí mismo, manifestaciones implantadas como silicona en el pecho; “espectadores de su propia vida”²⁰ perdidos en consideraciones vanas acerca de las formas elementales. Sólo al fin del instante, que fue la vida, se siente el desconuelo de no haber dado a entender el vacío profundo que carcomía al ser, junto con sus secretos y lo que nunca se dijo. Quizá por eso María Zambrano señala: “La palabra... la guía de los que al fin pueden morir”²¹, porque es la última palabra quizá la que nombre a la palabra perdida, que se anuncia en murmullos temblorosos, inesperada y fulminante pero que aún no alude al sentimiento extraviado, siempre buscado en los socavones del alma sin hallar respuesta. No en vano “la poesía abre la escala de lo real”²² del sentir y del pensar atrofiados por las normas, los preceptos y los tabúes.

¹⁸ KAFKA, Franz. *Lógica e la sensación*, citado por: Deleuze, Op.cit. p. 67.

¹⁹ DELEUZE. Art cit.

²⁰ GARZÓN, Op cit., p. 17.

²¹ ZAMBRANO, María. Tres reflexiones sobre la palabra, en: *Magazín “El espectador”*. No. 495; Bogotá (nov, 1997): p.6.

²² ZAMBRANO., Op.cit., p.6.

El poeta tiene la responsabilidad de acabar con la fragmentación del pensamiento, el sentir y el ser, junto con la palabra. La poesía, para Borges, es la vida no fosilizada; el lenguaje fósil se quedó en las bibliotecas para ser historia muerta. Se debe ser filósofo y poeta para sujetarse en el escenario de la tierra, retener las palabras a través de las imágenes que se desvanecen en el aire mientras algún espectador las aprehende, y es también espectador de su vida. En este sentido, cada imagen es reflejo del otro, de cómo este afecta y cómo se deja atravesar. La pirueta de ese anónimo dice que existe y se existe.

Reconciliar la imagen y la palabra en el devenir de la escritura que, para Deleuze, está en “trance de hacerse y que desborda toda materia vivible o vivida”²³, porque al escribir “se deviene mujer-mujer, animal o vegetal, se deviene-molécula hasta devenir imperceptible”²⁴. Así mismo, el acto poético debe causar una catástrofe en el orden rígido de los pensamientos y en la mudez del sentimiento, puesto que “el mundo de los hechos está a nuestro alrededor y nuestra emoción los interpreta”²⁵ a través de la poesía, en la que se libera a ese otro que se es: niño, mujer, objeto, animal, hombre, develado en el devenir de la poesía, en la que se consagra el espíritu y el cuerpo. La poesía que participa de los actos cotidianos, y trasciende del concepto al acto poético, en el que el individuo se comporta y actúa de acuerdo a la fuerza de los sentimientos y pensamientos, para lograr vivirla. En palabras de Wilde, “los poetas medianos viven la poesía que no pueden escribir, los otros escriben lo que no pueden vivir”²⁶. Por eso el acto poético expresa lo que las palabras no alcanzan, el sentimiento perdido que revolotea en el cuerpo sin ser liberado. Es el arte de revelar la risa y la pasión de la vida, aunque fuese en la zozobra; emergen los actos intempestivos que anuncian la verdad interna en un escenario inesperado, sin premeditarlo. Ahí se depositan las energías, las fuerzas internas que surgen en un instante de la muerte del yo. Se deja ver lo otro que alguien es con su animalidad, la feminidad, lo masculino, pero, sobre todo, la condición directa de las experiencias humanas momificadas.

²³ DELEUZE, Gilles. *Crítica a la clínica: la literatura y la vida*. Paris: Minuit, 1993, p.11.

²⁴ *Ibíd.*, p. 11.

²⁵ INNES, *Op.cit.*, p. 23.

²⁶ WILDE, Oscar. *Aforismos y paradojas*. Bogotá: Villegas editores, 2001, p. 32.

Foto 3. Indiferencia



2. COMUNICACIÓN ENTRE SOMBRAS

Procurar sacrificar los muros de la razón y permitir extraviarse en el milagro de la belleza, que solo el alma es capaz de conceder por medio del arte. En el arte el individuo se purifica y se entrega al mundo, con la verdad y lo que se es. Un “exorcismo social” a través de la poesía de los actos, ante lo grotesco, que es, para Jodorowsky, una comunicación inconsciente, en la que

“en una conversación la gente pensaba una cosa y al tratar de comunicarla decía otra. Su interlocutor escuchaba una cosa, pero comprendía otra... total: una conversación de sordos que ni siquiera sabían comprenderse a sí mismos...”¹

Cada individuo ni siquiera sabe que el mundo está roto, que su lenguaje es mudo y que la palabra de los otros es una mímica sorda; por eso todos deambulan en las calles con el ceño fruncido, con un nudo en la garganta, la mirada que no mira el dolor en su lomo de animal domesticado. Cada quien es un solo mundo olvidado de sí mismo; un gigante egoísta que habita los “signos de podredumbre” que la soledad le entrega como techo; una memoria vacía y, en su cabeza, una consigna de soledad que se tilda única, porque lleva la máscara más maquillada. Entonces, ¿cuál es la purga para ese inicuo movimiento humano? La tarea de los escritores, artistas y filósofos es violentar la impermanencia del otro, escupir la saliva amarga, fruto de esa comunicación grotesca. Así será más fácil encontrar la llave de la inocencia del sentir, la pasión y el afán de vivir.

Al contar un secreto se omite el verdadero secreto, para no causar el asombro a quien lo escucha y la vergüenza de desocultarse a sí mismo. Es como si se escribiera un texto y en su parte imprescindible de decir se le agregaran unos puntos suspensivos. Alguien se pregunta: ¿qué es eso que los puntos suspensivos esconden? Detrás de un rostro vacío, que ni siquiera gesticula, se encuentra una sonrisa que protesta por escabullirse. Mientras se piensa en el cielo como fin, inconscientemente el infierno se hace exquisito. Si el llanto ahoga, las referencias de lo anormal obligan a la risa, aunque tiemble. Todo aquello que para la razón y la conciencia sea digno de ocultar es, en verdad, lo más profundo: ese inagotable titilar del ser que, de vez en cuando, logra escaparse y potencializarse en la imagen, en los gestos, en el delirio de la poesía y se vuelve potencia de la vida. Empero, para la vida cotidiana, este torrente de sentimentalidad es sobrehumano, y, aún así, en esa condición, que para la vida cotidiana es anormal, descansa el soñador, ese poeta que, si deja abiertas las puertas de lo profano, del pensamiento y del sentimiento y mutila la normalidad, en ese justo momento el ser se extiende sobre todos los poros de la piel. El cuerpo y el ser reposan en la plenitud de vaciarse hacia el exterior.

¹ JODOROWSKY, Alejandro. La danza de la realidad. Madrid: Siruela, 2001, p. 135.

Vida cotidiana, ritmo febril, cuerpos sin mente, corazón perforado, levitación a pesar del trabajo furioso, nada ante qué rebelarse a pesar del esclavismo mental. Márgenes de ser hombre, mujer, niña o niño; su himno es la “comunicación grotesca”. Redimir la necesidad de volver a hablar y percibir desde los sentidos, esa es la premura, en una comunicación, en la que todo el ser interviene, con sus sensaciones, emociones, caos, intimidad, además, y sobre todo, con lo que poco se dice por temor. Retomar esa comunicación en la se mire a los ojos mientras la palabra se desborda; saber que mirar a los ojos es una prueba de sinceridad, pero también de humildad, que se basa en el decir impregnado de afecto y de verdad. El acto poético contradice esa comunicación dirigida con discursos vacuos, poco provistos de sentido, ajenos con la esencia y su sentir; ataca esa forma de decir cotidiana y banal, para concentrar la sensación en los actos que penetran los sentidos de quienes la perciben; incita a la mirada que, si ve desde el alma, es una mirada con pensamiento y reflexión. Oír como si fuese un papel en blanco, que se colma con palabras, aquellas que se sienten y que nombran cada sentir por su nombre. Dejar que aquello que llega al tacto, a la piel, a las manos, embriague con lo que el entorno y otras pieles ofrecen a su paso. En fin, el acto poético se traduce en una metrallera que dispara poesía para los sentidos y en un invitar a una comunicación, en la que su lenguaje trascienda en la sensibilidad de los otros. Además, el acto poético obliga a pensar acerca del estado interior y de la mente, de tal forma que deje rastro en la conciencia o quizá en la inconsciencia de los actos o, al menos, en el deseo de despertar su esencia, aunque implique el riesgo de perder la vida. De eso se trata, de defender lo que se es, aunque se tenga la certeza de que la vida también es un acto efímero, como los actos de Jodorowsky y Artaud, así como el vuelo de un pájaro, o como una gran tormenta con rayos, lluvia... que luego de corto tiempo perece.

El acto poético es hermosamente violento porque hace temblar a las palabras. Lo que se dice a sí mismo no puede ser mentira. Pero no tiene nada de raro que uno ni siquiera se conozca a sí misma; en el momento solitario se pregunta por el ser y su motivo; se comprende, entonces, que lo que se dice no proviene de lo que se quisiera decir y hacer realmente. Entonces, suscita que, a pesar de ser hombre, en la verdad interior idealiza y siente a una mujer. En los hechos violentos se quisiera ser amable, pero la razón de la consciencia creada dice que se ataque; cuando la naturaleza del cuerpo pide amor, en la cima de la apariencia grita la represión. Se desciende a las profundidades del ser y se deja tentar por la euforia de entregarse desmedidamente a la pasión; sin embargo, la tranquilidad acordada en cada uno no permite desvíos, ni alteraciones en el curso normal de sus frustraciones. Las experiencias comunes que cada uno tiene como ser humano son las más simples, pero las menos atendidas; a ellas urge volver pues, según Eugenio Barba, ahí se encuentra el lazo humano que une con los demás. Establecer una comunicación que parta del desocultamiento de la propia esencia es emprender una comunicación sincera, humilde, valiente, pues deja ver con qué se forja la esencia humana. Además, el acto poético obliga a pensar acerca del estado interior y de la mente, de tal forma que deje rastro en la conciencia, o quizá en la inconsciencia, de los actos o, al menos, en el deseo de despertar la esencia, aunque implique el riesgo de perder la vida. De eso se trata, de defender lo que se es, aunque se tenga la certeza de que la vida también es un acto efímero, como los actos de Jodorowsky y Artaud así como el vuelo de un pájaro, o como una gran tormenta con rayos, lluvia... que luego de corto tiempo perecen.

Foto 4. Umbrales.



3. EL FUEGO DE LA HUMILDAD

Mendigos de la palabra que provocan “la condición indigente de nuestras letras”¹ Esa es la finalidad de escritores preocupados por su estilo, con una sintaxis perfecta aunque el sentido de cada palabra sea escueto; los lectores miden esas habilidades, que se evidencian en la forma, aparentemente como la fortaleza de un texto. La vanidad del escritor subordina la emoción a la sintaxis y resta importancia a la potencia que cada palabra lleva en su significado; además, se ensordece ante su propia emoción y convicción; por el contrario, se explaya en las piruetas que hace con “tecniquerías”, solo por buscar, ante todo, el agrado de aquellos lectores en los que la sensibilidad y el cuidado de la palabra no existen, sino que todos son “críticos potenciales”² Nietzsche arguye: “se concede cultura al hombre sólo en la medida en que interesa la ganancia...”³, cuántos años han pasado luego de esta afirmación, y es obvio que el malestar cultural hoy en día es más agudo que en su tiempo; un ejemplo claro de esta afirmación: las instituciones educativas instruyen a los estudiantes en torno al eje central que es la ganancia, esa mecánica de sobrevivir al ser esclavos de las necesidades que la misma sociedad ha generado sobre el débil carácter de los estudiantes.

Así mismo, se forjan seres para una competencia, en la que enseñan la habilidad de vencer a los otros, con el cuidado de no vencer a la autoridad, además de no dejar que los afecte lo que leen, puesto que su lectura es distraída por el afán precario de encontrar el estilo de venta, aquel perfecto, tan fugaz como la poca fuerza de las palabras y, por tanto, obedece a la charlatanería normativa; informan, con sus sentencias inútiles, sus juicios sin color e inseguros que no aciertan con la calidad del texto, porque no poseen la inocencia, no se dejan penetrar por las letras, no permiten que la intensidad de las palabras de un escrito descuidado de sus creyentes los cautive, incapaces de intimar con su lectura puesto que esa negligente prevención de críticos y consumidores niega la pasión que impera en el escritor; mucho menos comprenderán que la escritura “es un arte de profetizar aquel tiempo en que habrá enmudecido...”⁴

Por eso, la escritura es un oficio peligroso, en el que las palabras que se hilan construyen realidades venideras, y que el lector debe asumir como tales; es decir, el escritor confiesa aquello oculto, tal vez el destino de una sociedad, tal vez el secreto del pasado imposible de escuchar, y hace válida la minucia que otros no ven. La escritura es un peligroso oficio

¹ BORGES, Jorge Luis. *Discusión*. Madrid: Alianza, 1976 p. 39.

² *Ibid.*, p. 39.

³ NIETZSHE, Friedrich. *Sobre el porvenir de las escuelas*, de: Nietzsche en castellano, en: <http://www.Nietzscheana.com> (acceso: enero 29 de 2009).

⁴ BORGES, Op., cit., p. 42.

porque invita a lo prohibido, a los torrentes de verdades que cuestan la vida, que se censuran, expulsan y eliminan. Cualquier avance en el pensamiento y la verdad es un retroceso; por tanto, la medida (canon) debe determinar que los escritores no sean nocivos para el malestar de la cultura, a fin de que las realidades se oculten. Es más, no es raro en la academia actual ver cómo, en un desenfrenado afán de originalidad y libertad de expresión, se permite el facilismo y la mediocridad en el arte de escribir, bajo los supuestos de delirio subjetivo; como también hay quienes muchas veces terminan siendo aceptados por un canon, que los encierra en una factura absurda y sin sentido; aquéllos, más que belleza en su escritura, denotan degeneración espiritual. Tal originalidad, en la mayoría de los casos, no es sino un recurso para suplir la ausencia de poder de creación. De hecho, rápidamente envejecen con sus realizaciones, ya que no llegan al alma del lector. El objeto de la escritura, que exterioriza las monstruosidades, el caos, las miserias y las limitaciones, es el de provocar principalmente efectos agudos sobre la curiosidad, el deseo, la risa o el escándalo que se suscite desde el acto visceral de escribir.

“En el momento actual, las escuelas están dominadas por dos corrientes aparentemente contrarias, pero de acción igualmente destructiva, y cuyos resultados confluyen, en definitiva: por un lado, la tendencia a ampliar y a difundir lo más posible la cultura, y, por otro lado, la tendencia a restringir y a debilitar la misma cultura. Por diversas razones, la cultura debe extenderse al círculo más amplio posible: eso es lo que exige la primera tendencia. En cambio, la segunda exige a la propia cultura que abandone sus pretensiones más altas, más nobles y más sublimes, y se ponga al servicio de otra forma de vida cualquiera, por ejemplo, del Estado”⁵, sentencia que no dista mucho de la situación actual de las instituciones, donde se fomenta la cultura, pero ésta en la que todo oficio intelectual se prostituye; se confieren información a los estudiantes para ser cultos, sin que se propague el amor por la sabiduría, como por asegurar que por medio de lo que se enseñe no trasciendan los límites; en este sentido, la cultura tiene un rincón en el que dice existir, un espacio pequeño al que pocos pueden acceder: unos por su condición social, y otros porque sencillamente no les interesa, no conocen lo vital que es para su personalidad aliarse con las tantas expresiones que se manifiestan como cultura. De alguna manera, las instituciones tienen que hacer la farsa de culturizar a la sociedad, pero sin perder el control sobre ella. La masa no debe ser perturbada, ni amenazar su duda.

Todos deben tener ideologías unívocas, dominantes, colonizadoras de fachadas que propaguen la inutilidad, la producción y la explotación. Se presentan objetos, ideas, lenguajes a los que se debe recurrir como única alternativa; se ofrecen y crean necesidades para hacer de la mentalidad débil y perdida un ente dependiente de la abundancia frívola del sistema social.

Nietzsche habla de que la cultura en las instituciones es oportunista frente a las necesidades del Estado, de tal manera que todo código cultural se manipula como parte de la homogenización de las masas; es decir, que el Estado plantea cuáles son los estándares culturales que se deben referir en las instituciones.

⁵ Ibid.

No dista mucho la situación de su tiempo de la actual; comenta que a los estudiantes ya se los educaba para hacer parte de la militancia y que las expresiones culturales eran una amenaza para ese Estado organizado de acuerdo a su maquinaria mental; en consecuencia, es una antagónica visión frente a la de los griegos, para quienes la cultura, y todo aquello que se relacionara con ella, iba inmersa, de la mano del Estado, puesto que, en los griegos, su preocupación era un pueblo culto, en el que las personas adoptaban el conocimiento y la cultura como una forma de vida necesaria para su desarrollo personal.

En la época actual, después de la de Nietzsche, la sociedad comerciante de cultura, y sus títeres, la hacen otro modo de producción y capitalización; por eso no es raro ver cómo gestores culturales publican cualquier producción que manifieste esa realidad imitada y a la vez mentirosa; además, es una cultura que, fuera de buscar lo utilitario, es servidora del Estado, trabaja por que los fines políticos de éste se concreten. En este sentido, quienes hagan parte de sectores culturales deben limitarse a condicionar las manifestaciones culturales a los intereses de la defensa del Estado, cuando, en realidad, la cultura de la verdad debiera desterrar los sistemas mentales establecidos por la languidez estatal, causa por la cual también la cultura se controla.

El paso por la universidad, para estudiantes de literatura y filosofía, debería ser arrollador; un trance en el que el estudiante rompe con todos los conceptos de comportamiento y sacrificio por lo que no le agrada. En la universidad, el estudiante debe tener la oportunidad de vaciarse de las malas costumbres y hábitos que las instituciones de bachillerato les han dejado como rezago, de una malformación escueta en la que la supuesta revolución educativa no existe, aún más si la educación media no forma estudiantes preparados no sólo para sobrevivir, sino para defenderse en el mundo del permanente desconcierto. Entonces, en este momento se pregunta, ¿cuál es el sentido de educar y de ser educado? En primer lugar, es notorio el sentido utilitario de la visión de educar y ser educados.

Estudiar simplemente por una nota, que, posteriormente, si es buena, le dará la oportunidad de recibir un cartón, con el cual el estudiante comienza a ejercer su respectiva utilidad, para la sociedad de producción; para esta misma, entonces, el estudiante no es más que un objeto de producción. A este objeto de producción, convertido por una academia, máquina de producir esclavos presionados bajo sistemas de cohesión y amenaza, nadie le enseñó de criterios, visiones, expectativas frente a lo que quiere como persona, frente a su habilidad para no perder esa calidad de sujeto, para no convertirse en objeto maleable por una sociedad en la que triunfan los más corrompidos y los menos humanos. En segundo lugar, los profesores no alimentan esa capacidad de hacer del conocimiento un hambre constante; cada quien, como objeto de trabajo, desarrolla su papel sin ejercer ningún sentido ampliamente crítico para poder defenderse de la vacuidad y desmesura de sumisión a la que la institución somete. Ahí está el punto neurálgico del problema de educar, esa frivolidad para vaciar conocimientos de manera desmedida en los estudiantes, sin ningún quiebre en la mentalidad sesgada, gracias a la misma familia, a la iglesia y al colegio.

Si el docente cree que aún tiene una obligación con la sociedad y después de treinta años de trabajo no lo comprende, entonces es mejor ser sensato y renunciar a la responsabilidad de forjar seres con espíritu de resistencia, de bondad, de coraje y verdad. Afortunadamente, todavía existen unos pocos que pueden enseñar sin saber la teoría de enseñar; por eso, Nietzsche habla, en su primera conferencia, de la importancia de los encuentros, más que de la mera academia, porque quien sabe enseñar deleita con la palabra sin ser un teórico de la pedagogía; pero el secreto está en sus mismos actos; no enseñar a actuar, actuar de manera consecuente con lo que se pretende, se piensa y se siente. Esas personas que desgajan un sentimiento que abate el pensamiento sin sugerir que piensen, esas personas que con sus comportamientos invitan a ser nobles, sensatos, sin decir que se debe ser buenos; aquellas personas que no hablan de verdad, sino que son la verdad, esas personas son las que pueden educar porque van desde el acto que transgrede la pasividad a quienes pueden ser receptivos ante los comportamientos legítimos y osados. Es necesario, se podría decir, evocar la práctica de los actos que realmente sean consecuentes con la manera de ver el mundo y de relacionarse con los otros, teniendo en cuenta, claro está, cuál es la huella que se quiere dejar en el mundo y en los otros. No ser prócer de la patria, ni un personaje de la farándula, que indica siempre el protagonismo; al contrario, en situaciones y detalles imperceptibles se pueden dejar huellas que marquen y construyan posición frente a lo que el mundo tedioso presenta por doquier.

Hay encuentros con personas que pueden ser valiosos para forjar la vida y esos son aún más imperecederos y aprensibles que la misma academia; es decir, si se sabe escuchar buena música es porque se tuvo la suerte de encontrar, bajo la marchita sociedad, a alguien casi imperceptible que sedujo con su música; así mismo, si se tuvo ese pequeño azar de la vida en el que, en un camino cualquiera, se encontró con alguien tan sensible para dibujar un atardecer con sus palabras, es porque un poeta ha llegado a su paso, nadie enseñó entonces la poesía, ni siquiera la academia, sino la aventura de espiar a quien existe en medio de tanta carencia, y entre tanta se puede encontrar esos vagabundos de la poesía, la música, el teatro que enseñen un rumbo de esos en los que se pueda alimentar el espíritu y embriagarse de filosofía y de poesía. Por eso es tan imprescindible ser más que tener una postura a la que sólo se recurre cuando llega la hora de desbordar teorías muertas, mucho más para estudiantes que tienen afán de vivir. Tal vez esa es clave a la hora de enseñar, pensar en cuál es la misteriosa pregunta para los estudiantes en su afán de vivir y experimentar nuevas sensaciones, que la poesía y el conocimiento pueden brindar. No para responderlas en Word, luego de largas investigaciones, sino para transitar de manera activa por esas preguntas, a través de la experiencia, en las que en un pequeño resquicio de la pregunta se encuentre con lo que desea, siente, piensa; en fin, preguntas que lleven a encontrarse y a reencontrarse consigo mismo. Se sumerge, de esta manera, en la preocupación por la existencia y por el mundo que lo rodea.

La mayoría de los maestros, ya sean de bachillerato o de universidad, sólo se limitan al juego de acatar, el juego de seguir la disciplina de la forma, sin un contenido crítico que forme sus valores en cuanto a su personalidad, sensibilidad, sus interrogantes y pensamiento. Precisamente el instituto de bachillerato ha sido el que me ha impulsado a huir desalentado a la soledad, advierte Nietzsche en su segunda conferencia sobre el

porvenir de las escuelas, precisamente porque comprende que el colegio no es un mecanismo apto para honrar el silencio del estudio y el amor por aprender; además, porque los mismos maestros no tienen la vocación para inspirar en los estudiantes ese amor. En consecuencia, se necesita replantear cuál es el papel del educador desde los primeros años de enseñanza, cuando los niños van a adquirir las bases de lo que serán en sus próximos años. Lastimosamente, esas bases no alimentan al niño para explorar cuáles son sus habilidades, qué es lo que más le inquieta para alimentar esa curiosidad, que le ayude en procesos en los cuáles sienta que lo que aprende hace parte de su vida, de su mundo, de manera que se vaya forjando en él su personalidad.

Preguntarse, es el deber de los maestros, acerca de cuál es el mundo que el niño habita y cuál quiere habitar; permitir la exploración de sus sentidos para que los despierte y siempre los requiera. Enseñarle de lo importante que es compartir, y no inculcarle la competencia y la rivalidad, porque de estos procede el mundo de los individuos aplastantes y petulantes. Esto mismo indica que los mecanismos de enseñanza siempre incentivan la denuncia como un acto de rechazar la diferencia; del mismo modo, la condena. Los mecanismos competitivos a los que están sometidos los estudiantes inculcan la carrera de justificar el fin de ser ganadores, por cualquier medio, y obvian la importancia de pensar en el bienestar de los otros. Se debe evitar contagiar a los niños de ese mundo adulto, en el que todo está prohibido.

Es vital para la formación de un niño saber escucharlo; cuando el maestro mira a los ojos a ese niño, mientras habla, le muestra que su opinión es tan válida como ese atreverse a expresar su pensamiento; así mismo, reafirma en el niño esa necesidad de plantear su posición y defenderla. El niño se abre a la oportunidad de la palabra, el hogar en el que habita su ser en pleno proceso de descubrirse.

Del mismo modo, estudios literarios que enseñan a leer (actividad elemental) y no qué leer, literatura exquisita, letras agradables, historias que trastocan lo humano, la carne que se es, al contrario de entorpecer el rumbo incierto del escritor al definir con el canon un número de aficionados que acumulen costumbres falsas y formar, así, comunidades de creyentes adaptados a una identidad literaria y estilo de vida ajenos. Estabilidad para adaptarse a los pasos para ser escritor, con el fin de no generar desequilibrios ni dudas en un ordenamiento de ideas y reglas que, en vez de estimular para la escritura, limitan el proceso sensible de creación. No es lo mismo un plato preparado siguiendo las instrucciones, que uno con el arte del sabor, ese que se prepara sabiendo que los alimentos unen los lazos; “Esas fuerzas que preparan para combatir contra la barbarie del presente y que quizá transformen algún día los institutos en arsenales y laboratorios de esa lucha”⁶, propone Nietzsche.

Ante esta inquietud, se puede dar cuenta de que la institución debería tener la visión de educar de acuerdo con la resistencia ante la barbarie de la apariencia, de la mediocridad y fortalecer el intelecto, no para venderse como producto, sino para enfrentarse a los avatares

⁶ *Ibíd.*

a los que la sociedad somete, bajo la vigilancia, el poder, el castigo, la mentira; ese horizonte es el que las instituciones deberían proponer, al contrario de la castración mental y el silencio. Ahí los actores, para convertir los institutos en arsenales, como diría Nietzsche, serían los docentes, quienes tienen la llave maestra para hacer de ese laberinto de la institución un espacio en el que se siembren los nuevos o los próximos individuos que defienden su posición, atacan la mentira, la seudocultura y les apasiona combatir a la sociedad aplastante, para renovarla, trasformarla en el suelo digno para seres sensatos, honrados de la palabra y la verdad; es decir, para humanos que fueron educados para la vida. Se espera que los maestros sean el arsenal que renueve la educación desde las escuelas, para así lograr que próximos estudiantes sean consecuentes, pero para tal empresa es aún más necesario que los maestros renuncien a su calidad de guardias y reflexionen acerca de su verdadera tarea como educadores, qué están enseñando a sus estudiantes, quiénes serán los siguientes educadores y si seguirán sus ejemplos; en esta medida, si los ejemplos han sido frívolos, sin ningún quiebre en sus vidas, sin ninguna espina que afine su carácter como personas, entonces no ha dado frutos esa labor de renovar la educación, para la construcción de una sociedad más integral.

El maestro tiene como escudo el conocimiento; cualquiera que fuese, junto con la filosofía y las artes, provee de dinámica y sentido a sus enseñanzas que, a la vez, otorgan al estudiante una defensa y un sentido para su existencia; el maestro no tiene sólo la tarea de enseñar matemáticas, si fuera el caso, sino adentrarse en la sensibilidad del estudiante, al escucharlo, al atender sus preguntas y escuchar sus opiniones, o simplemente sabiendo que tras de Pitágoras se mueve toda una cultura espiritual. De manera que se muestre que no existe limitación o muros entre los diversos conocimientos y su relación con lo humano, la filosofía, la ética, lo sensible.

En este marco, el maestro no solamente debe saber lo que le compete, sino saber todo lo que al estudiante le entusiasme, para que se deleite con el aprendizaje, y el maestro también se abra a la posibilidad de experimentar otros conocimientos, que también hacen parte de su vida y de su saber. Bien se sabe que los matemáticos, en la época antigua, no solo eran matemáticos, sino filósofos, astrónomos, escritores, políticos... en fin, el conocimiento no puede ser sesgado, porque es un entramado en el que sus arterias son un camino que conduce al pensamiento. Viajar por todas las arterias del saber para llegar al corazón íntegro del pensamiento. Sin embargo, son pocos los maestros que alcanzan a comprender cuál es su responsabilidad con la sociedad y sobre todo, con aquellos estudiantes que aún creen que se puede, en la institución, acercarse al porvenir de la transformación de una sociedad digna de ser culta, ética y honrada.

Si son pocos los maestros que pueden comprender estas tareas, mucho menos será el número de estudiantes que alcancen a sentir que el conocimiento es una fortaleza para sus vidas y, así mismo, ellos una renovación en la mentalidad y la visión que tienen acerca de su existencia y su relación con la sociedad. Y aquellos que saben del valor de esas tareas, corren el riesgo de ser escarnecidos, orillados a la periferia de lo oculto, exiliados del sentido común y tachados como un peligro que altera el orden establecido. En este orden de ideas, quienes tienen la habilidad de manifestar que el conocimiento y el aprendizaje

pueden tener otro rumbo, que permite salir del carril que la institución señala, huyen al voto de la soledad y el silencio de forma que solo pocos tienen el privilegio de conocerlos y aprender de ellos. Obviamente, a los que trastornan el orden de la institución no se los encontrará en reuniones protocolarias, ni encuentros seudoculturales. Ellos están en algún vino perdido en la sombra de la noche, o en un café que disfrutan mientras escriben un verso a la chica que otros dirán es la más fea. Por eso, se ha pensado que lo realmente interesante y apasionador está tras de las ramas, debajo del suelo, es el ojo que observa lo absurdo que es el mundo y las personas, y cuando sonrío enseña el paraíso. Quienes trastornan el orden fijan su caos propio y viven de él hasta tal punto que pueden ser tildados de locos por quienes no aceptan que existen otras formas de ver, de sentir, de ser y de aprender, al igual que de enseñar. Ante tal aseveración, lo que queda por decir es que el arte, la filosofía, la escritura son del orden de lo ilógico e incompetente frente al orden establecido por la institución; por eso los verdaderos maestros no están en las aulas, porque la institución discute lo auténtico, la capacidad de ser uno mismo, el talento de la opinión y de no seguir el ritmo turbio que enseña la mediocridad y la homogeneidad.

Los profesores, en palabras de Nietzsche, son los servidores de la moda, y, como tales, los estudiantes se ven íntimamente relacionados con su modelo; ni siquiera relacionados, sino obligados a acatar el modelo que el profesor les impone, de modo que el estudiante no tiene ni la propiedad, ni la oportunidad de encontrarse con otros modos de aprender, de ser y de opinar, puesto que si sus opiniones y trabajos no están en la línea del maestro, son inmediatamente descartados y discriminados. Así, los estudiantes deben seguir un lineamiento ajeno y cultivador de la burda sociedad.

La pretensión de los maestros es inculcar la obediencia, los principios que ellos establecen como sujetos medida de todo conocimiento y, en ese cauce devastador para la enseñanza del estudiante, se deja ver que muchos de los maestros vienen de un frustrado proyecto de vida que no pudieron llevar a cabo; ese mismo sentimiento lo inculcan a quienes aprenden de ellos; ese tedio por enseñar tendrá su fruto, que será el tedio de los estudiantes por aprender. Entonces, le dicen al estudiante confórmese con lo que le tocó, y véase obligado a servir al imperio de la negación, de lo prohibido, de la conformidad; repita el camino porque no hay alternativas.

Es cuando la pregunta surge: ¿si los maestros, que tienen la difícil tarea de formar seres humanos, no saben del sentido de educar, qué se puede esperar de los estudiantes, que en un futuro forjarán la sociedad? Es cierto, nada que no provenga de la misma malicia con la que los educaron. Regímenes que hablan de poder, de producción, de competitividad, de vigilar y envidiar. Teniendo en cuenta que son pocos los maestros que realmente tienen la convicción y saben del sentido de educar, así mismo serán pocos los estudiantes que alcancen la iluminación, que sólo se encuentra en el conocimiento, en la filosofía, las artes, la escritura, que enseñan o, mejor, enriquecen el espíritu y hablan de la oportunidad de ser libres. En consecuencia, serán pocos los estudiantes que alcancen el milagro de alimentar su esencia y su personalidad, tarea inmanente a la calidad de ser humano. Sin embargo, ¿quién hoy en día se preocupa por desempolvar esa esencia perdida debajo de los modelos inculcados, de las identidades sobrepuestas?; en otros ni siquiera empolvada, porque es

probable que en muchos ni siquiera existe esa posibilidad de pensar un momento en lo que es, en sus nombres, sus personalidades, si es lo mismo, o una realidad copiada de otra mentira de ser hombre.

Es evidente que quien tiene el arte para escribir, esa sensibilidad inherente, y le apuesta a la desobediencia, a lo ignorado, a lo marginado, no requiere de mecanismos automáticos y fórmulas para descubrir lo natural, el verdadero valor del sentido. No busca el poder, por tanto no será representado en la normatividad, en el canon; sabe que tiene el derecho a hablar, pero para quienes saben que tienen la necesidad de escuchar, quienes no suprimen ni condenan otras posibilidades que trasciendan los límites, las fronteras de la forma como cárcel, como impedimento. Sólo quienes buscan gobernar con sus textos tienen el afán de ser perfectos, correctos y determinantes, para ser uno más de los que pertenecen a la biblioteca oficial porque, en fin, es un texto frío por su condición ajena al vínculo con la vida; además, cargado de criterios políticos, culturales, económicos adoptados de Occidente, solo para tener unos cuantos adeptos.

¿Quién piensa en escribir?⁷, preguntó Virginia Woolf. El escritor está pariendo sus nudos internos, ese llanto ahogado, la risa de una tarde absurda en medio de la multitud, el escándalo público... no se preocupa por ser escritor, sino por vivir mientras escribe. Cada escritor reinventa su lenguaje, el que habita en su carne, en su fuero, un movimiento continuo, en el que cada palabra es la muerte de una idea marchita, de un sentimiento extraño, que procede a convertirse en un leve hilo de palabras tejidas en imágenes transmitidas a través de la escritura. Deleuze afirmaría que “cada escritor está obligado a constituir su propia lengua”⁸. En el delirio de la escritura, no hay tiempo de pensar en el lector, ni seguir el sendero de la norma, porque no son letras para digerir sino para expulsar mientras se deviene lo que cada quien se permite ser. Si se está en ese orgasmo en el que uno se puede expandir hacia las letras, qué importan las reglas, si es la oportunidad para salir de ellas, para presentarse tal y como se es, como se siente, como se piensa.

El canon interrumpe el proceso de devenir. Escapar siempre de lo que impida el delirio, porque la “literatura es delirio...” El verdadero sentimiento de la escritura no quiere creyentes, sólo quiere renacer, purificarse en ella. Critica a aquellos que se dejan tentar por el deseo de la dominación y buscan identidades falsas que se identifiquen con sus libros.

Si el escritor, en su propio devenir, está constituyendo su propio lenguaje, ¿cómo incorporarlo en una serie de mecanismos que encasillan y centralizan el texto para oficialización de un canon? Si su deseo es el espectáculo, se incluye; de lo contrario, se desecha y, por tanto, pertenece a la periferia. Universalizar y justificar con unas valoraciones normativas el delirio de escribir es acabar con el mismo impulso de librarse a través de la escritura, donde queda la estética planteada como ser consecuentes con las

⁷ WOOLF, Virginia, citado por Deleuze, Guilles. *Crítica a la clínica: la literatura y la vida*. Paris: Minuit, 1993, p. 11.

⁸ DOTHEL, Op.cit., p.16.

palabras y convicciones, cuando se somete a la escritura a unos valores literarios restringidos. No existen modelos ni estructuras para ser escritores, mucho menos para comprender el delirio y caos de cada individuo. Hay que segregarse del poder colonizador del canon, porque el canon regula el discurso e impide tal vez decir verdad. Frustra la pulsión, ese impulso de escribir sin reparos, de desvanecerse en cada palabra, con tal fluidez que lo ausente se evidencia en interminables intensidades de letras.

Crear sentido a la música interna, armonizar las sensaciones y las palabras, que articulen significados, es lo que al escritor le preocupa. Castoriadis afirma: “Todo se evoca aquí porque debemos comprender en qué consiste lo que no podemos llamar de otro modo que la musicalidad del sentido”⁹. La resonancia de la palabra recae en los lectores, inquieta su sentir y pensar, capaz de transformar a la sociedad al suscitar el asombro y la preocupación por la interioridad del ser. Pero sólo los lectores que se sienten intranquilos, sacudidos, con un vacío insaciable en el estómago, tienen la capacidad de dejarse afectar por aquellos escritos que no son una producción apresurada para ser rápidamente devorada, sino una letra caída, gota a gota de palabras que hacen temblar y a la cabeza hinchar, juegan con el tiempo, no son esclavos de él y, además, no esperan el usufructo de sus creyentes.

Saber “volverse silenciosos y pausados”¹⁰, dice Nietzsche, tanto para leer como para escribir. El arte de leer y escribir está entre las bocas llenas y las certezas indudables de los maestros ostentosos, quienes hacen parte de los “lectores modernos” que no conocen la humildad, mucho menos ese delirio de saborear lentamente las palabras que se leen y se escriben. El conocimiento es lo que el cuerpo vende para comerse un pedazo de pan y otro libro con la rapidez que mastica la migaja. El estudio, la humildad y el silencio del estudio son algo que ni siquiera se permite, reflexiona Jorge Larrosa¹¹, porque es imposible no pavonearse y hacer alarde de lo que se cree saber; no podría ocultar por naturaleza la necesidad incontrolable de responderlo todo, aún cuando ni siquiera nadie pregunta, dice él mismo. De algún modo, se conforma con sepultar sus conocimientos y buscar la oportunidad de exhibirlos como opiniones propias.

El lector necesita encontrar esa seducción en las letras, que cada palabra leída sea para él una lenta caricia que se desliza por el alma, además que le apriete el pecho como a una muchacha tímida en su baile de enamorada. Sentir que es uno con el texto, que le toca la llaga, la vida misma y le es grato saber que hay otro que también cuenta una historia parecida a la de él, solo que con otros nombres y otros espacios y, sobre todo, con la magia de la escritura. Así, se siente placer, al darse cuenta de que las vivencias propias se han verbalizado y que perfectamente uno puede ser un personaje de esos que el libro cuenta, porque se comprende que es el reflejo propio el que quizá manifiesta el libro. Esa relación íntima del lector con el libro es inaudita; son pocos los que pueden atreverse a ver

⁹ CASTORIADIS, Cornelius. Figuras de lo pensable. México: Fondo de cultura económica, 2002, p. 56.

¹⁰ NIETZSCHE, Op.cit. p.50.

¹¹ LARROSA, Jorge. La experiencia de la lectura. México: Fondo de cultura económica, 2003, p. 58.

en el libro más allá de un contenido de letras y discursos, para enfrentarse con las experiencias, las sensaciones y las vivencias del escritor.

El lector debe estar dispuesto a entregarse con pasión, con la misma que el escritor le brinda al escribir. Tal vez sin notarlo, el lector se adentra en la “multiplicidad de los estados interiores” (de los que Nietzsche habla) de quien cuenta, de quien escribe y conoce su vida, su mundo. Lo atrae como una virgen que apenas conoce el amor. Ambos se desnudan y olvidan preceptos, se compenetran y experimentan una muerte seguida de un renacer por cada palabra escrita, por tanta palabra leída. Las manos del lector acarician las letras, y las del escritor las trazan con cada sentir. Allí, en ese encuentro íntimo, permiten encontrarse a sí mismos, darse cuenta de quiénes son. A partir de la lectura no será más un ente. Puesto que tendrá el valor de elevarse mientras lee, mientras se deja preñar de la escritura, ya no mirará más por los ojos obnubilados de quien les enseñó a husmear. El lector sigue su propio camino, se encuentra consigo mismo, se desprende de toda fidelidad de veneración a sus maestros (aunque hay algunos que sí viven del fetichismo), la lectura lo hace intrépido, forja la sensibilidad, notoria cuando “evita la imposición”. Gozar al atreverse a explorar lo desconocido, mundos inexplorados que sólo el conocimiento, la lectura y unos cuantos vagabundos pueden enseñar.

El maestro podría ser un vagabundo que muestra que “la lectura es un arte libre e infinito que requiere de inocencia, sensibilidad, coraje y quizá un poco de mala leche”¹², como dice Larrosa. Valores irreductibles para todo aquel que desea plantar su espíritu con sus propias fortalezas. Ser capaz de ver el mundo y a sí mismo con inocencia, con coraje, sensibilidad y astucia requiere de la valentía de mirarse desde lejos, de permitir abrir un mundo para huir y permitir otros encuentros, perspectivas, interpretaciones de tal forma que siempre reine el misterio; por esto Wilde dice que la única cosa que hace misteriosa la vida es el secreto¹³. Por el contrario, los dogmas tienen la justificación de lo oculto; las repuestas ya están dadas para abolir el misterio. Los individuos todos los días son una cara diferente, para interpretar, por lo cual sería una tarea interminable porque son un viaje infinito donde el tiempo cruza. Porque “leer, como viajar, es ver”¹⁴, piensa Larrosa. El cuerpo lo expresa todo, él se deja leer, todo movimiento parte de la sensación y va a la sensación. Así es el acto poético; es una orientación a la pasión, a la sensibilidad, al misterio desde lo evidente, que da una visión multiplicada, una “forma efectiva de mirar”¹⁵, porque es la expresión desinteresada e inocente de la sensación. Según Nietzsche, se necesitan educadores para aprender a ver¹⁶. Ver es abrir los sentidos para entender y sentir al mundo y a los otros; ver con calma, mostrando posición y decisión; libertad para

¹² *Ibid.*, p.63.

¹³ WILDE, Oscar. *El retrato de Dorian Gray*. Madrid: Cátedra, 1998, p. 41.

¹⁴ LARROSA, *Op.cit.*, p. 65.

¹⁵ *Ibid.*, p. 68.

¹⁶ NIETZSCHE. *Art. cit.*

“dejar que las cosas se nos acerquen”. Saborear los fenómenos, las circunstancias, a los otros y cavilar desde cualquier orilla sin impedir el paso; que todo llegue pero que también se vaya, aún más cuando llegue lo fétido, lo rudo, lo agrio que hace el ambiente cerrado y asfixiante. Ante esto es necesario un paladar fino, olfato y orejas para que sólo sea posible aquello armónico, sencillo y ligero, aquello que vuela. Por todo, el educador debe hacer comprender que la lectura es llave que abre los sentidos, sobre todo los finos, para no dejar escapar lo leve.

El buen lector y el escritor rechazan las elegancias frívolas del conocimiento y escogen las “altas montañas” de la creación, el silencio, la soledad y la humildad. Así fecundan su espíritu, que permanecerá en la verdad, la conciencia, el entusiasmo, por la libertad de sí mismo. Sus deseos no tendrán límites; conocerán la embriaguez que causan las letras, el conocimiento y las artes. Siempre un espíritu embriagado es insaciable ante esos placeres. La pregunta y el misterio son su aventura, un itinerario en el que se establece una conexión consigo mismo, hasta llegar al esplendor de lo que se es. Acercarse a la extravagancia que avergüenza, a lo impredecible del camino, sólo así se “llega a ser el que eres”, señala Nietzsche, que para llegar hay que ser el artista de uno mismo. Otra razón más para armarse de arte, que va mutilando piel tras piel hasta crear lo que se quiere, lo que se desea con vehemencia.

Vagabundear con los sentidos por los caminos errados, por los desaciertos, hacia ningún lugar, solo con la incertidumbre y una única certeza: la tentación del instinto y la sensación; todo esto para decir que el maestro debe borrar la conciencia de homogenizador de masas y, al contrario, tirarlo a las arenas movedizas donde a la quietud, la rapidez, la dominación, la represión las sepulte el coraje de correr el riesgo, la curiosidad y la aventura. Porque el camino, en efecto, es incierto. El código cultural, que inventa el mercado y el Estado, ofrece libros de positivismo, como forma de darle bálsamo a la angustia de todos los días; además, pinturitas que son la foto del último personaje de la farándula; así se alimenta el bagaje cultural de aquellos que culturizan y se dejan culturizar; de ahí que el mercado imponga cuál es la cultura de moda, y los códigos señalen qué debe leerse para no quedar fuera de tono con los homogenizados. Si tiene la suerte de encontrarse con buena música y libros que le puncen el alma, hágalo en silencio, para que no lo tachen de diferente o inadecuado social, puesto que los cánones establecidos no permiten alternativas.

Eso mismo ocasiona que leer sea una vergüenza, puesto que esta actividad no hace parte del mundo aplastante de la modernidad, porque, para éste, diría Gunther Grass, la lectura no rinde beneficio alguno. Pero también da esperanza, porque aún así dice: las bibliotecas siguen abiertas...y aún (a unos pocos) nos timentan los libros, sobre todo los polvorientos¹⁷.

Educados por modelos obsoletos, inservibles para Estados Unidos o Europa, inyectan la idea de que hay disciplinas mayores que se debe acatar. Forma, en cierto modo, de conservar el poder, con una imposición de cultura literaria, y por supuesto, de relaciones

¹⁷ GRASS, Gunter. Ensayos sobre literatura. México: Fondo de cultura económica, 1990, p. 71.

interculturales en las que se cohesionan una uniformidad de criterios y credos para lograr la publicación de una literatura chatarra. Discursos académicos en los que la palabra es cualquier baba que se despliega sin sentido, sin afianzamiento en el ser, sin efectos sobre otros. Todo dicho y comprendido desde un entendimiento ajeno, sesgado y limitante. En este sentido, la literatura de los “minoristas”, de aquellos que no obedecen a la norma, a la venta, a una estructura obsoleta, hace parte de los marginados y habita la periferia, así como la Inquisición eliminó la risa, la poesía y el conocimiento. Lo que aleja de la norma y de la fiera de la institución se liquida, porque evidencia el peligro de quebrantar la sociedad edificada con pretextos, deberes, fronteras que apuntan a la jerarquía de lo que sea.

Formas que exigen condiciones sociales unitarias, para una literatura estándar, comprometen a la lectura y la escritura con objetos de estudio que someramente participan de los actos cotidianos. Las prácticas escriturales no canónicas se arriesgan a salir del umbral de la obediencia y del protocolo, se resisten a la centralización y sobreviven en el borde desde donde se expanden en silencio para pocos lectores, para los que no buscan leer el boom. Este afán de vivir no comulga con el de los maestros y estudiantes ambiciosos de asegurar una comunidad de creyentes, mediante una camisa de fuerza (canon) que ata al sujeto a la disciplina de las fórmulas para ser poeta, ostentoso de las tres tristes letras que perfectamente alcanzan en los bolsillos de un lector de best-seller. Escritores que ilustran las tradiciones light de su sociedad consumista, con un estilo de vida a que todos quieren ascender para ser aceptados en la parafernalia de la pobreza mental y del malestar cultural. Escritores que buscan el boom para entrar por la puerta que los conduce al sueño americano y canonizarse e insistir en que el primer mundo siga colonizando.

La acción del maestro está en causar hambre, en huir hacia el pasado, en dejar explorar esos torrentes de emociones que embriagan a los estudiantes y que de ellos surja la súbita acción de necesitar un libro, de escribir, de decir y gritar, además de que sus cuerpos inactivos expresen la fuerza de la creación y la imaginación.

Sólo así los escritores no morirán, sólo así el papel y el lápiz sobrevivirán. Aunque, dice Grass, “se finge querer cuidarlos todavía por un tiempo, como a una especie animal en vía de extinción”¹⁸. Ojala esta especie, para unos histórica, se reproduzca en medio de la insensibilidad del sistema y del poder. Así, como maleza sobre la miseria, invirtiéndose el pensamiento, la sensibilidad, en vez de carencia.

Luchar porque el pensamiento, la escritura, las artes se transformen de manera que conciban la esencia humana, ya que “el olvido del ser...se manifiesta...como olvido de las condiciones del propio ser del hombre”¹⁹. Áreas a las que el filósofo, el artista, el escritor, el maestro deben responder con urgencia, con total ardor; allá hay que apuntar. Donde cada

¹⁸ Ibid., p. 72.

¹⁹ DERRIDA, Jacques, texto y deconstrucción, de: la deconstrucción, en: [http://www.derrida-texto -y deconstrucción.com](http://www.derrida-texto-y-deconstrucción.com).

uno de los actores de este gran teatro reconstruya la visión de ser humanos, huyendo de los sistemas mentales que fabrican como máquinas que reproducen más hombres carentes de sensibilidad, esa esencia que despierta la imaginación ante la mentira, la tiranía, el silencio, el hambre, porque en cada una de éstos se evidencia el poco sentido humano.

La influencia del poder gobierna en las pobres mentalidades y espíritus. Con este imperante se calma el hambre, se logran bienes, se educa gente, se repiten seres humanos que actúan con un solo fin: saciar necesidades básicas, inmersos en la rutina, llevados al olvido de sí mismos. El ser humano limitado para ejercer sus funciones, cual robot casi esquelético, que ya no camina, no habla, no ve, no escucha, ni siquiera sabe que posee sentidos; y la necesidad de preguntar ¿cómo estoy?, no existe. La naturaleza del hombre consiste en una contranaturalidad. El escritor debe atacar esa contranaturalidad, para recobrar el cuerpo, la mente, el alma, purificarlos con las letras, que enseñan que, más allá de la supervivencia, hay un fondo oculto que mata esa misma condición de sobrevivientes, desde sencillas condiciones como afectarse ante el dolor del otro, preguntar por su sentir, compartir la migaja del último pan, para ser menos migaja uno mismo. Aniquilar esa vanidad por encontrar status y pertenecer a las élites de los más carentes.

Porque el malestar de la cultura es tan amplio como el número de los que carecen de sentido y de ideas, pero que en su carencia nada les mortifica, pues su ser es mudo, los educaron para la homogenización y entre más iguales sean más tranquilos se sienten, porque temen no ser aceptados por quienes les clavan la repetición en la memoria.

Cristianos que amontonan gente y prometen la salvación de un mundo insalvable, mientras le roban el pan a los desposeídos. Escuelas que proclaman el silencio, y no como método pitagórico justamente, sino como disciplina para el olvido de la palabra y la opinión, instituciones comprometidas con la exigencia moral de no saber realmente que lo compone como ser de instintos, como humano de sensaciones, de bondad y de dolor.

El filósofo, el escritor, el artista, por medio de su creación, se oponen a la desintegración de los valores, al incesante consumismo, al predominio del olvido del ser humano.

Recobrar la preocupación por la existencia, y por todo aquello que se relacione con ella, es fundamento que caracteriza la realidad, la condición de ser humanos, el sentido de existir. Reencontrar a los seres humanos con el mundo en el que viven. En la mente del ser humano debe de existir lo que esté fuera de ella, comprometerse con aquello que del exterior lo afecta. De acuerdo con Heidegger, el mundo no puede estar fuera de mí ya que desde el nacimiento hago parte del mundo;²⁰ esta inextricable unión es la que el artista mantiene mediante los significados de sus creaciones, ya sean las letras, la pintura, la filosofía. De esta forma, se intenta buscar sentido o invitar a los otros a buscar el sentido a su propia existencia; así como se ha olvidado lo instintivo, la pregunta por la tarea de existir no hace parte de su preocupación diaria.

²⁰ HEIDEGGER, Martín. Identidad y diferencia. Barcelona: Editores anthropos, 1990. p. 98.

Conquistar el lenguaje, reconstruirlo, inventarlo, puesto que el uso excesivo de las palabras, sin verdad ni sentimiento, hace de ellas una estructura vacía, incapaz de contener la vida en una sola letra. La visión del ser humano frente a su condición, su vida, el mundo, los otros... la realidad, es posible, si se aborda la luz de la filosofía, la escritura y las artes. A partir de éstas se revela cuál es la naturaleza oculta del hombre, la que interroga lo que se es y lo expresa.

De acuerdo con lo anterior, las palabras no pueden agotarse con el ejercicio mecánico y técnico al cumplir su mera función de una comunicación grotesca, como diría Jodorowsky. Lo grotesco está en hacer con la palabra de manera que, en su ejercicio, no haya expresión de verdad, sentimiento, emociones que realmente afecten a quienes las escuchan. Recobrar en la palabra lo perdido del ser, que se transforma en imágenes, metáforas, es empresa que el artista lleva a cabo. Tener la capacidad de convertir las palabras en metáforas e imágenes, que reafirman lo valiosa y trascendental que es la palabra, escrita, trazada, que para Barthes, es el fundamento del mundo.

La palabra, que se vivifica en la escritura, con sus trazos, sus formas; la palabra que se expande por el mundo, en imágenes, provocadas por los gestos de la gente, por su misma inercia, por sus movimientos continuos, por las pinturas que se trazan en la memoria de los hombres, todas esas imágenes que el escritor transforma en metáforas, que vivifican el cuerpo y el espíritu y regresan a la letra. En un espíritu alentado por las letras anida el sentido de vivir, mas no una apariencia del vivir. Por esto, Barthes afirma: “La letra, asociada con las más profundas experiencias de la humanidad”²¹, la experiencia del ser humano, junto con su pensamiento, su sentimiento, su historia, su experiencia con las otras personas, sus encrucijadas y demás, los verbaliza la escritura, que deja comprender el sentido de de cada quien y de lo que le rodea, como también ese sinsentido que suele apresar, ese estado que compromete en la fascinación por lo inauténtico, charlas vacías, temas frívolos, ritmos agitados, sin ninguna verdad auténtica de lo que se es.

Toda esta fascinación sumerge en la indiferencia que ni siquiera incomoda, porque no existe la preocupación de perder el tiempo. En cambio, intranquiliza la moda, la apariencia, el no ser aceptado por los otros que, homogenizados con las mismas preocupaciones, se intranquilizan siguiendo las tendencias de una multitud incoherente, lo que significa ser inactivos, carentes de inspiración y asombro, pues se reduce la trascendencia del sentir. Por el contrario, distanciarse de esa pasividad, vacuidad e imparcialidad, con uno mismo, motiva a encontrar sentido y belleza a la vida, sin permitir que el modo de ser de cada quien, lo determine una sociedad, junto con sus relaciones inauténticas; proponer el acto poético como rechazo a una vida inauténtica.

El entorno circundante envuelve de tal forma que impide alargar la mirada hacia el interior y el íntimo rincón donde intenta el ser manifestarse. Por eso el acto poético libera de las vendas que la sociedad irritable, intolerable, mentirosa, ha destinado para aquellos fascinados con la habitual palidez de su entorno, donde la circunstancia de ser se obliga.

²¹ BARTHES, Roland. Lo obvio y lo obtuso: imágenes, gestos y valores. Barcelona: Paidós, 1986, p. 120.

Sin embargo, se puede comenzar a vivir de manera auténtica cuando se acepta la responsabilidad de los actos propios. Y esta es, para Heidegger, la verdadera libertad²². El escritor permite que el lector se pregunte por lo que él es; despierta así cierta angustia, que estimula la decisión de cambiar el rumbo opaco de la vida, además de decidir qué es aquello que satisface como persona, junto con lo que se quiere hacer en el transcurso de la vida. Empero, es necesario sentir que lo que se lee descompone, incita, confunde a ese sinnúmero de raíces de las que se está compuesto. Sólo en ese momento se puede dar cuenta, en ese no saber qué hacer, que de sí mismo depende mudarse a otros rumbos que permitan ver por sí y vivir por sí, con unas actitudes propias, instintivas, tal vez, sin mantener posturas falsas y de dependencia.

Maestros, que a las infecundas mentes las preñe el arte de saber existir; de lo contrario, abandonen el lápiz y pregúntense: ¿qué hago aquí?

²² HEIDEGGER, Op.cit., p. 58.

Foto 5. Silencio.



4. LA PALABRA DEVELADA

De acuerdo con Heidegger, la verdad es la base de todo conocimiento. Asumir la filosofía como parte vital de la persona requiere cruzar y enfrentarse a los peligros de desocultar, a la vez que se siente la tranquilidad que causa la *sensatez*. Al igual que la filosofía, la escritura también es un mar turbio en el que flotan las verdades a través de la palabra, que no es muda, que no está quieta, ni usa ropajes que no pertenezcan a su nombre, porque las palabras asaltan esa necesidad del hombre de decir aquello que se oculta, eso que se llama incertidumbre y que invita a la curiosidad, ahí, en la palabra, donde se encuentra que hay cosas indecibles. Empero, para que la palabra exprese lo indecible, necesita de un espíritu reflexivo y curioso, preguntón y dudoso, que insista en desocultar lo indecible. La palabra, entonces, es el universo del lenguaje íntimo del ser humano y, por ser íntimo, es drama, es verdad que se transforma en poesía. Ahí el lenguaje se arranca del ser en una sinfonía de dolores, risas, iras, orgasmos ocultos, para transformarse en metáforas y en verdades que proyectan su interioridad. Entonces, la palabra afirma la verdad, pero una verdad que tal vez busca la muerte y se enfrenta a ella; sin embargo, así puede vivir la persona de acuerdo con su voluntad y su proyección como humano, al transgredir el artificio de la sociedad con la verdad.

El maestro no renuncia a la palabra como fuente de verdad, como sombra del acto que arma el pensamiento vehemente de preparar al estudiante para la resistencia a tener una mentalidad servil y obediente; la ambición del poder, que representa el olvido del bienestar de los otros y del propio; la emoción de ser un producto más para el consumo, la “incertidumbre del tránsito del humano por el tiempo”; el estudiante podría tener la certeza de que su maestro lo educa para la vida y por la vida, “entender por qué esta sociedad alaba la virtud pública” y que la duda siempre lo acompañe para enfrentarse a una sociedad en la que las personas pronto dejarán de existir; por esto, el maestro induce siempre a la crítica y a la comprensión de que a sus estudiantes les conviene tener valor para cambiar su sociedad.

Son pocos los individuos que buscan siempre espacios en los que los otros estén dispuestos a manifestar su verdad, pero esos espacios se han convertido en acontecimientos que sólo existen en un pequeño resquicio oculto del febril ritmo cotidiano, en el que la posibilidad de la verdad se silencia; en esta medida, los acontecimientos diarios no existen, la verdad ya no hace parte de la existencia. Heidegger manifiesta que la verdad de la esencia es el descubrimiento del significado del ser, puesto que éste se expresa en el lenguaje¹. Las palabras vacías del lenguaje reviven en la metáfora, que poco a poco se

¹ HEIDEGGER, Martín. *Identidad y diferencia*. Barcelona: Editores anthropos, 1990. p. 63.

convierte en imágenes; éstas, a su vez, siempre estarán relacionadas con la misma palabra que expresa el ser, mediante el discurso de la imagen.

Palabra e imagen se preñan de la verdad del ser; sin recurrir a la retórica y expresiones ajenas para significar, se requiere de la espontaneidad de lo oculto en el interior, al que siempre lo afectan el mundo y los otros. En este sentido, la imagen es una metáfora que nace de la palabra y la verdad.

El acto poético es tan audaz que no existe en él la representación, sino que engendra abiertamente una verdad capaz de crear sentido a la acción y, en consecuencia, a sus palabras, que son la desembocadura de las batallas internas. De esta forma, hay un acercamiento que aumenta el sentido de ser, de hablar, de actuar, pensar, sentir y expresar. En suma, es la “ansiedad profunda de vivir”; subvertir el fallecimiento continuo por el goce de actuar de acuerdo con los acontecimientos de la verdad y la palabra. Esta articulación incita a la sublevación ante los estatutos mentales, en los que la verdad no se permite y no existe un ápice de sentido. El vivir con sentido está en la relación de la verdad con la palabra y los actos cotidianos; éste es un esfuerzo natural en esta soberbia civilización que, en cada instante de la vida, debe oscilar para exaltar los corazones y reafirmar la existencia.

La catarsis que se desprende en el acto poético es “la pulsión”, la impulsión, el empuje espontáneo; el temperamento, el humor, (también) la ira”² puesta en escena para la actividad reflexiva; el sujeto en todas sus dimensiones, que tiene en cuenta que, detrás de cada comulgar del acto con la palabra no hay espectáculos de las intuiciones débiles; por el contrario, se está dentro de una dimensión estética que se consagra en el rigor de la palabra, con su consecuencia en el acto, lugar donde la poesía toca la existencia de los otros, pese a los riesgos que implica una vida de armonización de las palabras y el ser, del pienso y la existencia.

Mediante el acto poético, se obliga a establecer una comunicación con el otro, pero así mismo se asumen las consecuencias de lanzar verdades abiertamente. Hay una ruptura de las convenciones y preceptos sociales que permite la libertad de criticar y de hacerle trampa a la trampa de la sociedad. Se extiende la práctica atrevida de decir la verdad, que atraviesa como daga a la mentira de la costumbre en un colectivo dormido, acontecimiento demoledor para las actitudes protocolarias y embusteras que ahorcan el lenguaje con retóricas desfiguradas por la tiranía. Se debe decir verdad, diría Platón, ante la tiranía del jefe, de la religión, del profesor. El ejercicio de hablar con la verdad es un vínculo entre la filosofía y la poesía, expresado en el acto poético, donde se arriesga, puesto que “abre la guerra frente al otro diciendo la verdad que implica el riesgo de perder la vida”³

² CASTORIADIS, Cornelius. Figuras de lo pensable. México: Fondo de cultura económica, 2002, p. 41.

³ GARAVITO, Edgar. De la parresia, o el decir-verdad, en: un aula revista de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Medellín (sep, 1986): p. 8.

(parresia). La necesidad de expresar verdades a través de los actos acerca al hoyo frío del arma del tirano, sentir la horca de la amenaza, pero sólo aquellos actos dejan llaga en la distorsionada lógica de la sociedad.

El testamento de los actos queda sólo si es posible la destrucción de la mentira que ya no se tolera, la de vivir, de ser y de actuar. Hacer del pensamiento, la palabra y el ser, una música que retumbe en los actos, que induzca a la conciencia a llevar su propio timón, hasta tal punto que sea la existencia un arte. El valor del hombre, para Sócrates, está en el coraje de armonizar las palabras con los actos, como el arte de una existencia auténtica, y así la vida tendría un sentido estético. La preocupación por una “bella existencia”⁴ debe ser el horizonte de quien vive.

Igualmente, los cínicos vivieron de acuerdo con sus palabras y sus actos, alimentado el coraje de decir siempre la verdad, de aniquilar las convenciones sociales y mostrar su inutilidad, al igual que las leyes que las rigen. Diógenes el cínico invita a saltar el muro del límite, para encontrarse con el riesgo, la verdad y la necesidad angustiosa de encontrar aquellas fuerzas vitales, como la poesía y la filosofía, para actuar y vivir consecuentemente con el pensamiento, la palabra y el sentir. Caminantes por la vida que abren la perspectiva de vivir son pocos, al igual que los poetas medianos, que Wilde nombra. El rumbo de quien tropieza con un poeta mediano nunca más será miserable o, al menos, no con las palabras y los actos. El riesgo incita. El último frío del alma se muere con el calor que quema por las ganas de vivir intensamente y el ardor de encontrarse todos los días con poetas medianos en la calle, en la escuela, o al menos que se dejen notar, que salgan de las sombras y del seco follaje de la urbe, solamente para que el mundo entienda que cada amanecer es irrepetible, que la piel puede sentir la vida porque el alma está encendida.

Sólo así cada uno renacería conforme a sí mismo, sin limitaciones, sin conceptos prefabricados y con la satisfacción de ser semejante a uno mismo, nada más; eso sí, con la mirada que contiene al otro. Empero, el mundo en su mayoría no es más que un espejo que nació quebrado; qué lástima, es su naturaleza. Los poetas medianos, como Alejandro Jodorowsky, sienten la urgencia de reparar el trozo de espejo que les pertenece de este roto mundo. ¿Cómo? El acto poético, al igual que la filosofía y el arte, alegra el alma, la reencuentra con su misterio interior, hasta encontrar a ese otro verdadero que se es. El contento del alma está en la liberación del disimulo, de ese personaje que no es, y en expresar lo que en ella se encuentra dormido. Así se extiende hasta la piel y dibuja imágenes que se transmiten a través del acto poético, engendrado en el alma, que afirma la vida, a la vez que se niega a la muerte y asesina aquello que mata. La sensibilidad ofrece la belleza del alma, que fructifica en la vida de los otros y la propia; esa que manifiesta la gratitud porque permite que resida en cada uno el asombro, la belleza que hace pensar que la visión del mundo puede cambiar si el otro es la semilla que en cada uno crece. Ante esto, Jodorowsky afirma: si el arte no sana, no es verdadero.

⁴ *Ibíd.*, p. 7.

Retornar a la comunicación de la verdad interior, de lo que se es, se siente y se piensa, es un acto exótico al que no todos están dispuestos a llegar, porque aplicar esa capacidad de hablar desde la carne, las vísceras y el drama interno requiere la responsabilidad de asumir las consecuencias de los actos, cimentados desde la sinceridad, la verdad y la revelación, aún más en un mundo en el que las normas recaen sobre aquellos capaces de hablar con la verdad sin restricción alguna. Ejercer la actividad valiente de ser cruel a través de la verdad es una forma, quizá la más válida, pero la menos practicada, para meditar sobre la condición y la tarea del individuo frente a la sociedad. Atacar con la verdad es una forma de violencia para una sociedad basada en la mentira, en la farsa, y, en este sentido, abrir la llaga de la hipocresía es un acontecimiento que acarrea consecuencias en las que la vida está al borde de su fin; pero, así mismo, este acto valedero brillará en la herida de la mentira.

En estas premisas se basa una comunicación que se antepone a la “comunicación grotesca”; esta forma de comunicación, consecuente con los pensamientos, sentimientos y verdad, resalta lo más profundo de sí mismo y de las sensaciones que causan los otros y el mundo que rodea.

Hacer lo que interesa fascina e inquieta; es la contra para el asedio de los rostros descompuestos que atisban. De inmediato se piensa que asociar la vida con lo que de ella apasiona es una forma de hermanarse con la verdad, puesto que se actúa guiado por aquello que despabila, vigoriza, reconstruye la vida y su sentido. Además de ser consecuente con el sentir, se asiste, de esta manera, a un estado estético. El maestro, en forma dinámica, confiable, amable, debe reencontrar a sus estudiantes con la palabra, la verdad, el conocimiento, el arte; ayudar a que ellos adquieran la fuerza suficiente para enfrentarse al riesgo de decir verdades, fuerza de la que se deben aprovisionar para hablar con verdad ante una sociedad corroída por la farsa, en la que cada quien es un anónimo. El acto poético, como instrumento de enseñanza, no solo de poesía, sino como camino de la expresión de la esencia verdadera, que cada uno se ve forzado a ocultar, es el medio para que, todo aquel que tenga la necesidad de decir, acabe con ese estado anónimo, con su historia y su nombre, con lo que realmente es, siente y piensa.

El maestro debe acompañar a su estudiante en el camino de la libertad para que él posibilite su propia singularidad. Devenir en otro que aun sea más de lo que él es; de dicha manera, el acto poético invita a los jóvenes a sembrar en sí mismos virtudes como la verdad, la sensatez, la pasión, la solidaridad, la amistad, con la consigna de que la poesía hace parte de su vida y mediante ellos se expresan sentimientos y se defienden posiciones. En el acto poético se afectan las situaciones reales y la vida de un sujeto, transeúnte, el espectador del acto poético del teatro pánico que Alejandro Jodorowsky propone. La filosofía del acto poético es un universo al que acuden el mundo del arte, la imaginación, la verdad, la liberación, la armonía y la poesía.

Foto 6. Piel de de papel.



5. EL CUERPO COMO METÁFORA

Admitir que los movimientos del cuerpo despiertan lo puro de sí mismo cuerpo, que se dispone a sentir, a partir del sentido alegórico; surge, entonces, la percepción con la que se toman del mundo los rostros, de agrado, de desagrado... y que significa eso para quien. Se reflexiona, se descomponen la cultura, el léxico mal aprendido, las tablas de multiplicar, el Padrenuestro, las reglas de cortesía, el glamour, y se encuentra con que nada de eso hace parte del fundamento del pensar y el ser; se comprende, entonces, que los valores son fuerzas, que la mente está compuesta de lo que a cada uno le permiten pensar, y que por inercia se atreve a decir. A menudo, la desazón se apodera de uno, cuando se piensa en el sistema de valores y pensamientos que lo hacen extranjero del propio ser. Esa sensación de estar deshabitado y fastidiado por descubrirse ajeno a la historia misma de lo que se es. Se cierra el libro de las preguntas, no sin antes entregarse al libro de la excitación, que la misma pregunta funda; se permite que una fiesta reúna esa repulsión, acidez y escabrosidad, como un cataclismo que desembarace de todo ello.

La figura propia se encarna en el acto que purifica de la enfermedad del adiestramiento. En el cuerpo se deslizan aquellos aspectos que de la memoria llegan; al igual que el secreto y lo indecible, todo esto transforma la imagen en saber, en expresión, en el “derecho de hablar” desde la metáfora del cuerpo, capaz de transmitir el ser. Quizá parezca esta forma de pensar un delirio, empero buscar el equilibrio personal requiere de evadir, de vez en cuando, por no decir siempre, la vida normal de un esquema real supuesto. Pues bien, entre tantos actos cotidianos poéticos, Jodorowsky señala que en las fiestas del taller, como las llamó él mismo, se reunía todo tipo de personas, sin importar su status, ni condición social. Ahí, en ese paradisiaco encuentro, todo el que quería se escabullía de la razón para obedecer a sus impulsos y al desocultamiento de verdades; en sus cuerpos roían los secretos. En cierta ocasión, en dicha fiesta “un hombre... da un sorpresivo grito, se sube en los hombros de un joven, pide atención, cuando la obtiene se arranca la corbata y clama: - ¡llevo veinte años casado, allí están mi mujer y mis dos hijos! ¡Estoy cansado de mentir! ¡Soy maricón! ¡Y el joven que me carga sobre sus espaldas es mi amante!”¹. No hay duda de que sobre los asistentes a dicha fiesta causó cierto efecto; las máscaras caen al piso para dejar ver el verdadero rostro que ahora se posee; ahora, una nueva extrañeza los une. Nadie juzga, nadie protesta ante tal acontecimiento, puesto que es extraordinario y satisfactorio que alguien, en este caso el hombre, pueda develar su intimidad ante quienes, tal vez por muchos años, lo conocieran como alguien que tenía una vida normal; en aquel momento su sistema de valores queda aniquilado por la verdad de su condición; suscita, entonces, el interior de su propio ser. Así, todos ahí desatan los nudos que amarran su sentir, su ser y su pensamiento; así fuese una estupidez, un patético sentimiento, nadie dirá que los efectos son repulsivos. Todos están ahí porque hay algo sobrecogedor que necesitan expresar.

Más allá de la percepción, de los que ahí se encuentran, está la oportunidad de hacer un festín con la risa, el temor y el deseo de sobreponer el universo interior que se oculta; nada los priva del placer de obedecer a sus deseos de bailar “El lago de los cisnes”, de llorar, de reír o quizá de odiar; es una fiesta en la que la acumulación de verdades estalla como una bomba de tiempo, que siempre estuvo contra la historia que a cada uno le tocó vivir. El efecto es purificador, cada quien se curará de ese deber ser canceroso. Las encrucijadas de cada quien quedan reveladas, pero surge una nueva espera en su paso. Quizá la vida sea el arte de solucionar las continuas encrucijadas. La súplica del hombre que va en silencio tal vez sea desobedecer, quitarse las ataduras de la sumisión. Esta intención se destaca a través del gesto.

Un gesto que se manifiesta sin la intención de expresarlo, se evidencia únicamente como un estallido repentino, en que ni el mismo sujeto se percata de sus movimientos. Actos eróticos doblegados se deslizan por el cuerpo en el descuido del sujeto, como briznas de lo que sintió en un fugaz momento, mientras la conciencia, ipso facto, lo borró; una mirada de deseo que se oculta tras un tic nervioso; la fatiga de obedecer escondida entre el ceño fruncido; los pies que insistentemente muestran la carrera contra el tiempo... La palabra y la verdad, casi por naturaleza, se aplican en el cuerpo y, a su vez, éste hace su réplica en el gesto. En esta superficie corporal se mantiene la palabra, una palabra que se muda hacia el cuerpo. El gesto suscita el silencio, lo que el cuerpo oculta y lo que la mente intenta adormecer. El lenguaje del acto poético provoca gestos a quien lo emite, ya sea risa, desagrado, repulsión... cualquier sentimiento de acuerdo con el espectador. Si al observador lo atrofian la norma, la vergüenza y el miedo, él quizá se sienta aún más aludido, y lo inmediato será el rechazo. De todos modos, lo afectan. El acto poético conserva la verdad y la palabra, las contiene para arrojarlas luego en busca de una terapia que exorcice del sinsentido. En el acto poético reside la solución a la comunicación grotesca; entorpece el ritmo de los que corren al ritmo nervioso, comunica de otra forma sin limitarse al acto técnico de comunicar, contradice el orden al permitir el caos interno, invita a los espectadores a que lo experimenten; deja en suspenso al mismo ser, el receptáculo de las emociones, de la estética que aguarda con fervor. La palabra alimentada de verdad, que desemboca en el acto como consecuencia.

Al experimentar la enseñanza de la poesía mediante la imagen, ésta cobra fuerza y trasciende hasta lo profundo del espíritu, de tal manera vincula la poesía a la cotidianidad de los estudiantes; no por esto el acto poético es fruto de la irracionalidad de un esquizofrénico, sino la presentación viva de la existencia y su relación con la sociedad en la que habita: “... yo amo sólo aquello que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con tu sangre y comprenderás que la sangre es espíritu”¹, si el estudiante comprende que la escritura es la vida misma y que en ella se revela su espíritu, sabrá que la vida tiene otros sentidos, que apenas empezará a explorar durante un proceso inacabado de existir al escribir, filosofar y crear.

¹ NIETZSCHE, Friedrich. Así habló Zaratustra. Barcelona: Círculo de lectores, 1970. p. 36.

La escritura en el acto poético está en el trance, en el paso de ser un mero código gráfico, para tener la cualidad estética de ser un acto. Ahora, la escritura es la esencia, el color de la imagen. La escritura hecha cuerpo: nace de él y se dirige a él. El cuerpo dice de ironías, de recuerdos, de ideas, de pensamientos, de temores, de posturas, a través del gesto. El acto poético hace del gesto algo bello y constructivo, puesto que éste unifica la verdad con la palabra y el sentir y brinda la oportunidad de desenmascararse a sí mismo; en cierto modo, también guía a aquellos que se oponen a la razón que los reprime de decir verdad; destruye la boca mentirosa y reconstruye una lengua consecvente con su pensamiento y sentir. El acto poético juega con lo que se extravía en el silencio, fundamenta una escritura de la que tan solo se arranca el caos interior del sujeto. En ese caos, es posible que habite la verdad.

Una verdad que no admite sino la aprobación del ser, pensar y actuar; es la necesidad de escribir con imágenes la prisa que nunca quiso estar de prisa. Invertir esas imágenes, esos actos en metáforas, buscar la belleza de la poesía en los actos para dar una caricia al espectador, para despertarlo y agredirlo. Arguye Jodorowsky que el inconsciente acepta como reales aquellos actos metafóricos². Los mensajes inconscientes que en el acto poético se manifiestan, también afectan los pensamientos o emociones por medio de provocaciones visuales y auditivas. Este fenómeno invade la conciencia, término adecuado si se tiene en cuenta que una parte de la mente recibe mensajes que escapan a los sentidos externos y penetran en el inconsciente e invaden su intimidad, puesto que cada quien interpretará ese acto poético de acuerdo con su realidad, su caos interno y su forma de sentir. Tal vez en ese momento descubra que existía en él algo inexplorado. Este sentimiento de encontrar en uno algo que no era evidente es extraordinario. Ojala siempre haya algo nuevo por descubrir en sí mismo. De hecho, lo hay, solo que se necesita de experiencias vitales como la poesía, la filosofía, el teatro, la música... para darse cuenta de que cada uno es un universo; en consecuencia, conviene perseguir o, mejor, seguir el rastro que en el fondo de cada uno grita.

Buscar la fuerza, la creatividad, el espíritu jovial, si no infantil, dejarse asombrar y permanecer en el misterio, a pesar de que siempre se lo esté develando, porque, se sabe, siempre hay encrucijadas, en la vida, por resolver. Por ellas se permanece y se lucha por vivir, eso sí, con sentido, a pesar de que el intento de borrar unos a otros sea cotidiano. Buscar las armas para impedir ser borrados, por el tiempo, el deber y, sobre todo, por los otros. El que embiste con un acto poético tiene la valía de evitar la desaparición; al igual que el escritor, aunque muera, ha engendrado en el espectador una huella, que es exaltarse y exaltar la vida. ¿Cómo? Con la crítica, al despertar los sentidos, con el afecto, las palabras, el conocimiento y todo aquello que dice: “el miedo a la muerte es banal”³.

El acto poético es una aparición a la vista, a la memoria, a los sentidos; abre una comisura en el espectador, hiere la llaga insalvable; es un acontecimiento inesperado, que sorprende y renace con el placer de decir verdad con su cuerpo, a través de la metáfora; turba el orden

² JODOROWSKY., Op. cit., p. 134.

³ BARTHES, Roland. Lo obvio y lo obtuso. Barcelona: Paidós, 1986. p. 169.

de unos transeúntes que cruzan la calle de prisa, mientras en su mente sólo existen cifras, la impropiedad que los posee, sus catástrofes y la ceguera de sus sentidos. De repente, un contrarritmo que cambia el orden del día. Manchar las blancas y planas mentalidades de los espectadores es atentar contra la lenta máquina de su razón y reflexión.

Ahí, el acto poético pone en juego el momento delicado de exponer su ser. El espectador será, entonces, una hoja en blanco, sobre la que se escriben metáforas que también lo contienen a él. Ahora el espectador es el suelo de las metáforas; es posible que lo ignore, pero algún sabor a ironía puede que en su paladar saboree, mientras que el actor experimenta la recompensa de curar su ser y trascender en los otros, porque “nada es para mí que no sea para los demás”⁴.

El horizonte del acto poético interroga los sistemas establecidos por las iglesias del poder, por las escuelas de la homogenización y la insensatez del mundo; además, fascina con su capacidad de actuar en razón de sus sentidos y su verdad, lo que produce una belleza interior que brota en la piel cuando lo expresado viene de ella. La creación que argumenta el acto poético es un nacimiento provocado por la creatividad, como cómplice del caos interno y el afán de exponer los silencios ante el otro; experimenta los actos cotidianos de la vida y aquello que casi siempre resulta indecible. El acto poético es el minuto exacto, en el lugar puntual, en el que se arrojan las palabras y los sentimientos precisos; busca la ocasión para desnudar de ese hábito que siempre cada uno viste; invita al otro a reencontrarse con él mismo, a descubrirse y a remover sus incertidumbres, sus deseos, sus instintos.

Todo aquello que está en las palabras que enmudecen requiere de un impulso violento para darles paso a realizarse, hablarse y expresarse a través de lo que el cuerpo articula en sus gestos. Las consonantes, las vocales que llevan un misterio, van quitando sus velos con cada gesto de quien las utiliza, con sus recuerdos, sus miedos, nostalgias, rebeliones y verdades; ascienden, de esta manera, al acto, a la poesía en movimiento, palabras que flotan en el espacio que se invade o, tal vez, las palabras que, como sombras, deambulan en secreto por la textura de quien las lleva en silencio, como si fuesen un inevitable mal del que no pueden desprenderse; quizá, un fantasma.

El acto poético reanima al fantasma de la palabra que, como sombra, persigue. Sin duda, a ese fantasma de las palabras, que contienen pensamientos, recuerdos, temores, secretos, se le debe evitar ese destino de sombra y materializarlo en la imagen; servirse de la imagen para materializar las palabras, junto con su verdad, ahogaría a ese vagabundo destino, en el que esas palabras, que son las raíces del sentir, del pensar... pululan en el aire sin horizonte y, sobre todo, sin boca para decirse a sí mismas.

El acto poético está provisto de imágenes que arrojan verdad, palabras, emociones motivadas por el impulso de no callar más, de no levitar más y de encontrar ese punto neurálgico donde nace la imaginación y el deseo irresistible de soñar. ¡¿Cuántos escándalos

⁴ JODOROWSKY, Op.cit., p. 158.

causará esta experiencia?! Preocupación para la razón que se altera ante la extraordinaria necesidad de soñar, cuando la jovialidad reina sobre lo restringido y la moralidad.

Las aspiraciones poéticas que impulsan a los actos y a desembarazarse de las enfermedades del alma y del pensamiento no permiten que resurja el miedo al ridículo, a la verdad, a la manifestación, a la diferencia. Por el contrario, el asombro que causa el acto poético está en sobrepasar los límites mentales impuestos. El silencio se deja tentar por un grito y que la moralidad no trastoque las ensoñaciones.

En el acto poético, las palabras recobran su significado, son tangibles y tienen el poder de transmitir sentido, sin reservas, volviendo a su nombre. La vitalidad de la palabra se soporta en los actos que la irradian. Es oportuno indicar que, de esta manera, se encuentra la belleza, una belleza que se suscita en la imagen seducida por la urgencia de decir verdad. Un delicado tejido de palabras, significados, verdad, que se unen en el cuerpo. Un erotismo sutil se precisa cuando la verdad se deja seducir por la palabra y, entre caricias, comuniones, roces, se acercan...van al encuentro del acto.

Escribe Bachelard: “mediante la ensoñación creemos descubrir en una palabra el acto que nombra”⁵. El acto poético es otra forma de saber soñar, de adentrarse a la imaginación, el deseo de delirar para sentir esas pequeñas felicidades sólo posibles cuando se asoma el sentir con la palabra, y arrojarlas en un acto en el que esa palabra, íntima, recelosamente guardada, que de vez en cuando se acaricia como un pequeño tesoro que no se deja ver, se muda a la belleza del verbo para multiplicarse en la acción.

A veces en silencio, cuando en la mente oscilan los pensamientos, quizá tiernos o monstruosos, de manera ingenua y también maliciosa, se busca una cuna en donde anidar los sentimientos que buscan abrigo, pero en uno mismo; entonces, el cuerpo se sobrecoge, se abraza a sí mismo, mientras un abismo en el pecho se extiende sobre todo el ser. Cada instante es un movimiento lento en el que los sentidos se agudizan, se escucha el eco del pensamiento, como una máquina de escribir; con cada letra se desprende una musicalidad diferente, que hace danzar al ritmo de cada palabra conformada. Ahí se encuentra el descanso, el refugio, una caricia, un abrigo, una minúscula vida latente que invade los ritmos del cuerpo. La palabra. Depositar la ansiedad profunda de vivir en el corazón de las palabras. Imaginar luego que las palabras son el verbo que enciende la imagen anima a encontrar en cada palabra el verbo que la hace actuar. Así, la palabra nombra un sujeto, un objeto, que quizá pertenezcan a los inacabables ritmos del cuerpo que, como luces intermitentes, se dejan ver a través de éste; mas exactamente, a través de la musicalidad de las palabras que hacen danzar al cuerpo.

En este delirio escritural, se cree que toda palabra tiene su verbo, así ésta nombre a un objeto. En la palabra libro, que nombra un objeto, se encuentra el germen mismo del verbo, porque la palabra libro, más allá de ser hojas, pasta y lomo, es una floresta que se abre para invitar a la malicia de pisar otros mundos, muchos mundos ocultos en los libros; secretos en

⁵ BACHELARD, Gastón. La poética de la ensoñación. México: Fondo de cultura económica, 1990, p. 79.

el corazón de un libro, que se revela en las palabras para preñar al lector de un inconmensurable universo. El libro no abre las puertas para escapar de la cárcel del sinsentido; es un amor creciente por el misterio de las letras, que se confunden con lágrimas, risas, monstruos, sexo, hombre, mujer. Los libros oscilan entre el verbo, la vida, los días, la ensoñación, el delirio, la complicidad, por eso la palabra libro es una danza de infinitos ritmos; en cada ritmo se encuentra una palabra que trae un corazón, un ser, y ambos son movimiento.

Esas palabras flotan en la piel, en la mirada, en las caricias, en los pies, el afán con el que cada uno se mueve. Las palabras son las células de los gestos, del movimiento; pero lo más plácido de ellas es que embriagan. Una sensual embriaguez que anima a actuar para sacar el cofrecito de la mentira, la moralidad y el miedo, las conservas y las vestiduras de todos los sobrios días. Las palabras, amasadas por el sueño de materializarse en los actos, se dejan nombrar, arrancar del silencio que las define, de su inmoralidad que se introduce en la realidad que habitan. Una realidad continua, dibujada por palabras que, algunas veces, se revela y alcanzan el reino de la verdad. Las palabras tienen su propia voz, su morada, el sexo por donde su nacimiento se produce: el acto poético.

Las imágenes poéticas son magnetismos que se dirigen a los sonámbulos. Es posible que la crítica literaria y conceptual no lo comprenda. Como diría Bachelard “ para conocer la felicidad de las imágenes, vale más seguir la ensoñación sonámbula... escuchar el somniloquio de un ensoñador”⁶.

El acto poético sólo puede ser percibido por quienes tienen la capacidad de asombro, el placer de aguzar los sentidos; difícilmente se puede estudiar; solamente sentir y dejar que las palabras y la verdad lo atraviesen; un espíritu nocturno aprehendido por el aliento imperecedero de los actos, de los hechos que son metáforas, en el acto poético. La palabra es hermosa al hablar, pero es aún más hermosa al actuar.

Una de las tantas contiendas, por este paso existencial, ha de ser provocar en los otros el deseo por encontrar su esencia, su naturaleza humana, la experiencia de un vivir intenso. Todo esto conduce a invitar a otros a satisfacer el deseo de desaparecer esa visión frívola de los individuos. Esto implica favorecer la oportunidad de encontrar lenguajes, como el acto poético, que evita la “comunicación grotesca”, un lenguaje tan usual, desmembrado de lo vital de la expresión de los seres humanos, que se traduce en mendicidad de oyentes, fantoches de la palabra, sentimientos desproporcionados, anhelos marchitos, discursos obligados, palabras rotas, oídos mudos, lenguas amarradas, sentidos ahorcados...

El acto poético es un ritual en el que se libera la inconsciencia, compañera de la irracionalidad, del delirio, en una purga que encarna un lenguaje capaz de descubrir el ensueño a través del ritmo corporal que, a su vez, se establece como un matiz de imágenes entrelazadas en la forma armónica de la metáfora.

⁶ Ibid., p. 86.

El lenguaje del acto poético comunica ese caos interior, fruto de la relación con el mundo; así habla de esa realidad que cada uno guarda tras de la apariencia. En esa comunicación del acto poético, se sumerge al espectador para ser parte activa de la respuesta frente al mensaje que el acto poético expresa. Así, el espectador asimila el mensaje, se afecta, responde al lograr una dinámica comunicativa, que resalta las pasiones internas; se trata de transformar ese hosco y ajeno pensamiento de quienes no permiten desarraigarse de la costumbre de obrar sin sentido. Hay quienes se precipitan a vivir sus últimas etapas de la vida y buscan aprender, aun cuando sus movimientos corporales y mentales están prestos a las tensiones que muchas veces fueron ignoradas. A veces el vivir en tensión es la consecuencia de ocultar el sentir, de ignorar su esencia esquiva, porque esa intimidad revitalizadora de hablar con otros garantiza ser verdaderos escuchas. El escribir se hace eco en la imagen del acto poético que, a su vez, compromete a ese yo soñador y silencioso que cada uno posee. Cuando se entrega la poesía, en los actos, se permite que el ser explore y renazca; así como dejarlo hablar implica escribir con sangre.

Foto 7. Resurrección.



6. EL POETA VIVE

Life is but a day
Keats

Al único monstruo que debería temerse es a pensar que, mañana, cada uno sea una ceniza que no se salvará del viento.

¿Entonces, qué hacer hoy? Cuida que cada minuto, de este largo día, tenga su deslumbramiento, su entrega, su libertad, para saltar a la vida misma. Si es un solo día, el tiempo es frágil para postergarlo en recuerdos y en pasado. Además, habría que dejar la llaga en la historia de los pasos por este suelo. Algunos nada sienten, a otros nada les pasa, mientras su día los arrebató de la vida; es más, ni siquiera saben que “life is but a day”; entre tanto, el que sabe la sentencia cavila su siguiente paso con temor; se acaban más de treinta minutos en ese proceso. Por otro lado, hay quienes prefieren el delirio, se acostumbran a vivir con él sus últimas horas e ignoran al mundo. Hay quienes se dejan embargar por una risa nerviosa que los aproxima al abismo. Pero, eso sí, también están los que saben de la audacia de vivir. Aquellos que renuncian al margen, que sienten el mundo y se perpetúan a través de la poesía. Ellos saben que el sagrado tiempo no los aniquilará, por eso cada instante es una fuga a su pequeño y bello ser, que aguarda con violencia y espera el momento de existir. Fugaz momento de siempre y de víspera.

El poeta busca un arma para el dolor y la guerra, ante la tiranía y el silencio, la verdad y la máscara... no dice estrellas, amor, flores. Ni tampoco métrica, medida, verso... El poeta exhala la vida, al reírse de su propia tragedia. No es el llanto la inspiración del poeta; es la audacia y la magia con la que hace de las palabras el nido de los sentimientos mudos de los otros. El poeta da cuerpo a los fantasmas del alma, a través de las palabras.

Los poetas luchan por fugar el día, sin disimulos, con rubor en el centro de su pecho; se escabullen de la palidez de la hora; llenan el vacío del camino oscuro; rozan al transeúnte en su deseo ahorcado. Mañana su andar será nuevamente incierto, pero con la verdad de un lápiz y un papel en el bolsillo, además de unas botas viejas que ignoren la piedra del camino.

Más interesante es, aún, la escritura sumada a los actos diarios del poeta. Un nómada que no conoce sólo una esquina, donde otros se enraízan, ni una sola curvatura del tiempo. Es el poeta de los actos un transeúnte de cada línea que se traza con el lápiz de un niño, que sabe de la maldad de los límites, por eso pinta la casa más allá del techo y en el color abre un horizonte infinito, y una ventana: es solo una ventana, si no un foco desde donde el mundo es suyo. El poeta pisa el charquito que todos desprecian, camina al lado del riesgo, se confunde con un niño, escribe para no olvidarse de que existe; sabe de amapolas y de orgías, pero también es inocente; viaja por los rincones de un cuerpo desprevenido; es cirujano del llanto y de la angustia; provee de espíritu a los feos (belleza inagotable) porque

hasta el ser más deslucido es bello cuando se embriaga de poesía. El poeta se ríe con su soledad, le hace el amor y yace en las letras junto a ella; al otro día sabrá que “life is but a day”; no sería raro verlo seduciendo a una muchacha en el confesionario de una iglesia colonial, atosigada de creyentes desesperanzados, tal vez suba sus escaleras espiraladas y busque un campanario para tocar a deshoras el ritmo de los que estupefactos velan el tiempo; no sería raro verlo que remueve la estirpe en los archivos secretos de sus padres; es más, puede que obsequie sus zapatos a quien ama, como símbolo de libertad y despedida; conoce la delicia de hurgar en los baúles viejos o contonearse por el techo cual si fuese un gato, porque en las alturas son pocos los que se atreven a acompañarlo.

Su manía con las iglesias es quizá porque ahí todo está prohibido; entonces, el poeta habla del sueño de hacer el amor en el tapete rojo del altar, mientras los santos duermen o, a plena luz del día, cuando los feligreses buscan refugio y una mujer, cubierta la cabeza por un manto azul, acompañada de un hombre de pálida tez, barbado y labios rojos, grita: ¡el paraíso está en la cama de este hombre!

En el fondo, el único paraíso está en lo placentero para cada quien, porque de ello depende la belleza y la sensibilidad de la que se está hecho. Ocurre también que el poeta hace de la basura regalos inolvidables; de pronto, un viejo televisor, que en su pantalla dice: Rayuela 1; quizá un barquito de papel en el que las letras beben, mientras se desvanece en el charco de una calle. Se conoce a un poeta por su anonimato; sin embargo, esa flor amarilla, que lleva su mano, es el pretexto para tocar la mano de quien lo estremece y es la bandera que anticipa la mirada.

En su bicicleta emprende viajes para buscar a las mujeres de la vida y regalarles flores blancas; en los atardeceres tapizados de colores innumbrables puede que se encuentre al filo del abismo, respirando el último aire del día. La mañana siguiente, el poeta saluda al día con pitos, bombas, canciones... mientras se estrella con un automóvil que no escuchó pitar porque cantaba: en la batalla del calentamiento... Busca a quien amar; ahora sí, con una flor en la cabeza (a veces son un poco cursis los poetas), espera, ansía, encuentra, sorprende a quien busca, al tocar con un dedo su espalda; en silencio le entrega la flor de su cabeza y se marcha a brincos, valiente y sonriente por el acto heroico de entregarle una flor a la mujer de su inspiración; en el hambre del medio día, juega a los encuentros, en los suburbios y los basureros de la institución; ahí se presienten, se olfatean, juegan con sus dedos, respiran profundo y un suspiro final los lleva al superurano; otras veces se los escucha gemir a orillas del río. En verdad, hay que ponerle color y ritmo a la aridez de los sitios que se pisa. Otra noche enamora a las mujeres cuando baila tango sin pareja; de manera sensual, se deja llevar siempre por la música. Falso sería decir que no sienta un ataque de histeria cuando percibe la mentira en la boca de los otros. ¿Y qué sería la histeria para un poeta? Pues bien, gritar la verdad con los ojos enardecidos; reírse a borbotones después, mientras sale invicto de la farsa que no quiere profesar.

Otras veces llora de coraje ante el detrimento de los cuerpos y de las mentes; nada que no tenga que ver con las pasiones humanas.

El poeta va a contracorriente; se conmueve, mientras otros son casi objetos; cuando los demás acatan órdenes y comen al ritmo del reloj, él se une con sus amigos para hacer una lentísima caminata por los caminos más transitados. Todos observan con sentimiento de anormalidad y desquicio; esa es la intención del acto poético, causar sobresalto en los otros, con efectos que, mucho después, entenderán si se dan un tiempo para pensar en ellos mismos.

Es posible que descubran un nuevo plato en culinaria, como en el arte de amar; se sabe que los alimentos también son una muestra de afecto. Encontrar el placer en las cosas más simples, estirarse al sol mientras se observa cómo minúsculos animales trabajan bajo el follaje y enseñan eso de que en equipo el mundo es más pequeño y menos tortuoso. También precipitar encuentros que alienten a la belleza, a la creación, a la imaginación, a la seducción... a la vida.

No importa a qué rostro dice adiós de manera sonriente y amable. Cada rostro saludado tiene signo de pregunta, estupor, extrañeza. Si ya ni siquiera se saluda, mucho menos a un desconocido, eso conmueve.

Al poeta le inquieta abalear el tablero incontables veces, sin medida, cuando utiliza el tablero un maestro de las letras para engañar y homogenizar. La diabólica conciencia del poeta brota en su gesto, cuando los otros desconocen la sensatez. En las horas nocturnas, deambula por las calles embriagadas de rostros, amigos, romances, letras, libros y vino también, por supuesto, para no perder el sendero de Baco; baila a los cuatro vientos, aunque sea con una armónica y el chasquido de los dedos; susurra poesías en el oído agudo de alguna muchacha empedernida de amores. Además, el poeta sabe del arte de conquistar, aunque no tome por rehén a nadie a la hora de amar; a veces se fuma un cigarro mientras vela a los que duermen; escucha el silencio de la noche y escucha "The perfect day".

Hablar de los poetas como individuos desagradables, como lo hace Cortázar, requiere de cierta simpatía, que en el fondo la provoca el mismo poeta, quizá porque todo sujeto que sea particular, en la medida que rompe con los edificios mentales y morales de comportamiento, es capaz, entre su imperceptible forma de ser, de agredir los procedimientos lineales de la mayoría de personas. En este sentido, alguien que agrede de tal forma tiende a causar un desagrado, que, para el poeta en sí, no es más que un placer de burlarse, una risa que despeina la mirada de lo cotidiano y expele un fuerte dulce que atrae el asombro. Es probable que, muchas veces, la extravagancia cause cierto sonrojo en el cuerpo, pero también es probable que esa sensación sea digna de quienes causen un pequeño estupor en el corazón.

Un poeta lleva en la sangre el escándalo, causa de una ensoñación tan pura como el deseo de crear y provocar horror en el orden mezquino de la academia, de las máquinas conciencias y de la militancia de lo decoroso. El poeta hace sentir que se está vivo y que se puede vivir desde otras pieles y con otras miradas capaces de redimir al espíritu de la palabra. Al seguir con la idea de que el poeta es desagradable, Cortázar apunta, en su libro acerca de la imagen de John Keats, que: "lo desagradable del poeta... es que es siempre un

testigo, y ya se sabe lo desagradables que son los testigos, especialmente los que suben a declarar que usted no estaba en la cama a las siete y veinticuatro... Pero el poeta es peor, es ese testigo que no dice nada contra usted, pero usted sabe que desde que escribió su primera línea, desde que dejó caer la primera palabra del poema, ese individuo está testimoniando contra usted... el tipo es desagradable porque nunca habla de usted, no lo menciona nunca, no lo saluda o lo increpa en la calle, no se ocupa de su vida... el tipo es desagradable porque nunca dijo ni dirá la primera palabra de una acusación... tan desagradable es esto, que el poeta llega al punto de ser testigo de sí mismo...”¹.

Con esta aseveración, de tamaña madurez, las certezas se confirman; el asunto de ser poeta es también un acto de inmiscuirse en la mirada de los otros; eso sí, especialmente de los más apasionados y sensibles, quienes se sienten arrollados con cada palabra del poeta, conmovidos, abolidos de toda existencia sin sentido. Y camina el poeta como fantasma por el rabillo del ojo, cuenta, con demasía de detalles, sólo en tres palabras, el infierno interno que cada quien apaga con el rezo de unos cuantos versos; está presente, invade la inconsciencia, ese deseo apresurado y juvenil de pertenecer a cualquier escándalo que haga tropezar a la vergüenza.

Es también el espía de los que bajo la almohada esconden el último suspiro; se asoma por las ventanas del ala y talla una palabra, que es una herida constante. Montañas escarpadas sube el poeta en busca de un paso que le haga temblar desde la cima de la soledad; es desagradable porque es capaz de pronunciar aquello que no puede la boca del que más habla. Es desagradable porque desnuda la calma del pensamiento con cierta agilidad, que su castidad sencillamente se aniquila. El poeta ignora al transeúnte de sus ventanas, despide las visitas, no piensa en los sentimientos de los otros; sin embargo, cuenta lo que estos dejan en el polvo de sus huellas.

Es desagradable porque sus palabras nunca se agotan, a pesar de que las deja escapar con cada latido; es desagradable porque confunde su ser entre crueldad, belleza y pasión; es desagradable porque, a veces, prefiere ser fascinado por la penumbra, donde nadan todas las sensaciones a la luz de una vela y al degustar una confidencia. El poeta es el confidente del que vive; pero, lo más curioso, es que publica esas confidencias, sin ser desleal con su confidente. A medida del tiempo. Entre canciones, letras, evocaciones, infancias, sexo, libros, frases, proverbios, filosofía, recobra lo que el mundo inútil y mudo trata de arrebatarse. ¿Y usted, qué hace, si “life is but a day”?

¹ CORTAZAR, Julio. Imagen de John Keats. Madrid: alfaguara, 1996, 145.

Foto 8. Latido



7. EL ACTO POÉTICO, OTRO ARTE DE LA VIDA

En el ser humano gobierna una necesidad de buscar alternativas para sosegar ese deseo de decir, hablar, expresar, ser escuchado... afectar. Al proponer un texto, una pintura, una obra teatral, un acto poético, una canción, no es más que el suelo sobre el que se plantean acontecimientos; algo extraordinario o insignificante para otros, pero, de todas maneras, mediante cualquier flujo artístico, es una escena que se cuenta y se vive.

Cada quien busca una táctica para deshacerse de los nudos que sujetan al ser. A cada quien le interesa que sus palabras, al igual que su pensamiento, se expongan y se escuchen. Empero, habrá quienes desconozcan esta necesidad de decir: unos, porque quizá no tengan nada que decir; otros, porque no saben que hay algo por decir, y otros porque ni siquiera saben que son seres que sienten.

El arte, para algunos, es cura, para otros locura; hay quienes piensan que no es oficio y que es nocivo. Los griegos adoptaron la música como parte esencial de la educación debido a que inspira amor a lo noble y odio a lo mezquino; sin embargo, para alcanzar tal fin, debía haber detrás de ello un propósito virtuoso. No toda melodía era música; sólo aquellos sonidos que provocaban los sentimientos más elevados y llegan, como dice Platón, al alma para educarla en la virtud.

El arte, así mismo, es el puente por el que cruzan los sentimientos más profundos que se albergan en el alma, para entregarse y revelarse a la sensibilidad de los otros, porque sólo quien es sensible se deja seducir por el arte y por la virtud.

Lo cierto es que las artes proveen de sentido a la vida; en consecuencia, son un acto, puesto que se forjan desde el movimiento de vivir. El artista le da color, luz, trazo, ritmo, a lo que otros no pueden verbalizar; así, lo vuelve el acto, que consiste en buscar la esencia de los seres humanos y de las cosas. Ese es el arte, esa potencia que cobra fuerza y anima cuando afecta a los otros.

El artista no conoce de tabúes; sabe que la moralidad hace parte de la tradición reprimida; por eso, sus creaciones las rechazan las mentes sesgadas, que no admiten la ruptura de sus pensamientos establecidos. El artista se opone al sistema, por eso pertenece a los marginados, a los que habitan la periferia, pero desde allí él observa la prostitución de los cuerpos, mentes, ideologías, libros, obras... El artista huye de las costumbres del comercio, de los consumidores de conocimiento y cultura.

El escritor, el músico, el pintor... saben que, a través de su pasión, dejan inconmensurables signos, destellos, hablas, interpretaciones, que se alojan en unos pocos espectadores sensibles, de los tantos insensibles. El arte, desde cualquier expresión, compone al

espíritu, lo encamina hacia el encuentro de sí mismo, hacia su filosofía, su libertad; también hacia su encierro plácido.

El arte puede ser una máquina de verdad, aunque, para los que se mantienen al margen, sea ficción, delirio, mentira (ignorancia colectiva). La certeza es que la apariencia se extingue en la obra, ya sea literaria, pictórica, musical, teatral, etc., y cuantas más sean hijas de la creatividad. Las úlceras del espíritu se sanan a través de la potencia del arte, que aguza los sentidos más complejos, abre los senderos de la interpretación, se extiende por las infinitas formas del decir; eso sí, sin decirlo todo, ni de manera obvia. El artista construye lenguaje desde su obra, un lenguaje que fecunda la identidad del ser, el cómo afecta el mundo exterior a ese ser, y de esta manera empieza un camino en el que se reconoce a través de las artes; se identifica con cada creación; se anticipa a las condiciones febriles de lo cotidiano y enmarca su rumbo hacia el duelo de aquello devastador para el individuo, como ser humano, instintivo, reflexivo y afectuoso.

Puede ser que mediante el arte se presenten las euforias, pero, sin duda, es una presentación de una minúscula parte de la existencia, que es una tensión, un desafío, un hueco por el que el poeta, músico, pintor etc., escapan con su pensamiento fecundo, su creatividad, su locura y, ¿por qué no?, con los disparates que pueden ser para muchos espectadores, porque el vivir de manera auténtica, para muchos, es un síntoma de locura, puesto que se conduce a una vida a la que no todos están dispuestos a llegar, cuando alguien, que se deja tentar por sus instintos de inconsciencia, y se deja penetrar por ese afán desmesurado de alcanzar esa alquimia que el arte proporciona, no tiene más opción que ser indiferente ante los que, por miedo a la locura, no lograron vivir de acuerdo con su sentir, y por esta razón a todo aquel que actúe fuera de esos parámetros, que se enseñaron para vivir, lo tildan de demente; sin embargo, no es más que un argumento en el que ser loco implica ser uno mismo. Una vida argumentada desde la experiencia del arte resulta impenetrable para quienes no conocen el arte de explorarse a sí mismos.

La potencia del arte es liberación que permite construir, introducir una permanencia en la memoria de quienes se deleitan con una manifestación artística; también para quienes tienen la crítica o quienes hay que sacudir agrediéndolos, al invadir sus espacios, su calma, su vegetatividad.

Goethe decía: "Precisamente por la realidad es como el poeta se manifiesta, si sabe discernir en un sujeto vulgar un lado interesante"². La alquimia del arte está en descubrir aquello que está tan cerca de la misma realidad, de que muy pocos se alcanzan a percatar; es cuando el arte, en cualquiera de sus manifestaciones, tiene esa bondad de encontrar en la realidad ordinaria un espeso aroma a ternura, a esos lazos que poco se alcanzan en la cotidianidad que enseña a embarazarse con lo habitual y determinar la mirada hacia lo trivial de todos los días. Cuando la mirada se concentra en las cosas que, para lo habitual, son comunes, se fragmenta la existencia de lo simple y de lo extraordinario que cada quien

² FOLGARIT, Alejandra. Secretos de la creatividad, en Goethe, de: cultura y creatividad, en: <http://adncultura.lanación.com> (acceso: 25 sep de 2009)

oculta bajo la responsabilidad de acatar la lógica de la sociedad frívola; ahí se acude a la poesía, porque, si es necesario encontrar en ese lado vulgar que posee cada sujeto un lado interesante, se requiere de la sensibilidad, en la que todos los sentidos estén dispuestos a acercarse al otro, saborearlo, escucharlo, mirarlo desde otro lado, en el que se incluye lo imprevisto de encontrar a otra persona, con otros humores tras de la persona que esconde. Es como alzar el follaje y encontrarse con que ahí debajo hay otro mundo maravilloso, en el que otros seres minúsculos, habitan sin que nadie se percate de ello; están arraigados a la tierra, quizá aún más que cada uno, pero nadie sabe que debajo de los pies se mueve un mundo sensible también, mucho más sensible que el de los que pisan el follaje, porque ellos, en comparación, deben tener sus sentidos al tanto de sus vivencias.

Quizá Goethe pensaba en ese mundo oculto que cada quien trae bajo de las vestiduras de la carne y del deber ser, pero es la poesía la que despierta la sencillez para asombrarse y descubrir lo que cada uno lleva dentro de sí mismo, a pesar de la frivolidad que conduce el ritmo de las vidas de los sujetos que habitan o sobreviven en este mundo dicho, social y civilizado.

¿Cómo no podría ser, el acto poético, una forma aún más eficaz de descubrir, dentro de esa realidad que afecta, algo seductor, al desembarazarse de los tumultos de sensaciones que esa relación de sujeto-realidad-sujeto- provoca sobre el sentir de todos los días?; fruto de estas relaciones son las sensaciones que siempre permanecen ocultas, gracias a la preocupación de mantenerlas en ese estado. Al seguir con la propuesta, el acto poético, embarcado en el rumbo de la poesía y amante de los actos que surjan de manera poética y poco habitual, es el llamado a hacer de lo vulgar algo interesante.

En el acto poético, la representación no existe, puesto que el arte no debe limitarse a imitar otras realidades mientras olvida su realidad interna; al contrario, debe manifestar su realidad interior, como parte de evidenciar que otras realidades existen, y es esa propia realidad interna la que cada quien guarda en silencio. En esta medida, el acto poético no imita a algún personaje, ni tampoco un discurso aprendido y premeditado. Al contrario, es la presentación directa de la existencia; de la persona con sus temores, vergüenzas, deseos, pensamientos e instintos; espontáneamente construye un mundo en el que presenta su experiencia y relata su intimidad, junto con la revelación del mundo exterior, su deseo y sus relaciones con los otros. La dialéctica del tiempo se aprehende en el arte, teniendo en cuenta que en éste, el tiempo del reloj, no existe esa concepción lineal del tiempo tampoco.

El único tiempo que existe es ese lazo de vida permanente, en el que se renueva el pasado, reinterpretado cuando, en su momento, no tuvo la fuerza de ser sentido con la situación vivida; la relación de los deseos con el mañana y cómo este hoy es una manifestación del recuerdo, en el que se regurgitan las memorias y lo olvidado, los anhelos, los momentos... cosas de la mente humana. Sólo el hoy reinterpreta a la memoria y acerca a la intensidad de vivir. No en vano Keats recalca “life is but a day.

En el acto poético, sumado a las tantas manifestaciones artísticas, la tensión, la crisis, es un flujo que se escapa, es una oportunidad para crearle sentido a la vida del día. Cada escapatoria liberadora, potenciada por el arte, es una experiencia que, luego de sí, podrá ser reconocida como un recuerdo. En el tiempo que vendrá, ese recuerdo será una ponzoña que se clava en el pensamiento y que reclama ser reconstruida, reinventada, para que la memoria se reconozca en el ahora y deje entrever que las consecuencias de hoy son la proyección de ciertas causas ocultas. Esa movilidad de los recuerdos, las tensiones, la creación, la imaginación, la da la creación artística.

Cada escrito, pintura, música... lleva inmerso un signo de interrogación, porque el arte flecha al ser, lo interroga, de ahí que se desequilibren las certezas y afecte. De no ser así, el arte sería una brasa sin fuego. El asombro conduce a la pregunta; el arte conduce al asombro; la respuesta es la sensibilidad.

A través del arte se renace infinitas veces, con otros nombres, en otras historias, pero, en el fondo, con la misma esencia sensible y creadora; en el arte se descubre la historia de cada uno, la historia oculta, la no contada, la inconsciente, la instintiva, la sensitiva. Cualquier forma de expresión artística aspira a ser un mensaje, fecunda una conversación entre los sentidos del espectador, del crítico, del curioso y la obra que transmite un mensaje de carácter simbólico. Bien sea por la escritura, el color, la palabra, el acto, el ritmo, esa conversación provoca desequilibrio en la cotidianidad, en que ese ritmo turbio no permite la inspiración, ni nada extraordinario.

En este sentido, el arte dificulta la normalidad de cada uno, para abrir un espacio a lo extraordinario, poco usual y que, en verdad, invita a la reflexión, un afán por buscar sentido a esa vida demasiado mecánica y aislada de sí misma.

Es necesario tener la visión de que el arte es una forma de comunicarse, es una conversación con cada artista, su obra, su interlocutor. El acto poético, como lenguaje artístico, promueve la posibilidad de que el arte sea una experiencia del diario vivir, que permite buscar alternativas donde, al parecer, no las hay; es una fuga para hacerle trampa a la trampa del sistema social.

Desde luego que el arte rasga las vestiduras de la medida, del límite, del canon y, por eso, debe constituirse como una herramienta mediante la cual se implante una comunicación que se contrapone a la “comunicación grotesca”. Este aspecto busca que, en las condiciones de la vida, exista aquello olvidado, la esencia del arte como parte de la sensibilidad del ser humano; más bien liberar desde el arte esa naturaleza escondida en él, esa naturaleza en la que, si se puede hablar, escuchar, lo que en verdad es y siente el ser, el valor del ser está en practicar la verdad. Desatar, a través del arte, la validez de la pregunta.

El sentimiento más profundo se engendra en la verdad. Una verdad de ese sentir olvidado, enmudecido, acerca a la belleza, cuando existe el placer de hacer evidente la sensación y el instinto; es como saborear un buen licor a orillas del infierno o del paraíso, mientras se escucha una canción, de esas que hacen vivir intensamente el momento y que hacen

pensar que es el último minuto de la vida. Entonces, el deseo de que el momento plácido no desfallezca es incontrolable, inagotable. Sólo se necesita un sorbo de aire, que llegue hasta los pies, para encontrarse con una paz sensual, estremecedora y casi lejana, aunque apetecida siempre.

El placer del poeta que actúa radica en parir belleza desde el sentimiento oculto, desde ese temblor que suscita en la soledad que el otro causa; de esa manía de decirlo todo con pocas palabras, con la palabra exacta, la sentida, la verdadera, la que engendra los sentimientos más densos, los más sublimes, también los más furiosos y nostálgicos.

Foto 9. La esencia en un instante



8. LA POESÍA COMO ESENCIA

Según Cortázar, la poesía comunica la esencia de los seres vivos. Ahí cada uno reflexiona y se pregunta: ¿sin poesía, entonces, los seres vivos no tienen esencia? Es claro, perfectas palabras, exactas y tan agudas dentro de su sutil belleza, que los castillos de conceptos quedan sencillamente desarmados al comprender que la esencia de cada quien no es posible sin la poesía. De un ciento de personas, ¿cuántos dejan en evidencia su esencia en cada acto que realizan? De un ciento de sujetos, quizá solamente dos se dejen embriagar por el licor de la poesía, que entrega al individuo su razón de ser en el mundo, de existir, de vivir; no solo de los seres humanos; Cortázar es claro: de los seres vivos.

La sabiduría de la naturaleza es una poesía constante por su perfección. Cada cosa, en su lugar oportuno, revela por sí sola una belleza poética. Cada imagen de la naturaleza que respira, desde lo más simple e ingenuo hasta lo más brutal y magnífico, evidencia su espíritu, sus ritmos naturales, un acto poético en la mirada, en los sentidos de aquellos que poseen la sensibilidad y el asombro. El poeta disfruta la belleza de la perfecta naturaleza. Todo ser vivo comunica imágenes poéticas que anuncian su ser. Todo esto lleva a una conclusión: la plenitud del poeta está en liberar su esencia. No solo el poeta; se debería pensar en esta urgencia desde cualquier umbral en el que se encuentre un sujeto.

Ahora bien, asalta la otra pregunta: ¿hay plenitud en las personas cuando su esencia no se libera? Asalta la primera preocupación; son pocas las que liberan su esencia; la necesidad de liberar la esencia se encerró en la caja, luego de liberar a la esperanza, esa caja de Pandora hecha por la institución, por los modales, la medida, lo moderado; su credo radica en aniquilar cualquier insecto que perturbe la calma y la firmeza del encierro del ser. Bien decía Platón que el cuerpo es la cárcel del alma, pero, más que el cuerpo es la razón, el concepto de moralidad y medida, los dogmas de la certeza y la verdad.

El poeta sabe que, ante los discursos, creencias mezquinas y dogmáticas, no queda más remedio que afrontar violentamente estas lógicas a través de una vida que se desenvuelve entre la poesía, el conocimiento, el arte... afinidades compartidas en la rebelión de vivir que, además, buscan o van al encuentro de su verdad. La única verdad embarazada de una sola certeza, ¿cuál?: la incertidumbre. Por eso el poeta, en el acto poético, no premedita, no selecciona, no planea; únicamente sabe que la experiencia inmediata será la llave de la purificación, de la enseñanza, del ataque a sí mismo. Cuando tiene que enfrentarse a la solución de una escena inmediata, en la que su filosofía es la del instante, esa que no espera, la filosofía enseña a actuar como si se fuese un animal en acecho; invitación indirecta, en el acto poético.

Así, los maestros deben llegar, no con la maleta y los preparativos abruptos para su viaje académico, sino con una misteriosa caja por la que suscita los rostros de la pregunta; es

decir, el acto poético es, para el poeta, un punto de partida para lanzarse a lo incierto de descubrir su esencia: esa cuenta de pasiones, de secretos, de derrotas... de caos. La esencia estalla con la electricidad de la poesía; esencia insaciable de recuperarse de la intrigante muerte, que florece como un niño que salta mientras ríe y pregunta acerca de la sensibilidad, sin nombrar sensibilidades.

Disfrutar con ellos, mediante el acto poético, es alucinante, puesto que está en juego y deja escapar la belleza de un ser que va al encuentro de la libertad de ser; va esa esencia, en medio del acto poético, al desafío de enfrentarse con el mundo de los otros, un mundo casi imperceptible por sí mismo. El mundo de los otros responde con gestos abstractos, sarcásticos, ridículos, mudos, porque lo extraordinario no está inmerso en el comportamiento cotidiano, es una sentencia que viola esa lentitud de reacción y reflexión, si se tiene en cuenta que la poesía no es para creer, ni tampoco da seguridad a los desposeídos de criterio y de personalidad, porque aquello que la sociedad brinda debe crear necesidades, modelos y fantasmas de quienes aferrarse y a quienes adorar, mediante credos masoquistas que inculcan la culpabilidad, el miedo y el castigo.

En todo esto, ¿qué tiene que ver el educador? Pues bien, el maestro tiene el privilegio de deshacer en las mentes fetichistas esa devoción por aferrarse a estatuas humanas, existentes gracias al fetichismo que la misma institución estimula.

El acto poético invita al maestro a quebrar el círculo de acero del silencio, el temor, la vergüenza y permitir que los estudiantes busquen nuevas experiencias, que los vislumbren, que los inciten a trascender con la esencia que cada uno posee como ser humano. Dirán, sentimentalismos patrióticos de mal poeta; es posible, pero, mediante la poesía, la escritura y los actos, se intenta arribar a los puertos del placer de vivir; no justamente un placer en el que el dolor, el sufrimiento y la indiferencia no existan, sino un placer en el que también haya esa espina que causa dolor, para darse a la tarea de buscar actos que lo curen. Apretar en las manos ese trozo de cada uno, que recuerda que el mundo está afuera y esta esencia tiene que enfrentarse a él.

Una pobre esencia, temerosa, tímida, inocente... sonrojada, que va a enfrentarse al mundo, deberá acudir a sus amantes, que acompañen a esa esencia, encarcelada por los preceptos mentales, a enfrentarse con el mundo, una tarea fácil cuando se es audaz para escapar de las enseñanzas pobres que, en sí, no son enseñanzas, sino informaciones vacías, sin ningún carácter humano. Recoger esa esencia pávida en la mano, como si fuese un pajarito herido, es asunto de sensibilidades, de esas que los niños poseen por naturaleza, o, ¿por qué no?, los animales, sobre todo los más salvajes. Así se imagina a veces la esencia de cada uno: como un animal salvaje, que puede ser un niño o simplemente un pajarito enjaulado.

¿A qué amantes se debe seducir para darle compañía a esa recelosa esencia que desea enfrentarse al mundo, con lo que es y con el nombre que posee? Obviamente no será la mujer de los sueños americanos, ni de la revista de farándula retorcida. Ojala, dirán muchos, se parezca a Nefertiti o a una de esas mujeres apasionadas, como Stella, una fiera que tanta pasión despertó en Jodorowsky. Las mujeres despiertan, quizá, las más infernales

y paradisíacas pasiones; sin embargo, hay un perfume inagotable, un sabor exquisito y aun más atractivo que el de la carne; una embriaguez absoluta y un amor sin salida; demencial entrega que sumerge sin dar el tiempo para percatarse de juicios, establecimientos y vergüenzas.

Una amante que conduzca a las afueras de sí mismo, al abismo del sentir, como única posibilidad de vivir; que incite al riesgo, a la aventura, a tocar la muerte con un solo dedo y reírse de ella; que seduzca a la razón y se permita olvidar la última opinión de la lógica frente a ella.

¿Quién puede ser la amante que haga sentir el miedo con escasas palabras; que tenga música e inspire bailar esos tangos sensuales, que se bailan entre mujeres, como una estrategia de guerra? Una amante que lleve a cada uno al hondo firmamento negro que compone la esencia humana; una amante hambrienta, que carcoma el cerebro noche y día, que desvele para velar los pensamientos encerrados por la multitud.

Pocos son los hombres y mujeres que se atreven a tener amantes de este tipo. Habrá quienes se sientan excitados con un solo roce de su piel, pero serán incapaces de dejarse tentar hasta el final, hasta el riesgo; entonces, huyen hacia el mundo que los parió sin pasión; mientras corren y se escurren de las manos de esa amante, balbucean casi, que imperceptibles: - ya no puedo ser yo -, o, en el peor de los casos: - ya no tengo esencia.

Sin embargo, en la profundidad de su silencioso ser se alberga la imposible esperanza de entregarse ciegamente o, más bien, con todos sus instintos, a esa amante fugitiva. Ella sabe entregarse a todas las caricias, a todas las miradas y manos; sin embargo, sabe huir de aquellos que no la asumen como un desafío, de los que pertenecen en demasía a la contranaturalidad de su esencia; escapa de quienes no saben ofrecer su cuerpo y su esencia, para ser amantes también; de aquellos que, en su fuero interno, tienen como única luz una diminuta brasa, que en cualquier momento desaparece; es más, tan solo con una sola lágrima se apaga y su esencia se extingue.

¡Aterrorízate!, para evitar ser ese tipo de persona que espanta a la amante urgente, porque esa amante permite que estalle la esencia; se necesita ir al encuentro de sus sentidos. Allá está y espera el germen de esa furiosa amante, que es la POESÍA.

A esta entrañable amante se la debe alimentar con el fugaz vuelo de la sensación, para ser su acompañante, se necesita tener la facultad de percibir el mundo, en pequeños fragmentos de llegadas y despedidas; se debe oler el mundo; cada suelo que se pisa, cada circunstancia tiene su olor agradable, algunas veces; otras fétido, como la misma podredumbre de las conciencias de la gente; también se hace necesario saborearlo, suave, masticando una a una las historias que pasan frente a los ojos; dejar que embarguen algún sentimiento, aunque fuese de desazón; prevalece aquí la suspicacia, con la que se puede absorber el mundo sin dejarse contaminar por su frivolidad; al contrario, buscar, por medio de los actos poéticos, una barbarie que extermine la razón de ser de la maquínica sociedad y de las mentes y almas miserables.

Esa amante poética hace una fisura en el pecho, donde se refugia cada vez que el asombro embriaga al ser ante lo simple, ante la perfección de la naturaleza, cuando se suscitan esas circunstancias en las que, sin quererlo, se es un infante fascinado por preguntar. Así mismo, al acto poético lo engendra la pasión de la poesía, que consigo lleva la necesidad de vivir intensamente. El acto poético es esa otra lengua que algunos poetas agregan a su lenguaje poético, con el fin de encontrarse con el mundo a través de su cuerpo y sus sensaciones; en este conjuro, la poesía se convierte en el sublime gesto que cruzará los cuerpos de quienes lo emiten y de quienes lo reciben, como una descarga que conduce a un tiempo y un espacio no evidente, y que en la lógica ordinaria no es posible.

Tampoco es posible pensar que ya todo está dado, y que los límites de donde se está, se piensa y se es no pueden ser averiados. Por eso, una poesía vivida en los actos cotidianos muestra que el mundo rígido en el que se vive, se crece, se muere y se procrea, puede cambiar su ritmo y desestabilizar su hervidero de certezas, de previsiones, de conceptos, de supersticiones que venden una idea para enfrascar a cada quien en cada cosa que hace, va en su línea recta y llega a un final; para ello, debe trabajar como un minuterero dentro de un círculo que no tiene salidas, ni curvaturas, a pesar de ser redondo. Por estas razones, en el acto poético todo es imprevisto: el tiempo de inicio y de fin no se prevé, ni tampoco el espacio en el que puede sorprender. Lo realmente considerable es ese momento de éxtasis, en el que el sujeto poético sienta la urgencia de explorar ese volcán sin fuga en el que estallará su esencia.

Los actos poéticos, en su calidad de bellos, también hacen posibles escenas oníricas, que provocan desconcierto en quienes las observan, puesto que el sueño, lo que sobrepasa esta realidad habitual, al parecer no puede ser de otra manera. En esta perspectiva, el acto poético se impregna de ensoñación, porque "... la poesía es convulsiva, está ligada al temblor de la tierra"³; así mismo, los actos que proceden de ella hacen temer a la tierra, con su lógica ilógica, sobre todo a la gente que cree que el comportamiento y el movimiento de todos los días es inamovible e indiscutible. La sencilla razón no quiere reconocer la realidad desde otros suelos, más cálidos, constructivos, bellos y sensatos; por esto, el acto poético se desvincula del drama que la sociedad obliga a vivir, para vivir el propio, en el que hay otras realidades que resaltar en esta realidad acostumbrada a la crudeza. Según Jodorowsky, se requiere de liberar las energías reprimidas y asumir que aquel acto a realizar debe tener una conciencia de lo bello y de construir, es decir, los actos poéticos deben ser bellos.

Lo hermoso alienta el ser, compone, construye, estremece; al contrario, los actos poéticos imprevistos no pueden perpetrarse desde la conciencia degeneradora. Si las energías pueden liberarse, es posible que sea con violencia, pero se puede ser cruel sin agredir. Simplemente, la crueldad, en el caso del acto poético, puede darse desde lo bello, mostrar aquello que conmueva y rompa con las conciencias establecidas; irrumpir en lo establecido en las memorias de la sociedad es cruel y no requiere de actos dañinos, destructivos, que se opongán a la vida y a la integridad física. Un claro ejemplo: Jodorowsky señala la clave

³ JOIDOROWSKY, Alejandro. *Psicomagia*. Barcelona: Siruela, 2005, p. 41.

que un haiku japonés le dio, a partir de lo siguiente: el alumno le lleva al maestro su poema, que dice:

"Una mariposa:
le quito las alas
¡Y se vuelve pimienta!"

La respuesta del maestro fue inmediata: -No, no, eso no es así; déjame corregir tu poema:

Un pimienta:
le pongo dos alas
¡Y se vuelve mariposa!"⁴

Los maestros de hoy deberían interesarse por que sus estudiantes creen; partir de su creatividad, pero también teniendo en cuenta que lo que se realice debe dejar una enseñanza y una posibilidad de construir y de embellecer; pero, en el caso real, la mayoría es una enseñanza a partir de discursos que parecen en los oídos de los obnubilados.

Es decir, hay muchas cosas que se aprenden, no de la teoría, ni de las largas clases tediosas, respuestas del mundo hastiante; al contrario, se aprende de aquellos que con sus actos han marcado la memoria de otros. Así, reside la enseñanza en aquellos actos que no tienen la intención de enseñar, sino que el acto en sí es una enseñanza. Es el caso de personas que actúan con estética, belleza y sensatez; también son crueles; de ellos se aprende aunque no hayan tenido la intención de enseñar, pues su comportamiento es de tal forma que deja su huella, porque el enseñar está en el actuar de manera que se obedezca a la esencia; de igual manera, cuando un maestro deja ver su esencia y se comporta de acuerdo con la verdad y la palabra, un aprendiz acata aquello que proviene de los actos naturales y sensatos del maestro; no necesita hablar de deber decir la verdad, sino decirla y actuar en armonía con ella; de esta manera, el estudiante comprende que la sinceridad, sobre todo consigo mismo, es vital para sobrevivir a la mentira de lo cotidiano; además, desde lo cotidiano, el maestro debe contemplar la posibilidad de armar un nuevo tiempo, para descubrir una nueva forma de decir, como lo es la poesía, seguida de sus actos.

Eso el estudiante lo recordará siempre, más que las teorías los actos, porque a los estudiantes no se les ha enseñado a escuchar. No solo eso, a los estudiantes se les impide muy a menudo el obedecer a sus sentidos y expresar lo que de ellos surja; por eso el paso por el colegio causa en ellos el trauma del no saber expresar, el trauma del silencio, de la indiferencia, de la postura, de lo homogéneo... Lo que se desconoce es que el maestro es el servidor y creador de mentes del estudiante en vía de exploración y autorreconocimiento; debe impulsar al estudiante al asumir el riesgo de romper con los traumas, que la institución le provoca.

⁴ Ibid., p. 42.

Sin embargo, para esto urge tener la esencia de poeta, estado natural de pocos. Se requiere de infancia, también, para poder entender que el maestro, más que informador es formador; sin ser una Biblia puede enseñarles a los estudiantes, desde los actos, a acoger una filosofía, la verdad y la sensibilidad; eso sí, con un solo propósito: que cada quien sea dueño y amante de su vida y su destino, porque solo siendo así se alcanza la validez del conocimiento y la defensa de la poesía, como descubridora de esencia. Ya se sabe que, para Cortázar, la poesía comunica la esencia de los seres vivos, y si un maestro no se impregna de esta amante, puede que su esencia permanezca perdida y, por tanto, su razón será escueta, débil. Un maestro que no actúa de acuerdo con su esencia, nunca podrá darle alas a un pimiento; al contrario, a la mariposa del estudiante le coarta el vuelo; si no es consecuente con su esencia, ni siquiera podría habitar los conceptos gratos de educar con el amor al conocimiento, a la poesía y su deber ser como humano.

Si el mundo está plagado de insensatos es gracias a que los hombres y mujeres han sido educados por insensatos. ¿Esto qué implica? Que la esencia de cada uno esté escondida en los suburbios de cada uno, esté disimulada en los suburbios del silencio, vocablo que a menudo transita en las bocas de los maestros que, histéricos y coléricos, ordenan a gritos hacer silencio, mientras, en el fondo, allá donde su esencia es débil, otra voz les habla acerca de que silenciar es extinguir, porque en las palabras que se pueden decir, las que se quieren decir, está el andamiaje de la esencia. Lo que se quiere decir trae consigo un gesto inherente a la palabra. Las palabras se manifiestan en conjunto con el gesto, los movimientos del cuerpo y las sensaciones de quien las dice. En este caso, los ritmos del cuerpo también son un destello de esa esencia que se dirige hacia los otros; según esto, los actos poéticos permiten que la esencia de quien los realiza se revele y la de quien los asimila tiemble. Luego, se insiste en que de los actos se aprehende en su demasía; aún más de los actos poéticos, que se caracterizan por ser bellos y constructivos.

Además, los actos poéticos permiten el reconocimiento de uno mismo; dejan abierta la posibilidad de descubrir sentimientos, comportamientos que se reservan en el inconsciente; de esta manera, son un instrumento de autorreconocimiento y de conocimiento para quienes los perciben.

El acto poético, como instrumento pedagógico, fundamenta en los estudiantes el sentido de ser y de actuar. Sin embargo, es importante que el educador reconozca cuál es el horizonte de su oficio y su responsabilidad como tal, puesto que su compromiso está en forjar seres humanos capaces de defender su filosofía, de descubrir su sensibilidad, un ser humano sensato que actúe de acuerdo con su palabra y su verdad; qué más que el acto poético para promover estas formaciones vitales.

Enseñar a los estudiantes que los actos son la proyección de las palabras y su pensamiento es razón suficiente para darle a la vida de cada uno una posición estética; apuntar a esa actividad como maestro y proyectarla a los estudiantes, no con teorías, sino con su actitud, su comportamiento y su relación con ellos. De nada serviría hablar de verdades, de sentires, de libertades si, mientras tanto, se levanta el dedo silenciador para aquel que estime lo contrario.

Aparece nuevamente la tarea del maestro y es su menester buscar alternativas que irrumpen en el proceso rutinario y vacuo de la enseñanza, a través de propuestas en las que los estudiantes sean quienes planteen y vivan experiencias de aprendizaje a través de los actos, porque así ellos se sienten identificados, al brindarles la posibilidad de una expresión, que les ayude a comprender lo vitales que son, para su desarrollo personal, intelectual y humano, la escritura, la filosofía y cualquier tipo de expresión artística.

Foto 10. Inconsciente en potencia.



9. ARTAUD Y JODROWSKY, ACTORES FULMINANTES

El acto poético, al igual que el teatro artaudiano, comulga con el ritual de los actos y las palabras, que afecta las situaciones cotidianas de un sujeto; ambos están inmersos en una calidad estética que implica asumir las circunstancias que acarrearán aquellos actos capaces de transmitir verdades, que irrumpen en los escenarios cotidianos y convencionales de la sociedad, como los discursos, las calles, las instituciones, donde la gente se olvida hasta de su propia esencia.

Tanto el acto poético como el teatro artaudiano posibilitan espacios de escucha sobre multitudes inesperadas, espontáneas, distraídas, que surgen en el momento de invadir un espacio público, o quizá un espacio íntimo en el que nadie se percata de que la aparición de un tercero puede darse también.

Artaud y Jodorowsky crean actos intempestivos en los que surgen gestos, signos, palabras, sentimientos, frutos del encuentro entre espectadores y actores, además de su relación con el mundo. En ambas experiencias, las imágenes nacen de la sensación interna, de ese fuego que enciende la esencia de los cuerpos y mentes, que no temen a la exploración inmediata de la sensibilidad, todo con un horizonte, también inmediato: que los actos sean una terapia espiritual. Por supuesto, los actos poéticos y el teatro de Artaud son una terapia espiritual, porque de estos actos nace la necesidad de revelar el hastío ante las diferentes posturas impuestas, que se asumen dentro de la sociedad. Así mismo, a cada uno le urge desembarazarse de su conflicto interior, de su esencia encadenada, para hacer de ellos, actos poéticos, bellos, afectivos y constructivos.

Platón pensaba que: “la potencia del bien se ha refugiado en la naturaleza de lo bello”. La belleza que se experimenta en el acto poético la dicta y aprecia la pasión de vivir, que se manifiesta en la intención de las acciones personales. Aquellos actos dignos de ser nombrados como virtuosos, porque tras de ellos se extiende un manto de imágenes metafóricas que asaltan al espectador en su espíritu curioso, habitan en la naturaleza de lo bello, puesto que conmueven, sensibilizan y construyen afectos sobre quienes los perciben.

En Artaud, la base del teatro auténtico tiene un escenario directo y es improvisado; igualmente el acto poético cumple con estas características; ambos actos son inesperados e irrepetibles, adjetivos que, posteriormente, motivan a Jodorowsky a fundar el teatro “Efímero Pánico”.

Este tipo de teatro, al igual que el acto poético y el teatro de Artaud, tienen en común que nada de lo que se presente es una representación, porque ¿para qué representar la realidad?, es suficiente con vivirla; representarla es una redundancia hostigante, aún más a través del teatro. Más bien, se deben experimentar otras realidades a través del acto poético y el

teatro, aquellas no evidentes en la realidad burda y frívola, porque es posible que tras ellas se encuentre una realidad onírica e inconsciente. En la realidad de todos los días se ocultan comportamientos que cada quien expulsa mediante actos inconscientes; es decir su misma mente e inconsciencia los puede traicionar al expresar, sin premeditación alguna, ciertos comportamientos que se enjaulan tras la apariencia. Ante esto, Jodorowsky asevera: “los comportamientos humanos están motivados por fuerzas inconscientes”¹; ; así, podría decirse que muchas cosas, que se califican como reales, tienen tras de sí características ocultas de la inconsciencia, expresadas también, pero como esa realidad oculta, la que cada uno tiene en su mundo interior. Jodorowsky y Artaud, hermanos de lo efímero, crean una escena en cualquier lugar imprevisto, poco usual y poco convencional: quizá un prostíbulo, un hospital, un restaurante, un baño, una iglesia... Además, si se buscan otras realidades, implica abrir las puertas de lo ilógico, según lo convencional, claro está. Entonces, se permite la ensoñación, la inconsciencia, entendida como aquello que cada quien oculta entre sus deseos, y que no son actos que atenten contra la integridad de los espectadores. Solamente se accede a la tentación de los instintos, en la que éstos sean dueños del cuerpo y las emociones, que se prestan a ser parte de la locura.

Un escenario y actores convencionales, para estos dos espíritus del actuar, son una limitación. Es más, Jodorowsky realiza sus actos con quien nunca había pisado las tablas; quiso “sacar el teatro del teatro”². Jodorowsky actúa en un bar, en un matadero, en un autobús... mientras Artaud diría que estos ataques creativos, en lugares inesperados y en tiempos que no equivalen a cifras, son dignos cuando se trata de desintegrar las formas rígidas de la sociedad. En la ilógica de Artaud y Jodorowsky, existe la prioridad de causar una catástrofe en el orden rígido de los pensamientos y en la mudez de los sentimientos. Lo efímero, del teatro de Artaud y del acto poético, lleva a incomodar al espectador, violar su pasividad, su ritmo, su espacio delimitado, en el que el punto de partida no tiene espera, ni día, ni sitio, simplemente se juega con el tiempo y las circunstancias de donde surge el acto poético, y el teatral, en el caso de Artaud.

En el instante cuando surge la imperiosa intuición del derecho de expresar, las circunstancias y los espectadores se hallan presos del destino de hacer parte de ese juego en el que se confabulan las palabras, las emociones, las imágenes y una reflexión que cruza la entrada del pensamiento, de quien actúa y de quien es espectador. Todo acto, en Artaud y en Jodorowsky, es irrepetible; es como un fuego que quema los sentidos del espectador y su memoria para nunca más ser. Este acto es un instante que deja la llaga en sus espectadores, sin reparos, sin justificaciones; sólo brinda un momento efímero, para compartir la clave de renacer y reconocerse con el mundo interior que cada uno esconde. En este acto intempestivo y efímero no se representa; al contrario, se presenta, se revela la esencia directa; así, es una presentación viva de la existencia humana.

¹ JOIDOROWSKY, Alejandro. *Psicomagia*. Barcelona: Siruela, 2005, p.46.

² *Ibíd.*, p. 47.

En este acto no se busca representar a un personaje, sino que se busca a esa persona extraviada en el final del cuerpo y del individuo otorgado por la definición impuesta.; a esa persona que se oculta entre la carne y los discursos falsos. Al comprender que las experiencias del acto poético y el teatro artaudiano son manifestaciones de la esencia, inmediatamente cabe la certeza de que se necesita buscar el juego de la vida, en el que se encuentren oportunidades para expresar los anhelos y los abismos internos, expresar ese caos que a diario se habita.

Entre tantas experiencias exquisitas, atrevidas y expuestas, Jodorowsky cuenta la de un joven inmerso en una tinaja llena de leche, en la que recitaba poemas en honor al día de la madre, mientras se vaciaba botellas de leche sobre su cabeza; sin comentarios; cada quien haga su interrogación interna. Comentaba también el caso de un joven que se vistió de profesor de matemáticas y recitaba fórmulas algebraicas, a la vez que se partía huevos en la frente. Hay muchos actos que han causado repudio entre el público. Sin embargo, eran necesarios, puesto que crear molestias en los espectadores incita a crear interrogantes propios acerca de sí mismos; de la misma manera, el actor se purifica en sus actos. Es el caso de una mujer de larga cabellera rubia, vestida con medias negras decoradas con perlas en los tobillos, que apareció caminando con muletas y gritando a pleno pulmón: “¡Soy inocente! ¡Soy inocente!”; al mismo tiempo, sacaba de entre sus senos trozos de carne cruda que lanzaba sobre el público, luego se sentó sobre una silla de niño y se hizo rapar completamente la cabeza por un peluquero; frente a ella había un coche lleno de cabezas de muñecas, de todos los tamaños, sin ojos ni pelo. Una vez rapada, la mujer comenzó a lanzar las cabezas sobre el público chillando: “¡Soy yo! ¡Soy yo!”³

Estos actos pueden ser vistos desde la crueldad de Artaud, para él la violencia es una respuesta a las conductas impuestas por la institución, que ya no pueden ser toleradas. Cuando se intenta resquebrajar esos sistemas de pensamiento y conductas que se implantan como medidas en el comportamiento de las personas, se necesita de actos crueles que evidencien lo grotesco de poseer pensamientos, credos y comportamientos ajenos a sí mismas. Las personas, cuando son aludidas en sus preceptos y en sus credos, se sienten agredidas, violentadas en sus principios de obediencia; entonces, la crueldad está en meditar y dudar de ese diario soborno al que se tiene que habituar para sobrevivir; no se paga en efectivo, pero sí al vender los sueños, al olvidar la posibilidad de crear y al negar esa capacidad de ser semejantes a la esencia que se esconde entre la carne y el miedo a ser uno mismo.

Por eso el teatro de Artaud y el acto poético son la purificación de esas soledades interiores casi que eternas, a pesar de que se habitan en un mundo plagado de gente. Sin embargo, el interior de cada uno es una soledad inagotable, que requiere de un desliz que brinde las mieles del vivir, para llenarse de fuerza y jovialidad. En este sendero, el acto poético se convierte en un testamento de la esencia extraviada, de esa fiera enjaulada en el cuerpo y latigada por la moral. Si esa fiera sale del cuerpo, ya sea por las ventanas de la mirada, por las puertas de la palabra o por el jardín de las sensaciones, y en ráfagas de inconsciencia,

³ JODOROWSKY, Op. cit., p. 48.

que expulsa su energía reprimida, es posible que la violencia embargue y acarree un sentido negativo y destructor, a veces inevitable, puesto que cada uno es como si fuese un volcán, en el que hierven sus miedos, sus represiones, sus deseos castrados; debido a la perfecta naturaleza, ese volcán estalla; obviamente, ha retenido una fuerza que seguidamente hará estallar ese fuego interno y, por supuesto, ocasionará estragos. Sin embargo, se debe tener en cuenta que, en medio de ese brote abrupto de sensaciones inconscientes, es necesario se encaminen hacia una bella expresión. Ese es el arte del acto poético: hacer de aquellos sentimientos mezquinos, agobiantes y putrefactos, un acto bello, poético y constructivo.

Es necesario aclarar que muchos de los actos que han efectuado en nombre de los actos poéticos, no fueron de ninguna forma bellos, ni constructivos, ni metafóricos; solo fueron euforias y esquizofrenias apresuradas, que no tenían el sentido de lo positivo que debía ser un acto poético. Lo cierto es que Jodorowsky, en su libro *Psicomagia*, confiesa que esa etapa en la que inició el acto poético, aún era experimental; además ha sido fruto muchas veces de una rebeldía ciega. Por eso mismo, él admite que ha habido muchos actos negativos y crudos, que no merecían ser servidores de la metáfora de la imagen. El teatro de Artaud y el acto poético tienen en común la incertidumbre existencial, fruto de las relaciones con los otros, su sociedad y su entorno. Ese drama que causa la existencia tiene la bondad de metamorfosearse en poesía, gracias a los actos poéticos y teatrales.

El drama interior, hecho acto poético y teatral, rompe con los principios convencionales dentro de los cuales se debe guardar la compostura y el silencio; así mismo, Diógenes el cínico rompe con lo consabido, se asegura de desequilibrar el estado vegetativo al que se ha limitado la sociedad, a pesar de moverse incesantemente para suplir sus necesidades básicas y subsistir. Es el caso de la estética que presenta Garavito; para él, la estética se encuentra en vincular el pensamiento con la práctica, en ser consecuentes con las palabras; en palabras de Plutarco, “la palabra es la sombra de la acción”⁴. Las palabras están cargadas de una verdad. Expresar verdades a través de un acto poético, como lo hacen Alejandro Jodorowsky o Artaud, mediante el teatro, tiene como fin afectar la vida de los otros, de aquellos que son espectadores y lectores; del mismo modo, afectarse a sí mismo.

En suma, tanto para Artaud, como para Jodorowsky, el caos íntimo puede convertirse en poesía. Sin embargo, para tal acto, es necesario desaparecer las trabas sociales y morales, los tabúes y las vergüenzas, el comercio de la mentira, para dar paso a una expresión sincera consigo mismo. En esta brecha, es posible un acto poético digno de ser estético. En Bachelard, el juicio reflexivo de la estética lleva consigo la dificultad de tener que ser él mismo juicio artístico, obra de arte en la medida en que ha de arrancar de las almas la universalidad de lo subjetivo, como una sinfonía o un poema que con exactitud recae en lo que el acto poético es: una necesidad humana que simboliza la conexión entre la imaginación, el lenguaje filosófico y poético, la vitalidad de un discurso que expresa su incertidumbre, su angustia, su imposibilidad de ser a través de un juicio artístico, que desnuda sus pasiones y renace en la catarsis, se purifica en el teatro, que en Platón es estética y se aplica a la música, a la danza, a la tragedia.

⁴ KIRK, Geoffrey. *Filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos, 1969, p. 114.

Foto 11. Sinestesia



10. COLOFÓN

Como principio, el maestro se permite reconocer la necesidad de cambio, enfrentarse consigo mismo y asumir los efectos que, en consecuencia, surgirán, porque se debe educar teniendo en cuenta los cambios de la sociedad y de los sujetos; por consiguiente, la educación también debe cambiar. La educación se dirige hacia la formación de personas, pero ¿cómo formar personas íntegras en su calidad humana, si para el maestro su opinión es menos importante que la suya, si las palabras no tienen ninguna repercusión en su vida; entonces, cómo la enseñanza de la literatura y la filosofía pueden ser significativas para el estudiante? El estudiante cree que el maestro tiene la verdad; sin embargo, esta creencia no es más que la conclusión que sus enseñanzas le dejan.

Ante los fracasos escolares, que se ven día a día, en las instituciones educativas, es valioso comprender por qué estar de acuerdo, como Jodorowsky, en romper con los preconceptos establecidos por los cánones sociales. Se debe, desde la enseñanza de la filosofía y la poesía, atacar estos modelos frívolos, empezar por la misma calidad educativa, tanto de la filosofía como de la poesía, entre otras artes. Por esto, el acto poético es un vuelco que permite, en los estudiantes, formas cotidianas y dinámicas de expresar la filosofía y la poesía como elementos no académicos, sino humanos, que alimentan su personalidad, su pensamiento y su criterio. Igualmente, a través del acto poético, el estudiante se vacía de esa podredumbre a la que ha asistido en su academia, en su sociedad y que no le deja ser él mismo.

El docente resiste a la obligación de educar y dejar que el amor por su quehacer y la alegría de cultivar nuevos seres humanos, para esta sociedad consagrada a la deshumanización, sean instrumentos que ayuden en la persistencia de los estudiantes que aún preguntan y provocar a quienes no lo hacen, aunque, también, entender que el docente solo es un guía, que debe saber diferenciar entre la labor de enseñar el camino y la de decidir por él su camino: no enseñe a ser mezquino en la subsistencia, sino a ser hábil en la supervivencia, aconseja León Zuleta.

Evitar que se entre en el juego de la regla y la obediencia, que desde la niñez se inculca, puesto que, con estas formas, se vende la idea de la codicia y la competencia, para las cuales se necesita entrar en juegos de poder que cautivan a las mentes desprevénidas y, por supuesto, a las que fácilmente se dejan seducir por una ínfima estrategia de reclutadores de mentes. Sin embargo, las mentes más sigilosas sabrán escabullirse de las encrucijadas de la institución y de cualquier tropiezo que la vida les anteponga, porque vivir no es sino tener la habilidad para saber caminar a pesar de los laberintos que cada día se presentan, además de saber huir de todo aquello que impida encontrarse consigo mismo y la vehemencia de alcanzar lo que se desea de manera libre y espontánea. En este sentido, no se olvidará que prever es la herramienta para mantenerse con actitud sensata y valerosa frente a las

circunstancias de la vida, pero para ello es irreductible tener una postura de guerrero, caminar siempre con las armas del pensamiento, la filosofía, la escritura y cada una de las compañeras que hasta en el borde del camino laten en el pecho.

Habrán quienes intenten aniquilar a aquel que busque su propia senda, pero también existen aquellos que tienen el recalcitrante deseo de cruzar lo prohibido y el límite; por este “camino tendréis pocos compañeros, es más difícil, más tortuoso y más escarpado”¹, dice Nietzsche; pero esos pocos compañeros han sido los que han tenido la valía de enfrentarse con su posición y defender sus pensamientos, sus deseos y su camino, el que ellos realmente quieren vivir. Mientras quienes profesan la obediencia y los credos superfluos de una sociedad homogenizante, se aterrorizarán al no ser aceptados por el imperio de la mezquindad mental. “Dichos individuos deben llevar a cabo su obra -ése es el sentido de su institución común-: y precisamente una obra depurada, en la que no queden, por decirlo así, vestigios de la subjetividad”², es justa y precisa esta aseveración aún en nuestra época.

Es el momento culminante por el que las instituciones y cualquier comportamiento basado en las premisas educativas se valora; sencillo: la subjetividad de cada persona queda reducida a un pensamiento y sentimiento común al que todos acatan sin reparos, ni siquiera lamentos; en consecuencia, la posibilidad de ser y de actuar bajo las propias intuiciones, sentimientos y deseos, queda aniquilada la esencia y, por tanto, deja de existir para ser un cuerpo que obedece a impulsos impuestos y ajenos, a la vez que sumiso se dirige a realizar sus actos cual si fuese una máquina controlada para comportarse de acuerdo con un desarrollo común e invariable. A lo que Nietzsche llamaría: incesantes artes de seducción de esa “cultura” de moda, con lo que quedan alejados de su instinto. Las extraviadas personalidades quedan casi imperceptibles, sin movimiento, sin suelo, petrificadas por afanes ajenos a su voluntad y sus deseos; transformarlas requiere de un ataque brutal a sus precederas memorias, que viven gracias a arquetipos ajenos.

El trabajo del docente es arduo; cada contenido que se enseñe debe llevar inmersa la consigna de vivir de una manera armónica con la verdad, su innegable sentir y voluntad, de forma que se permita a los estudiantes abrir una brecha respecto a lo que siempre se vio obligado a negar, para despertar su esencia, que provenga de sí y vuelva a sí, una esencia que traspase las identidades implantadas por los modelos que la sociedad día a día inyecta sobre las mentalidades y personalidades débiles. El maestro, con su arte de enseñar a vivir de la manera más sensata, necesita provocar en los estudiantes la vergüenza de la fragilidad de la mente y de la persona; tratará así de sembrar en el estudiante esa preocupación por alimentar su mente y su esencia.

¹ NIETZSCHE, Friedrich. Sobre el porvenir de nuestras escuelas, de: Nietzsche en castellano, en: <http://www.Niezscheana.com>. (acceso: enero 29 de 2009).

² NIETZSCHE. Art. cit.

Reflexionar acerca de ese mundo interior, que cada quien atesora de manera esquivada, es imprescindible para entablar una comunicación que vaya desde lo que se es hacia lo que se quiere ser en verdad.

Esta tarea es otra de las tantas que el maestro puede impulsar desde la escritura, la filosofía y las artes, pero aún más desde la enseñanza del acto poético como un instrumento de carácter abierto, dinámico, reflexivo y sobre todo catártico; el acto poético es esa oportunidad para dejar paso al instinto, que logra en cada uno lo ya olvidado; la seducción del sentir es inseparable del instinto y juntos se expresan en el acto poético. Cuando se tiene la posibilidad de dejar aflorar el instinto, se arrasa con esa visión de que cada quien debe ser el espejo y la copia de otro, que enseñó la repetición de otros y la aceptación como prueba de conformismo y, a la vez, de temor, así como trabajan las maniobras de una educación basada en la repetición de modelos y normas que ajustan a los individuos a un mismo lineamiento; de esta manera tan sutil la subjetividad de cada uno queda anulada; entonces, el comportamiento de cada quien se encamina hacia el utilitarismo, puesto que se preparan seres casi objetos, cuando la subjetividad que acarrea la sensibilidad queda desautorizada para gobernar sobre la persona, y así las vanidades se apoderan de ella, al igual que el arribismo y la mediocridad.

Ya desviados del camino por el imperativo de ser entes desprovistos de toda precaución con respecto a su esencia, declinan durante su larga vida con conceptos disfrazados de moral, obediencia y norma, al tener en cuenta lo anterior, se deduce fácilmente que la educación se ha basado en producir ambulantes sujetos desprovistos de esencia, por lo que ahora, más que nunca, urge retomar habilidades desde la enseñanza que provoquen en el estudiante un desequilibrio de eso vanamente aprendido, que mató el poder de decir, desde sus propias convicciones, el poder de defenderse con lo que piensa y es, el poder de aceptar que no siempre debe ser aceptado, porque la aceptación también es una forma de discriminar lo diferente, por su incompatibilidad y por su capacidad de no adoptar modelos, ya sean mentales y de comportamiento.

A continuación, un pequeño credo que, a pesar de ir tras la fe, también exige la transformación personal para marchar hacia el viaje de la enseñanza.

“...Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren... hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida... dame sencillez y profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana... aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia”³.

La faena para los maestros apenas comienza; sobre todo, empezar por deshacer esos patrones que la institución fecundó de manera discriminada y limitada sobre sí mismos.

³ MISTRAL, Gabriela, citado por Jodorowsky, Alejandro. *Psicomagia*. Barcelona: Siruela, 2005, p. 32.

Para que los estudiantes comprendan que necesitan de sus propias alas, de su propia fuerza, de su forma de ver y de sentir para emprender su vuelo por el largo camino de la vida, el maestro requiere liberarse de las medidas que su comportamiento, su personalidad y su mente ajustan a su esencia y, de paso, impiden que el estudiante fecunde la suya; por eso, justamente, la personalidad de los maestros y estudiantes se convierte simplemente en posturas con las cuales se hacen identificar y niegan ese yo auténtico.

La transformación de la esencia que cada quien posee comienza cuando se tiene la sensibilidad de preguntar por su yo, por su espíritu, por su personalidad, que asisten a su propio nombre, quizá sin rumbo y sin sentido. Una vez que se comprende la necesidad vital de preguntar acerca de uno mismo, el piso del pensamiento cambia, da de inmediato un lugar a la esencia, quien se deja tentar por la intuición, se diría con atrevimiento; el escrúpulo generado por la fidelidad a una civilización arraigada en los credos de la apariencia se deja embestir por el instinto de actuar con los propios convencimientos, teniendo en cuenta que éstos se rigen únicamente por aquellas cosas y situaciones dignas de ser bellas y constructivas; es decir, poéticas. Es valioso poner en juego la razón a partir de los actos poéticos, cuando se entiende que, para Jodorowsky, lo metafórico lo asume el inconsciente; además, cuando la intuición dirige la esencia a descubrirse a través de la poesía, siendo ésta, y sus actos, una descarga de intuiciones e instintos que van más allá de la razón, entendida también como ese andamiaje de imposturas en el que cada quien se convierte, puesto que no tiene lugar, momento, ni tiempo para asentar su posición y decisión frente a sí mismo, mucho menos la responsabilidad de encaminarse por sí mismo sin consentimiento de quienes generan poder sobre sí.

El ave del espíritu debe liberarse de la jaula de lo racional, reflexiona Jodorowsky. Aspirar a que la esencia renazca a partir de la poesía y darse un lugar sin ser mendigos de palabras y opiniones requiere de la audacia de abrir un resquicio en esas lógicas acomodadas al ritmo de una época desahuciada y dependiente de lo trivial, y qué mejor que la enseñanza de la poesía a través de lo cotidiano, para tener la bondad y la paciencia de socavar, en las mentalidades y caracteres viciados por la utilidad, lo ínfimo y, sobre todo, el conformismo al permitir que la enseñanza de cualquier institución y sus rezagos se cohesionen con el olvido de sí mismos.

La oportunidad de manifestar la sensibilidad, a través de actos que surgen de la tentación del instante, es una forma de resquebrajar el carácter rígido de la lógica fijada por el canon y la tradición; es fascinante, pero también repulsivo, para quienes no se permiten la indecencia, la extravagancia y el sacrificio de la aceptación del otro. No es difícil comprender que quienes actúan siguiendo comportamientos tradicionales, morales e “inequívocos”, sientan que se atenta contra su temperamento obtuso.

El nacimiento de un yo, es decir de uno mismo, es un acto de gestación que apenas puede comenzar con la poesía, y al hablar de jóvenes o quizá niños es aún más ardua la tarea del maestro, puesto que se debe empezar por sí mismo. El encuentro con la poesía es el mayor pretexto o la trampa más bondadosa para reencontrarse con la esencia que cada uno posee.. Ese bien es muy escaso en la época actual y, por eso, quien se preocupe por encontrarlo

debe seguir su perfume, su ligera aparición de tormenta y su lenta seducción de mujer apasionada; sin embargo, para atraparlo se necesita del deleite de la sensación y su agudeza, además de bastante inocencia; la poesía lo impregna todo, explica Jodorowsky, desde lo más trivial, hasta lo más sublime, desde lo más cruel hasta lo más dulce, desde lo más apacible hasta lo más turbulento, como también desde la vida hasta la muerte; entonces, a los que no están inmersos en la poesía, donde habitan.

Enseñar a los estudiantes la desmesura de su imaginación es un buen comienzo para liberarlos de la atadura del paradigma que los aprieta.

Impregnar de creación, sentimiento, locura a los muchachos distraídos y sin vuelo, para preñarlos de la naturaleza de ser instintivos, intuitivos, sensibles, semejantes a su condición jovial y apasionada. Y qué decir si se les enseña que no hay amor que no se conquiste por las palabras que surgen de ese palpito de medianoche, en la que se desearía ser otro y entregarse al amor, al amor de lo que sea, pero enamorarse.

Despertar, en el estudiante, esa hambre de poesía a toda hora, de manera que haga parte de sus días, de su vida, dimensión poco común de entender dentro de los actos que Jodorowsky ha realizado, pero que en verdad ha causado, a más de uno, un alivio espiritual, al encontrar en su cuerpo su esencia verdadera a través de actos hijos de la poesía. Huidobro señala: el poeta crea fuera del mundo, en que existe el que debiera existir; apuntar a que los estudiantes creen una salida que los lleve a encontrarse con otro mundo, que sea el de ellos, a pesar de que está inmerso en una realidad que, según Jodorowsky, es ordinaria, un mundo en el que el lenguaje se descubre desde otros sentidos, en los que se aproxima aún más a la vida y a su experiencia a través de él.

Que los estudiantes se acerquen al borde de perder el lenguaje fijado, para concebir el propio, ese que las diferentes expresiones artísticas ofrecen en el momento más inesperado, en este caso, el de la poesía; un lenguaje que se convierte en una escritura de vida, en una actitud de enfrentar el mundo, de defenderse de él mismo y de interrogarlo. De igual forma, irrumpir con lo prohibido, actuar de manera estética y contradecir la obligación de vivir, es actuar de acuerdo con el mundo interno y enseñar que la vida puede también ser poética.

Si el maestro permite que el estudiante se alíe con el acto poético, le deja abierta la posibilidad de crear su mundo sin detenerse ni olvidar la realidad en la que está inmerso; además, le brinda el tesoro de enfrentarse y defenderse de ella con valía, al discutir sus principios y resistirse a ellos, puesto que de ello depende que florezca en cada uno la capacidad de poner en pie su posición, su opinión y su sentir. Los actos de la poesía identifican la esencia que cada quien desoculta y albergan la posibilidad de transformarse a sí mismos y quizá la realidad superflua. Si la sociedad inculca barreras, el poeta con sus actos las decodifica con la crueldad de la palabra, de la verdad de los actos, con el humor, la discute y sobrepasa los límites del miedo de decir verdad; la verdad interna, la que expresa la esencia y la reverdece. Empujar a los estudiantes a las acciones que tengan el valor de expresar poéticamente sus emociones y verdades, sus preguntas y rechazos,

multiplica la resistencia contra el “orden de la muerte que perpetúa la sociedad”⁴. No es fácil comprenderlo, pero existe una sencilla razón que alimenta esta iniciativa: es hora de que los jóvenes, los niños, en sí las personas, empiecen a comprender la urgencia de aniquilar las preocupaciones ante lo trivial, que ocasiona un desapego de su esencia como personas, que olvida la capacidad de preguntar, de defenderse y de alimentar su alma y su intelecto. Cada quien tiene una esencia, que posiblemente esté dormida y el maestro, desde la enseñanza del acto poético, tiene la valiosa tarea de despertarla.

No por eso las energías retenidas, que van en busca de la esencia, de ese estado oculto que cada quien posee, pueden enfocarse hacia actos convulsivos que generen destrucción y daño. Al contrario, el entusiasmo de expresar esa esencia que levita, o que quizá esté enjaulada por principios impropios, se canaliza hacia actos dignos de ser estéticos y bellos, que incendien ese fuero y las ganas de vivir intensamente de acuerdo con un sentido estético.

Interrogar la condición en la que los estudiantes se encuentran es necesario, a sabiendas de que sus vidas se están perpetrando sobre terrenos baldíos, en los que es imposible que se siembre su esencia, que se cultive conocimiento y se coseche una personalidad con condiciones humanas. Entonces, el oficio del maestro es motivar al estudiante a la construcción de sí mismo, a crear el personaje que desea ser. El personaje, que cada quien quiere ser para desenvolverse en este mundo, no puede ser igual al del otro; por eso, el maestro debe ser cuidadoso para no homogenizar comportamientos; tener en cuenta, por eso mismo que, tras del comportamiento de cada uno, hay universos inconscientes que se habitan, sin ser quizá evidentes. Cuando se tiene la capacidad de reflexionar sobre esto, el maestro abre una dimensión que lleva a sucumbir ante la apariencia y los juegos de representar a quien no se es; todo esto porque se está habituando a una educación restringida.

Deshacerse de la miseria de las ideas es más complejo que acabar con la guerra, teniendo en cuenta que, para ello, se necesita, primeramente, desbordar ese espacio de las ideas que educan para asumir condiciones en las que se aprende y se enseña a imitar modelos. La metáfora que se difunde, a través del acto poético, tiene la astucia de impedir que esas ideas se sigan propagando en las mentes como una epidemia a la que la mayoría se ha acostumbrado.

Crear ideas que traspasen otras, las tradicionales, las limitadas, implica actuar con creatividad, con espontaneidad, con intuición y, ¿por qué no?, con inconsciencia. Así, se crea y se propaga en otros mecanismos pedagógicos para cultivar el temple del estudiante, junto con su universo, que puede ser infinito, si el maestro se lo permite, siempre y cuando el maestro constituya el suyo y sepa que su tarea no es juzgar, ni imponer, sino ayudar a que sus estudiantes se encuentren consigo mismos; sin detenerse ante el espanto de salir de lo común de los prejuicios. La actitud de disponer de ese fuego espiritual, que se lleva interno, y acrecentarlo en la poesía, es la virtud de actuar con las palabras al borde de la

⁴ JODOROWSKY, *Psicomagia*, Op.cit., p. 42.

libertad de expresar. La experiencia del acto poético impulsa a encontrar al causante del ansia, del no saber, de ese rostro de pregunta inconclusa, por eso el poema siempre va de la mano de las circunstancias, de la esencia y sin ser un discurso ajeno a ella.

Pensar en que el condicionamiento no es digno para formar la personalidad de los estudiantes, que no hay sello que pueda señalar a cada estudiante; su impulso esencial es uno, y es el suyo únicamente. Es entonces el acto poético un elemento que atrae y tenta a la sensibilidad de cada estudiante y le enseña que la poesía es un compromiso consigo mismo, al verificar que su esencia, su personalidad son una planta sembrada para preservarse ante en el suelo inquieto y falso que se pisa. Ojalá muchos pudieran ser grandes poetas o medianos poetas, que acercan a otros umbrales de la naturaleza humana. Y qué decir si uno fuese un poeta, ese “infierno psíquico” sería la causa de un paraíso errante, al que se llega después de un largo viaje, en el que prima la experiencia del caos interno, que se desoculta en potencias de palabras, que dentro de sí serían veneno permanente, y fuera de sí un fulminante elixir. Las fuerzas que la emoción dispara se aferran a los misterios de la carne y del alma; subyacen ante el dolor, el miedo, la furia y la risa, los enfrenta y los hermana en la realidad del poema. El poeta simplemente siente y es. En el acto poético explota la condición de la esencia y se proyecta en imágenes que son el espejo de la personalidad, no de la ajena, sino de la que grita el deseo de librar las emociones de la intimidad. De la aventura del acto poético queda la esperanza de encontrar a ese otro ardiente que se es cuando se desgrana en la imaginación poética; la fatalidad para la inercia y la gloria, para el sosiego del alma.; la purificación de un cerebro envenenado por la mentira más grande. La verdad.

Foto 12. Fin.



11. LA ÚLTIMA PLEGARIA

El sentido social de la educación, aferrado al torrente utilitario, ya es un fantasma por desterrar.

La memoria adelanta una visita palpable a la caverna de las palabras. Ahí se fecundan, se curan, se hermanan para aflorar en el rostro de la esencia.

Rechazar la vanidad que hace rígida a la vida. Dejar los significados eficaces para la apariencia. La simple actitud poética será ese ardiente universo interno.

Los vestigios del amor, dolor, pregunta, furia, risa, pasión se ovillan en la imagen poética. En el poema se desviste la intimidad, arraigada en el pecho del silencio, en tanto la condición del poeta invita a la irreductible experiencia de habitar las sensaciones y eternizarlas a través de la belleza de la escritura.

La poesía es noble; deja que en ella recaigan los juegos del sentir y del pensar; pero también es fulminante para el silencio y la identidad falsa.

Que los escrúpulos surjan a la hora de la acción moral, de lo mórbido de la inercia. Se deviene la bestia que hostiga la mentira de ser otro.

Se persigue el fiel pensamiento y el sentimiento del último placer inclinado en el abismo de escribir y actuar poéticamente.

El vino de la poesía va más allá de la conquista y del placer; es el reencuentro y la muerte de sí mismo.

En el negro camino se la encuentra solitaria y amante, fugaz y loca, espera por quien le arrebató una letra de su blanca virginidad. Su ritmo veloz se envuelve en la imaginación de los amantes que tras las palabras se acarician.

La poesía es la carne en el acto.

Una multitud de sombras tiene luz en el acto del poema. Sombras esquivas rodean la tentación de la inconsciencia, la ensoñación y el misterio de los seres humanos.

Tomar de la mano a la poesía, irse sin previo aviso por los caminos de la miseria y encontrar una gloria en el profundo yo, que no es yo.

El poema es vientre a la hora del solitario mundo.

El papel es sexo cuando el mundo rechaza la línea de Baco.

Traicionar al mundo en busca del paraíso en la pequeña muerte de escribir.

El invierno quema en las calles si se aviva el fuego del destino incierto.

El insignificante acto de hacer de la poesía un presentimiento advertido es una razón más para pisar suelo firme.

Ignorar definitivamente cualquier intento de castración mental. Seguir la letra de lo inconsciente, que es un huracán en la piel. El sistema de las fórmulas dominantes será conjurado por la emoción de la sangre, de la carne donde despuntan los actos.

Sentir el desamparo en el alma, el agobio entre la multitud, el temblor de la carne, la razón que aprieta, es el pretexto para tocar siquiera una mano de la poesía.

Amenaza de perecer sin sentido, en el fastidioso sacrificio de perder hasta el nombre.

El alma es muda cuando las palabras no existen; el alma se suscita cuando, en el circular pensamiento, se abalanza extrañamente el sentido íntimo de ser hombre, mujer, niño, animal, ser de poesía.

Un sujeto digno de poesía hace de la ausencia un festín, al igual que de la fatalidad y de la confusión.

Pensar en sí mismo bajo el rigor del silencio y encontrar un solo nervio que recoja al ser. Metamorfosis en el éter poético.

El pensamiento confunde, al igual que la lengua, el instinto y el sentir; la mente traiciona y la escritura es tregua.

La escritura no perdona, talla en la memoria, en la historia, en ese recuerdo eterno de todos los días. En ella, la crueldad es sinónimo de un pueril hallazgo.

La única duración de la materia, a través del tiempo, es la vida que acontece a través de la escritura y en el acto.

Metamorfosis de lo superficial en la raíz que ata al caos interior; de ahí, un inconsciente brota altivo al exterior como una amenaza de muerte que se desea con vehemencia. Se fecunda la verdad, se abandonan fantasmas y se procrean puentes para alcanzar la esencia, en quien toda la vida se aspira a acariciar.

La esterilidad no se permite, el cerebro no soporta la inutilidad y el ansia no camina sin un papel y un lápiz, por las sendas de los gestos de la multitud enferma.

Las prácticas poéticas tienen el poder de cambiar la visión que se tiene de sí mismo, principio fundamental para ser audaz a la hora de enfrentarse a la realidad con las propias fuerzas.

La fragilidad del pensamiento no puede estar en la representación y en la producción de tendencias que se convierten en impotencias insertadas en la excusa de vivir.

Se sabe, el pensamiento también puede embriagarse de ese licor poético y trascender a un lenguaje que captura la esencia de las palabras que, a su vez, reconocen el compromiso de exaltar la esencia.

Fugarse por las arterias del pensamiento, en diferentes direcciones y velocidades, con tal de encontrar la fuerza oculta de la poesía. Es el único remedio para arrebatarle al pensamiento inerte ese estado de inocencia que permite ser uno mismo.

De vez en cuando revisar la desgastada lógica inicua de la educación, combatirla con potencias que van más allá del sacrificio de aprender y que engrandecen la existencia misma.

Que alientos inocentes, como el lenguaje de la poesía y la filosofía, incendien inmisericordes esos pensamientos de ambición y de empresas educativas bajo presiones psicológicas.

Que la impotente escuela sea capturada por las potencias de decir, de actuar y de escribir. Que volar hacia el conocimiento deje de ser un castigo para ser una libertad de dirigirse hacia el universo del pensamiento y de la sabiduría.

Ya basta de la institución como campo de ruinas, de desposeídos de mente y espíritu.

Que reine el ser de la pregunta, el sujeto de experiencias poéticas.

Es tiempo de superar los obstáculos, arruinar el impedimento y reencontrarse con la potencia creadora de su esencia.

Que a la histeria de las fuerzas externas, limitantes de la naturaleza interna, la persigan las palabras que obedezcan a la urgencia de vivir. Artaud dirá que este tipo de histeria es un remanente de libertades frustradas, de espirituales amputados, de amores sacrificados, lo que implica una histeria de valor negativo.

Torrentes de pensamiento, de reflexión, de verdad, deben impedir con fuerza que determinen la naturaleza, la realidad del sujeto, de la esencia, del yo. Sin embargo, habrán mentes débiles que no alcancen a huir de ese remanente de histerias que determinan su psiquis.

Son pocos los que alcanzan la plenitud de ser, con su esencia, su pasión, su lenguaje. Son aquellos que alcanzan la dimensión del pensamiento y la poesía.

Responder a diario a los fluctuantes momentos de la bestia de la cotidianidad y aferrarse a la ubre del lenguaje de la poesía, del arte, de la filosofía, nutren el valor justo de ser libre para construir un rumbo propio para la esencia y el pensamiento en el ser.

El valor justo de que la enseñanza no sea un limitante, ni una camisa de fuerza para las pasiones y la mente.

Reclamar con insistencia la inquietud por existir con un nivel estético en el que la impureza de la palabra, con el pensamiento y los actos, de ninguna manera. se permita.

El suspenso de la vida está en parir todos los días acciones y palabras que sobrecojan a la fragilidad del ser.

Oponerse a las formas aberrantes de dominio.

Quizá lo anterior no sea más que divagaciones abstractas de un mundo personal, en el que se atreve a hurgar o ser la espina en el mundo interno de los otros, para cualquiera que todavía tiene la inocencia de dejarse seducir por la fuerza de las palabras de un anónimo.

El acto poético es una metamorfosis del caos interno en el irreductible acto de vivir.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTOTELES. Arte poética. Madrid: Espasa-Calpe, 1964. 144 p.
- ARTAUD, Antonin. El teatro y su doble. Barcelona: Edhasa, 1978. 162 p.
- BACHELARD, Gastón. La poética de la ensoñación. México: Fondo de cultura económica, 1982. 160 p.
- _____ Fragmentos de una poética del fuego. Buenos Aires: Paidós, 1992. 190 p.
- BARTHES, Roland. Lo obvio y lo obtuso: Imágenes, gestos y voces. Barcelona: Paidós, 1986. 380 p.
- BAYER, Raymond. Historia de la estética. México: Fondo de cultura económica, 1990. 476 p.
- BORGES, Jorge Luís. El poeta y la escritura. Bogotá, en: Usted tiene la palabra. No 5. Bogotá (oct, 1994). 7-11 p.
- _____ Discusión. Madrid: Alianza, 1976. 153 p.
- BLOOM, Harold; SULLA, E. El canon literario. Madrid: Arco/libros, 1998. 313 p.
- CASTORIADIS, Cornelius. Figuras de lo pensable: notas sobre algunos recursos de la poesía. México: Fondo de cultura económica, 2002. 61 p.
- CORTAZAR, Julio. Imagen de John Keats. Madrid: Alfaguara, 1996. 595 p.
- _____ Rayuela. Madrid: Alfaguara, 1984. 598 p.
- DELEUZE, Gilles. Del caos al cerebro, en: [http://www. Azularte101hotmail.com](http://www.Azularte101hotmail.com).
- _____ Francis Bacon. Lógica de la sensación. Madrid: Arena libros, 2002. 60 p.
- _____ Crítica a la clínica: la literatura y la vida. París: Minuit, 1993. 17 p.
- _____ Rizoma. Valencia: Artes Gráficas Soler, 1967. 61 p.
- DERRIDA, Jaques. La cruel razón poética, en: [http://: derridala-palabra-solapada.com/co](http://derridala-palabra-solapada.com/co)

FOUCAULT, Michel. Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. Bogotá: Siglo Veintiuno Editores, 2003, 314.

_____El ojo del poder, en: <http://www.philosophia/escuela> de filosofía universidad Arsis.

ECHAVARRIA, Sergio. Teatro, palabra y poesía, en: Boletín de la academia colombiana de la lengua. No. 179. Bogotá (ene, 1993): 75-87.

ELIOT, Thomas. Función de la poesía y función de la crítica. Barcelona: Seix-Barral, 1955. 125 p.

GARAVITO, Edgar. De la parrhesía, o el decir-verdad, en: Unaula: Revista de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Medellín (sep, 1986): 5-9.

GRASS, Gunter. Ensayos sobre literatura. México: Fondo de cultura económica, 1990. 199 p.

HEIDEGGER, Martín. Identidad y diferencia. Barcelona: Anthropos, 1990. 161 p.

_____Holderlin y la esencia de la poesía. México: Séneca, 1944. 280 p.

HOLT, John. El fracaso de la escuela, en: Revista ¡Solo loco! ¡Solo poeta! San Juan de Pasto (mayo, 2004): 1-6.

INNES, Chistopher. El teatro sagrado: Antonin Artaud y el teatro de la crueldad. México: Fondo de cultura económica, 1995. 279 p.

JODOROWSKY, Alejandro. La danza de la realidad: el acto poético. Madrid: Siruela, 2001. 336 JODOROWSKY, Alejandro. Psicomagia. Madrid: Siruela, 2005. 337 p.

KIRK, Geoffrey. Filósofos presocráticos Madrid: Gredos, 1969. 689 p.

KOHAN, Silvia. Cómo se escribe poesía. Barcelona: Plaza & Janés, 1998. 235 p.

LARROSA, Jorge. La experiencia de la lectura. México: Fondo de cultura económica, 2003. 653 p.

LYOTARD, J.F. El derecho del otro, en: Revista universidad Nacional. Bogotá (marzo. 1994): 1 - 5.

LYNCH, Thomas. Cuerpos en movimiento y reposo: ensayos, sobre la vida, la poesía y la muerte. Bogotá: Alfaguara, 2006. 185 p.

MICHAUX, Henri. La verdadera poesía se hace contra la poesía, en: El malpensante. No.14. Bogotá (feb, 1999): 60-63.

NIETZSCHE, Friedrich. Así habla Zaratustra. Barcelona: Círculo de lectores, 1970. 312 p.

_____ Sobre el porvenir de nuestras escuelas, en: [http://www. Nietzscheana.com](http://www.Nietzscheana.com)

OSPINA, William. Por qué leer y escribir. Bogotá: Instituto distrital de cultura y turismo, 2006. 60 p.

PAZ, Octavio. La otra voz: poesía y fin de siglo. México: Seix-Barral, 1990. 139 p.

PUIGGROS, Adriana. Imaginación y crisis en la educación latinoamericana. México: Alianza editorial, 1990. 190 p.

RAMAN, Selden. La teoría literaria contemporánea: letras e ideas. Barcelona: Ariel, 1989. 178 p.

RILKE, Rainer Maria. Cartas a un joven poeta. La Plata: Calomino, 1995. 153 p.

RODRIGUEZ MONCADA, Ernesto. Educación, ética y democracia, en: <http://www.oei.es/valores2/Rodríguez.htm>.

WESTPHALEM, Emilio. Sobre poesía y arte. México: Fondo de cultura económica, 1997. 435 p.

WILDE, Oscar. Aforismos y paradojas. Bogotá: Villegas Editores, 2001. 216 p.

_____ El retrato de Dorian Gray. Madrid: Cátedra, 1998. 346 p.

DILTHEY, Wilhelm. Poética: la imaginación del poeta en épocas de la estética moderna y su problema actual. Buenos Aires: Losada, 1945. 115 p.

ZAMBRANO, María. Filosofía y poesía. México: Fondo de cultura económica, 1996. 123 p.

ZULETA, León. De cómo educar al niño sin asesinarlo, en: Magazín dominical "El espectador". No. 485. Bogotá (sep, 1992): 3-5